
T. M. Hawke
Un Tigre bajo el árbol
Una novela autoconclusiva del mundo
Los Lobos de Green Valley



Un Tigre bajo el árbol

Una novela de

T. N. HAWKE

Una novela ambientada en el mismo mundo que

Los Lobos de Green Valley

Copyright

@del libro Marta Guinart Tamarit.

Publicado a través de Amazon de manera exclusiva.

Todos los derechos reservados.

@de las imágenes del interior del libro Pixabay. Imágenes cedidas por los artistas con licencia de uso comercial gratuito.

@de las imágenes de la portada cedidas por Pixabay y sus usuarios. Licencia de uso comercial gratuito.

@de la portada y su montaje: Marta Guinart Tamarit.

Queda expresamente prohibida la reproducción, total o parcial, excepto con objeto de realizar una reseña, un FanArt, o similares, de la totalidad del manuscrito.

Por favor, respeta los derechos de autor y el duro esfuerzo de aquellos que intentan vivir de sus obras.

Corregido por Virginia de Novoa.



Sinopsis

Un Cambiante de Tigre que ha perdido su lado humano.

Una mujer humana que necesita un respiro y por ello viaja a la pequeña ciudad de Green Valley a pasar las Navidades, lejos de los agobios de su vida en una gran urbe.

Una tormenta de nieve que los atrapa a ambos en una cabaña.

Y unas Navidades en las que los dos descubrirán que el amor es la magia más bonita de todas, sin importar la piel que habites.

Descubre la belleza de la Navidad en el hermoso mundo de Green Valley, en el que humanos y Cambiantes conviven intentando encontrar a sus Parejas Predestinadas.

NOTA: esta novela es **independiente y autoconclusiva**, pero está ambientada en el mismo mundo que las series *Los Lobos de Green Valley* y *El Clan Hiena de Green Valley*.

No hace falta leerlas para entender el contexto de la historia.

HASHTAGS: Navidad en una ciudad pequeña; atrapados por una tormenta de nieve; almas gemelas; amistad y familia; aprender a confiar en los demás; especies diferentes; atracción física (celo); mundo cálido y acogedor; sanar el corazón con amor.

Novela ligera y dulce ambientada en Navidad.



Dedicatoria

A tod@s aquellos fans de Green Valley que habéis disfrutado de este idílico mundo: ¡gracias de todo corazón!

Aquí os traigo la historia de James Tiger, que me habéis pedido más de una vez.

Espero que os haga sonreír y que os llene del amor que este pequeño mundo inspira en los corazones de quienes entran en él.

Un abrazo enorme.

T. N. Hawke.



ÍNDICE

Sinopsis

Dedicatoria

ÍNDICE

Sobre Green Valley

Glosario de términos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42



Sobre Green Valley

¡Hola, lector/a!

No es necesario haber leído *Los Lobos de Green Valley* para poder entender esta novela, ya que tienes toda la información necesaria explicada en este libro, que se puede leer de manera independiente, para ambientarte en este mundo paranormal pero acogedor.

Además, tienes un breve glosario en las siguientes páginas con los términos propios de este mundo, por si te apetece consultarlo.

Si ya lo conocías: ¡bienvenid@ de vuelta! Es un placer volver aquí contigo. Pero si eres nuevo o nueva en este mundo, déjame de todas formas presentarte un poco la saga en unas líneas introductorias:

Los Lobos de Green Valley es una serie que consta actualmente de catorce entregas más un *spin off*; que empezó siendo relatos cortos eróticos, rápidos y directos al grano (las escenas picantes), diseñados para hacerte pasar un buen rato sin tramas pesadas ni largas, pero acabó convertida en una saga en toda regla, con novelas y relatos entremezclados que juntos crearon un mundo único y hermoso.

Fueron escritos cuando hacía parones en el trabajo y, poco a poco, con cada relato que salía y tras su buena acogida, fueron haciéndose más complejos y un poco más largos.

Aunque siguieron siendo novelas cortas amenas situadas en un valle idílico y tranquilo, lleno de pasión y de personajes entrañables, manteniendo la simplicidad que las caracterizaba, hacia el final de la saga eran más novelas que relatos cortitos y había todo un mundo de fondo que explorar, lleno de humanos, Cambiantes y sus amores y conflictos internos.

Como ya he comentado: no necesitas haberte leído la serie para entrar de lleno en este mundo, ¡este libro independiente basta!

Pero, si te gustan las novelas ligeras, de ritmo rápido, de relaciones románticas sin toxicidad y con mucho erotismo, puede que te apetezca leértelos para pasar un buen rato entre lecturas más pesadas o para salir de un bloqueo lector, que muchas lectoras me han comentado que han desbloqueado tras leer algo de Green Valley.

Los primeros tienen como protagonistas a la familia Wolf, que se mencionará y que aparecerá de invitada en este libro de vez en cuando.

Un abrazo virtual y miles de gracias por leerme,

Marta (T. N. Hawke).



Glosario de términos

Términos empleados en este libro propios del mundo de Green Valley:

Cambiante: persona con un animal espiritual interior. Puede Cambiar de humano a esta forma animal, que normalmente es mucho más grande que el animal común y además emana una energía espiritual potente y tiene una profunda conexión con la naturaleza, más intensa que la de los humanos normales. Hay numerosas especies de Cambiantes y suponen más de la mitad de la población de la Tierra actualmente.

Cambiado: un humano (o un Recesivo) Emparejado con un Cambiante pasará a ser un Cambiante de la misma especie que su Alma Gemela al cabo de semanas o meses tras Emparejarse. Desde entonces, será contado entre los Cambiantes y, si tienen hijos biológicos, estos hijos nacerán siendo Cambiantes de la misma especie que los padres.

Cambiar: realizar el cambio de humano a animal o viceversa.

Celo: estado de despertar hormonal súbito bastante intenso que sucede cuando dos miembros de una Pareja Predestinada se encuentran por primera vez y que, aunque va calmándose con el tiempo si no se Emparejan, les incita a completar la unión física que dará lugar al Emparejamiento.

Durante el celo, las dos personas, sean de la especie que sean, emiten unas potentes feromonas que dejan claro a cualquiera con los sentidos mínimamente agudos que esa persona ha encontrado a su Alma Gemela y está en proceso de Emparejarse. Una de las consecuencias del celo es una profunda excitación sexual por la otra mitad de la Pareja Predestinada.

Emparejados: pareja de Cambiantes enlazados de manera espiritual en un Matrimonio de las Almas (que se realiza mediante el sexo consentido), cuyas vidas están entrelazadas.

Feral: estado en el que un Cambiante pierde la conciencia de su yo humano, pasando a ser completamente dominado por su lado animal. También se los conoce como **Perdidos**.

Los Ferales son peligrosos, ya que lo que los lleva a ese estado salvaje es el dolor y la soledad, y suelen comportarse de manera agresiva con los extraños y buscar la compañía de otras almas en pena (otros Ferales), alejándose de las zonas urbanas. Casi siempre acaban habitando las heladas tundras del norte de Green Valley, a varios kilómetros de distancia del valle y varias

semanas de viaje.

Se conoce el caso de unos pocos Ferales que han vuelto a recobrar su conciencia y su capacidad de Cambiar a su forma humana nuevamente, pero sucede tan rara vez que para muchos ello es solo un mito.

Nulo: persona que no emite ningún aroma y debido a ello los Cambiantes la sienten como un agujero negro andante. Además de esto, según la leyenda, los Nulos no tienen alma y por ende no pueden tener Almas Gemelas.

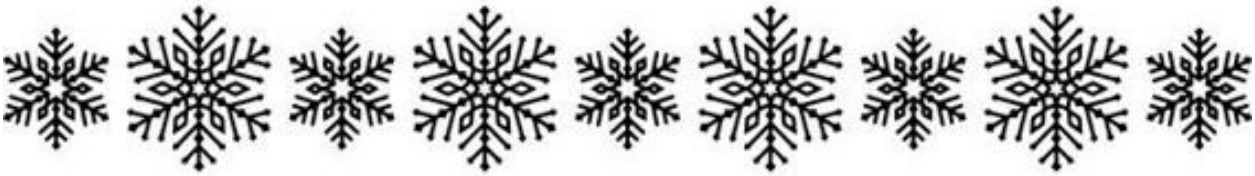
Pareja Predestinada: el Alma Gemela de un Cambiante. Todos los Cambiantes tienen un Alma Gemela, o dos en raras ocasiones, a la que muchos esperan durante años o, si tienen suerte, conocen desde niños. Son la única persona con la que se pueden Emparejar.

Recesivo: descendiente de Cambiantes que, a diferencia de sus parientes, no tiene espíritu animal interior y, por ende, no puede Cambiar, aunque tenga, por norma general, los sentidos más agudos que un humano normal.



Prólogo

El Tigre que anhelaba formar un hogar



JAMES

—¿Lo tienes todo, Dexter?

—Sí, creo que está todo.

—Repásalo por si acaso una vez más —le aconsejo.

El Cambiante de Reno suspira, pero se pone a ello con presteza, aunque rezongue por lo bajo todo el tiempo.

—Es tu primera salida con nosotros y Karen solo quiere que estés bien preparado y concienciado —le explico, interrumpiendo sus quejas.

Él resopla, pero parece más relajado que antes. Recordarle a alguien que el fastidio que sufre es producto del amor de otra persona suele tener ese efecto.

—Ya lo sé —masculla, sacando todos los contenidos de su mochila mientras mira la lista que la Pantera le dio.

Estiro mis largas piernas y lo observo volver a empacar cada ítem con un ojo entreabierto y otro cerrado desde la silla.

—Eres la viva imagen de un gato perezoso —se burla el Reno cuando me ve.

Sonrío, dejando entrever mis colmillos, que son un poco más largos de lo que es habitual en un Cambiante, y me reacomodo en su silla giratoria, situada tras el mostrador de recepción que él ha llenado de todo aquello que planea llevarse en nuestra escapada.

—Y tú la de un Reno impulsivo y gruñón —musito ahogando un bostezo.

Él suelta un resoplido y vuelve a centrar su atención en la lista y en el objeto que tiene en la mano: una camiseta polar que enrolla para meter en el fondo de la mochila.

En la tundra, a donde nos dirigimos, no solo debe uno protegerse del helor del invierno eterno más crudo, sino también de animales salvajes y, peor, de Ferales.

Los Ferales son Cambiantes que han perdido su lado humano. Que se han vuelto salvajes tras años y años de esperar a una Pareja Predestinada que no apareció en sus vidas, o que perdieron a su Emparejado o Emparejada tras una tragedia, dejándose consumir por su lado animal y perdiendo todo atisbo de su humanidad en el proceso.

Son muy peligrosos y muy territoriales.

La agencia para la que trabajamos, creada por Jane y su Emparejado Cambiante de Lobo, Sorren Wolf, tiene por objetivo encontrar a estos Ferales, asegurarse de que están sanos y bien alimentados y, si es posible, hacerles un perfil y encontrarles una Pareja potencial de entre la gente que se interesa por ello si no la tenían antes.

Nunca se sabe si podría funcionar, y en esa esperanza reside nuestra labor: en volver a despertar su lado humano y devolverlos a casa con sus familias.

Sorren y Jane Wolf han creado algo increíble, y por ello me vine desde la Florida americana en la que nací y crecí, porque creo en su causa y quise ser parte de ella en cuanto supe de su existencia.

Por ello, y porque Green Valley tiene el porcentaje de población de Cambiantes que han encontrado a sus Parejas Predestinadas más grande del mundo entero. Se dice que el valle es un lugar bendecido por la madre naturaleza en el que es más probable encontrar a tu Alma Gemela.

Y la esperanza, o eso se dice, es lo último que se pierde.

—Ya lo he repasado. *Otra vez* —gruñe Dexter al cabo de varios minutos, cerrando las solapas de su abultada mochila.

Abro los ojos con pereza y me lo quedo mirando con una ceja alzada.

—Entonces, ¿lo tienes todo o no? —bostezo con voz adormilada—. No me apetece que Karen me regañe a mí cuando se entere de que te he ayudado a empacar si descubre que te has

equivocado al hacerlo.

Mi comentario lo hace emitir un quejido indignado que casi me hace reír de diversión a su costa. Los Renos son jodidamente divertidos de provocar. Siempre tan dramáticos. Sus reacciones son las mejores.

—¿*Ayudado*? —resopla—. ¿Cómo que ayudado? ¡Pero si has estado durmiendo la siesta mientras yo hacía todo el trabajo!

—Pero te he recordado que Panther te dio una lista, ¿no?

—¡Eso ya lo sabía!

—Y que deberías repasar si lo tienes todo para que no te echen la bronca —continúo como si no me hubiera interrumpido.

—Eso *también* lo sabía —insiste él, mirándome con las aletas de la nariz ensanchadas de indignación.

Sonrío con pereza y cruzo las piernas por debajo de su escritorio.

—Mi ayuda ha sido sin duda indispensable —declaro en tono lánguido solo para chincharle.

Su rostro se vuelve rojo y yo ahogo otra carcajada a su costa.

—¡Indispensable mi culo! —aúlla.

Esta vez no puedo contener la risotada que sale de mi pecho.

—Seguro que tu mujer tendría opiniones al respecto si yo codiciase tu culo —me burlo—. Además, a mí me van las hembras y sabes que elegí ser célibe hasta encontrar… —me muerdo la lengua y evito decir «Predestinada», porque últimamente es un tema espinoso para mí.

—Ah, sí, el gran Tigre machote virginal —ríe Dexter, cogiendo la mochila y cargándosela en los hombros.

Alzo una ceja de color rubio oscuro y entrecierro los ojos con languidez, sintiendo las noches de insomnio acumuladas en mis huesos cuando me doy cuenta de que me toca levantarme de mi cómodo asiento prestado.

—Uno puede ser virginal y machote al mismo tiempo —declaro ahogando otro bostezo—. Aunque esa segunda palabra es bastante, cómo decirlo… infantil. Pero supongo que encaja con tu mentalidad de parvulario, tan retrógrada.

Dexter me mira abriendo y cerrando la boca varias veces y yo me deleito de haber dejado al dicharachero Reno sin palabras.

—¿Infantil y retrógrado? —balbucea—. ¡Y una mierda! Serás capullo…

Asiento con fingida solemnidad.

—Muy capullo, sí —admito—. En fin, ¿lo tienes todo o no?

—Y dale con la pregunta —gruñe el Reno—. Me vais a volver loco entre Karen y tú.

—Sin ofender, pero tu clan es el que nos vuelve locos a nosotros.

No hay día en el que varios miembros del clan Reno, numerosos, risueños y ruidosos, no invadan las oficinas de la agencia.

—No me ofendo —se ríe él, pasando de la indignación a la diversión con facilidad. Envidio que los Renos sean incapaces de permanecer enfadados durante mucho tiempo—. A veces me vuelven loco hasta a mí, por mucho que los quiera.

Suelto un gruñido de asentimiento y señalo la mochila sin palabras, porque con Dexter, al igual que con muchos otros Renos, es imposible mantener una conversación directa sin desviarse del tema unas mil veces por el camino.

—Sí que está todo, pesado —refunfuña al seguir la dirección de mi dedo, acordándose de por qué me ha pedido que lo ayude a repasar la lista—. Bueno, todo excepto un par de calcetines de esos especiales para la nieve.

»Pero ¿de verdad hacen falta? Somos *Cambiantes* —dice la palabra con énfasis—. Si tengo frío, me convierto y ya está. Soy un Reno y los renos normales viven en un entorno usualmente frío de todas formas. Y yo como Cambiante soy más resistente a las temperaturas que ellos.

Sus argumentos son válidos, y además a mí no me apetece discutir con él, así que me encojo de hombros mentalmente y lo dejo estar.

—Haz lo que quieras, pero si luego necesitas algo porque no lo has llevado, procura que

Karen no se entere o se va a poner hecha una fiera —le advierto.

—La Pantera *es* una fiera —se ríe Dexter—. La Emparejada del tío Bert da miedo cuando se enoja. Y cuando no, también. Debe ser cosa de los Cambiantes tipo depredador, sin ofender.

Me tenso internamente, pero le sonrío y hago una broma aligerando el ambiente.

Dexter es un buen amigo, pero hay cosas que no comprende.

La primera, que los Cambiantes depredadores tenemos instintos y necesidades algo… *diferentes* a los demás. Y algunos de esos, como nuestra tendencia sobreprotectora o posesiva con la gente que nos importa, pueden parecerles demasiado *intensos* a las personas que no nos conocen bien. Aunque jamás le haríamos daño a alguien a quien amamos. No está en la naturaleza de un Cambiante, aunque este sea un depredador, ser cruel con la gente que considera familia o amigos; por muy salvaje, territorial y arisco que uno pueda llegar a ser.

Dexter, al ser sobrino de Bert, ha pasado a ser clan y familia de Karen, así que es lógico que la Pantera se enfade con él si no presta la suficiente atención a su propia seguridad.

Eso lo respeto. La mujer es una Alfa que se preocupa por los suyos.

Lo segundo que Dexter no comprende al estar Emparejado con otra Cambiante de Reno que fue humana antes de encontrarle, y no con un depredador, es que ese aspecto sobreprotector es un arma de doble filo también para nosotros.

Nuestras mentes funcionan de manera diferente a la de otros Cambiantes o a la de los humanos. La protección de nuestra gente, de nuestro clan, ya sea por sangre, por Emparejamiento o por adopción, es algo que *siempre,* sin importar el qué, está en nuestra cabeza.

Nos sacrificaríamos por ellos.

Lucharíamos por ellos hasta la muerte.

Pero a mí no me apetece explicarme, y además Dexter es ya un adulto, así que lo dejo pasar mientras él se queja de las «manías» de la Pantera. Si tiene problemas con Karen, eso es cosa de un clan que no es el mío, por muy amigos que seamos Panther y yo. No pienso entrometerme.

—Ve y díselo a ella en vez de a mí —le digo a Dexter en un impulso cuando el Reno no se calla.

Juro que su especie sería capaz de hablar hasta bajo el agua.

Él ahoga una exclamación y me mira como si le hubiese dicho que fuera a decirle hola al mismísimo diablo.

—¿Te has vuelto chiflado? ¡Ni hablar! —exclama, estremeciéndose de manera exagerada —. No me apetece que me regañen como si fuera un crío por enésima vez. Tengo treinta años, ¿sabes? Y ella me hace sentir como si tuviera seis.

Dejo salir un sonido de aquiescencia de mi garganta, pero mi atención está enfocada en la presión que estoy empezando a sentir en el pecho. Suspiro para mis adentros y dejo de prestar atención a la larga ristra de motivos que Dexter lista uno a uno sobre por qué es mala idea acercarse a Panther para decirle que no ha seguido sus instrucciones al pie de la letra.

En cierto modo, envidio a la Pantera. Yo, a diferencia de ella, no tengo clan alguno. Ni manada. Ni familia. Ni Emparejada.

Nada ni nadie para quien volver a casa o a quien recordarle que sea responsable con su propia salud, o viceversa.

He estado solo desde que mis padres fallecieron hace más de diez años.

Ahogo el dolor y planto una sonrisa en mi rostro que no siento cuando veo a Sorren entrar por la puerta de la agencia. Es un malestar que conozco bien y no me cuesta ocultarlo a estas alturas de mi vida. Al igual que el dolor físico que cada vez se hace más insistente. Como si mis propios huesos estuvieran tensos y a punto de quebrarse y mi corazón amenazara con estallar de un momento a otro.

Una sensación ominosa que no se va desde hace demasiado tiempo.

—¿Ya lo tenéis todo listo? —pregunta el Lobo. Lleva su maletín, así que debe de haber salido hace poco de su última clase en la universidad local, donde es profesor—. Karen y Bert están esperando en el *jeep*. Parecen impacientes.

—¡Estoy totalmente preparado para la aventura! —exclama Dexter, poniéndose la mochila al hombro—. Perdón por el retraso. Y gracias por la ayuda, Jamie. Tus ronquidos han sido el fondo musical perfecto mientras yo hacía todo el trabajo —añade con sarcasmo.

Me río entre dientes y hago una reverencia burlona cuando me levanto.

—No hay de qué —replico guiñándole un ojo.

Él pone los ojos en blanco, pero su buen humor y su entusiasmo son muy evidentes.

Dexter está excitado por la perspectiva de lo que para él es una aventura. El joven Reno trabaja en el escritorio de recepción de la agencia, sentado frente al ordenador, y rara vez ha salido de Green Valley. Y ciertamente nunca se ha internado en la zona salvaje del norte, donde residen los Ferales.

Sorren, que se ha convertido en un gran amigo desde que lo conozco, palmea mi hombro cuando pasamos junto a él en dirección a la puerta de entrada del local. El Lobo es perceptivo y debe de haber notado que mi ánimo no es el mejor hoy y que no me apetece hablar mucho. Seguramente, cuando vuelva, insistirá en que quedemos los dos solos para tomar una cerveza y charlar un rato e intentará animarme.

Ambos sabemos qué es lo que me aqueja, al fin y al cabo: no he encontrado todavía a mi Compañera Predestinada… y ya hace unos meses que he cumplido los treinta y siete.

Es una edad peligrosa para un Cambiante soltero.

Los Cambiantes no estamos hechos para estar solos. La soledad es un veneno para nuestras almas.

Y eso me incluye a mí.

Me había propuesto, o tal vez era más un ruego a la vida y a los espíritus en los que los Cambiantes creemos, encontrarla antes de mi cumpleaños número treinta y seis.

Pero no ha sido así.

Una vez más, estoy solo. Un año más, mi Tigre interior ruge de dolor y soledad, llamando a una Compañera que no responde a su rugido. Y cada vez me vuelvo más salvaje; más cerrado; más arisco.

Cada vez estoy más cerca de convertirme en Feral.

Lo sé.

Estoy al borde de ser como los Cambiantes que se vuelven locos de soledad, tras esperar y esperar y jamás sentirse completos, siendo engullidos por su conciencia animal. Como aquellos a

los que la agencia busca y trata de rescatar, de Emparejar, de cuidar para que al menos no mueran de hambre y enfermedades fácilmente evitables en la sociedad moderna, pero no así en la tundra; atrapados en una vida de soledad y en riesgo perpetuo de morir olvidados por el mundo.

Tal vez nunca vuelvan a su forma humana, pero ellos ya ni siquiera recuerdan que fueron más que meros animales una vez. Y lo más probable es que eso me pase a mí también.

A veces me aterra pensarlo.

—Subid de una vez, tardones —ordena Panther, observando a Dexter con los ojos entrecerrados.

Él silba alegremente y evita cruzar miradas con ella.

Ayudo al Reno a abrir el maletero del *jeep* para que pueda dejar su mochila y me subo a la parte de atrás del coche, adaptado para llevar a grandes grupos de gente, saludando a Panther con un cabeceo silencioso mientras los dos Renos hablan entre ellos de manera entusiasta una vez el más joven se sienta junto a mí y se abrocha el cinturón.

Me froto las sienes cuando Panther enciende el motor y el ronroneo del *jeep* parece colarse en mi cabeza con fuerza, haciendo que el cerebro me palpite.

—… ¿verdad, Jamie?

Parpadeo y vuelvo a enfocar la atención en Bert.

—Perdona, ¿qué has dicho? —pregunto con confusión.

Trago saliva cuando me doy cuenta de que no he oído nada durante los últimos diez minutos.

—Le decía a mi sobrino que tengo una corazonada y que mis corazonadas suelen ser certeras —me explica Bert, que está empezando a acostumbrarse a que de vez en cuando mi mente se quede en blanco en mitad de una conversación—. Como aquella vez que fuimos Karen, tú y yo al territorio neutral, ese que está entre el de los Lobos y los Osos Polares, y encontramos a aquel Zorro ártico…

—Ah, sí —asiento, tratando de ignorar el dolor palpitante de mis sienes y la mirada seria y preocupada de Karen que esta me dirige a través del retrovisor—. Ya me acuerdo.

La conversación se desvía de nuevo a ese «instinto» de Bert, que asegura que siente que nos vamos a encontrar con un Feral antes de llegar al límite de la tundra. Pero las miradas de los dos Cambiantes de mayor edad, sentados en los asientos de delante, no se alejan de mí durante todo el trayecto, observándome a través del retrovisor a pesar del parloteo del Reno.

Aspiro una bocanada de aire y trato de calmarme, sabiendo que estoy empezando a ser incapaz de prestar atención a la conversación de nuevo. Cierro los párpados y decido fingir que estoy dormido el resto del trayecto para que no traten de incluirme y se den cuenta de que apenas entiendo lo que dicen, como si estuviera perdiendo la capacidad de comprender el lenguaje humano.

Los humanos se quejan de que los Cambiantes vivimos más y con menos enfermedades; de que podemos adoptar la forma de un enorme y poderoso animal para defendernos; pero ellos no entienden que esto también es una condena, porque para los humanos la Feralidad no es una amenaza a la vuelta de la esquina.

Mis manos tiemblan y yo trato de esconderlas en mi regazo, maldiciendo para mis adentros.

Lo hacen muy a menudo últimamente.

Mi Tigre ruge por salir, presionando contra mi piel. Y cada vez me cuesta más contenerlo.

Mi corazón late con fuerza cuando salgo del estado casi catatónico una vez más y mis sentidos vuelven a enfocarse en la realidad que me rodea. Aunque no sé cuánto me durará esta vez. Los episodios se están volviendo más y más intensos cada día y no soy capaz de controlarlos.

—Allá vamos —sonríe Bert cuando pasamos de largo el territorio Wolf, pero es un gesto tenso en su normalmente afable semblante—. Esperemos que podamos encontrar una buena cantidad de Ferales esta vez para hacerles los perfiles, ¿eh?

—Imaginaos que hallamos varios candidatos antes de Navidad y que alguno resulta tener un Alma Gemela registrada en nuestra base de datos que sabe que están Predestinados en cuanto lo ve, como pasó el año pasado con aquel Lince —se entusiasma Dexter.

Oigo a Bert soltar un suspiro. Es un romántico empedernido.

—Eso sería bonito, ¿verdad, cariño? —le pregunta a Panther con ojos brillantes de amor.

—Hmm. Sí —responde su parca Emparejada de manera distraída.

Karen me mira por el espejo retrovisor desde el asiento del conductor una vez más. Esta vez, nuestros ojos se encuentran. Pantera y Tigre. Su expresión me lo dice todo. Ella *entiende*. Sabe por lo que estoy pasando. Ambos somos conscientes de que, si en algún momento pierdo el control y me vuelvo Feral, Karen me dará caza y acabará conmigo antes de que haga daño a alguien.

Es algo que le hice prometer hace meses porque, aunque creo firmemente en la causa de la agencia y todavía me queda algo de esperanza de encontrar a mi propia Alma Gemela, no soy capaz de afrontar la idea de volverme Feral. De perderme dentro de mi propia mente y mi cuerpo animal como si estos fueran una prisión. Quizá durante años.

O tal vez para siempre.

Karen fue Feral antes de encontrar a Bert y romper la maldición al Emparejarse con el Reno. Pero eso sucede tan rara vez que ambos, como Jane y Sorren, son una leyenda en carne y hueso para la comunidad Cambiante.

Es una buena amiga y conoce mis miedos incluso mejor que Sorren, Lobo por naturaleza y por ende más habituado a tener una extensa familia a su alrededor, a diferencia de los gatos solitarios como Panther y yo. Los gatos nos entendemos entre nosotros. No somos como los Lobos o los Renos. Somos menos fértiles y tenemos manadas o clanes más pequeños, si es que los tenemos. Sé que ella cumplirá su palabra, aunque ello le pese en el alma.

Mejor muerto que vagando en soledad, enloquecido y peligroso, por la tundra helada del norte hasta el final de mis días, pienso para mí mismo, agradecido de tener una amiga como ella.

Si mi Compañera no me encuentra antes, mi Tigre me devorará el alma y mi mejor amiga me matará en un acto de compasión que pocos entenderían.

—Ey, James, ¿estás bien? Las manos te tiemblan —comenta Dexter cuando ve cómo las aprieto en mi regazo, tratando sin éxito de calmar los persistentes temblores de las mismas.

Me río y le resto importancia al asunto. Él se relaja y bromea sobre ser un gato de climas cálidos que no soporta el frío y yo asiento con una sonrisa y no lo niego.

Mi mirada se cruza con la de la Pantera a través del retrovisor una vez más. Sus ojos se ven serios y solemnes.

Como los míos.



Capítulo 1

La muchacha que de niña amó la Navidad



ELEANOR

Despierto cuando la megafonía del tren anuncia que estamos llegando a la estación de Green Valley.

Me froto los párpados, sorprendida de haberme dormido sin darme cuenta, y trato de despejarme mientras el vehículo va reduciendo su velocidad.

—Oh, vaya —me oigo musitar con voz adormilada cuando mis ojos se enfocan en el paisaje que se divisa a través de la ventana.

Incluso cubierto por el blanco manto del invierno, el valle es asombrosamente hermoso. Estamos atravesando un largo puente que cruza un inmenso lago helado y, desde sus alturas, la pequeña y bella ciudad de Green Valley puede verse casi por entero, extendiéndose por la orilla del lago con sus altos edificios blancos de fachadas *art nouveau* y techos azules y verdes cubiertos de nieve.

—Impresionante, ¿verdad?

Me giro hacia la puerta, sorprendida, y veo que una señora mayor de rostro amigable y cabello plateado bajo un gorro de lana me sonríe mientras asoma la cabeza en el interior de mi compartimento.

Ni siquiera la he escuchado abrir la puerta. Estoy más ensimismada que de costumbre.

—Ah, sí —respondo, dedicándole una sonrisa y queriendo preguntarle qué hace aquí—. Disculpe, pero…

—¡Ay! Perdona por irrumpir, hija. Soy Astrid, del compartimento de al lado —me interrumpe, tendiéndome una mano enguantada para que se la estreche—. Disculpa que te

moleste, pero es que mi querido Jonah está roncando más que nunca y yo tengo un dolor de cabeza tremendo —suspira—. ¿Te importa si me siento un rato contigo? Solo serán unos minutos, hasta que lleguemos.

No me apetece socializar mucho (cosa que suele ser habitual en mí desde hace unos años), pero me sabe mal decirle que no, así que asiento a regañadientes.

—Está bien —accedo.

Ella entra en el cubículo y desliza la puerta para cerrarla tras de sí.

—¿Cómo te llamas?

—Eleanor —musito.

—¡Qué nombre tan bonito! ¿Es hispano? Tu acento parece hispano. Aunque hablas muy bien el inglés.

Asiento de nuevo.

—Sí. Lo es. Y gracias —respondo con timidez, sabiendo que mi acento es notable y terrible, aunque haya practicado antes de venir.

—Así que, ¿has decidido ver mundo por Navidad? —me pregunta, acomodándose en el asiento de enfrente, tapizado del mismo rojo granate que el mío—. ¿O vives en Canadá?

—No —niego, ahogando un bostezo tras una mano alzada. En el interior del tren hace un calorcito muy agradable a pesar del frío invernal que debe de hacer fuera, y ello me hace sentir amodorrada—. Vengo a visitar a mi prima.

No sé por qué se lo cuento. No es que yo sea muy de compartir mi vida privada con extraños.

De hecho, muchas veces no la comparto ni con conocidos.

—Mmmm —murmura ella, como si comprendiera, emitiendo un sonido gutural—. Ya veo. Así que vienes a ver a tu familia por Navidad. Qué bonito.

—Sí —replico con parquedad, no queriendo parecer borde, pero sin muchas ganas de hablar.

—Y, dime, ¿sueles venir a menudo a celebrar la Navidad en Green Valley?

Mira que es parlanchina, la mujer, suspiro para mí misma. *¿No decía que le dolía la cabeza y que quería algo de silencio?*

—No. Es la primera vez que vengo a este lugar.

—Ah. —Asiente para sí misma y yo la miro con confusión—. Ya decía yo que no me sonabas. Mi marido y yo hemos vivido en esta ciudad toda nuestra vida, ¿sabes? Conocemos a casi todo el mundo. Y además yo tengo una memoria excelente para los rostros.

Alzo una ceja de manera incrédula, pero evito decirle que es prácticamente imposible conocer personalmente a más de, según creo, casi cien mil habitantes.

Sobre todo, dado que la población ha crecido hasta ser más del doble que la que originalmente habitaba el valle en los últimos años, desde que Green Valley se hizo famoso en las redes sociales.

—Ya veo —contesto, en cambio. Pero mi tono no suena muy convencido.

Ella se ríe como si lo notara y no le importara mucho, guiñándome un ojo.

—Mi clan es muy conocido por estos lares, así que, si yo no conozco a alguien, entonces seguro que algunos de mis hermanos o primos sí que lo hacen y me han hablado de esa persona —me cuenta—. Y además de ser buena para las caras, soy también genial con los nombres. Y no me suena haber oído hablar de una Eleanor, sin ofender.

Oh, me sorprendo.

—No me ofendo —digo como si fuera una respuesta automática, dado que mi mente está otra vez en otros lares.

Astrid es una Cambiante, seguramente, pienso para mí misma.

Es lo que deduzco mientras ella me habla de cómo su clan celebra la Navidad montando un gran festival en una de las plazas cercanas al parque del antiguo cauce del río, reconvertido en zona boscosa de ocio después de que se creara un nuevo cauce cuando el anterior se desbordó e inundó la ciudad (cosa que también me explica con pelos y señales porque sucedió cuando ella era joven y lo vivió de primera mano).

Los humanos no llamamos «clan» a nuestra familia normalmente y, por si fuera poco, cuanto más habla, más se nota que no es humana. Es *algo* que hay en ella. Algo que emana. Quizá sean los gestos. O el brillo de sus ojos. O el hecho de que da la sensación de ser muy mayor pero su rostro apenas tiene arrugas.

No puedo poner el dedo sobre ello con certeza, pero ahora que me fijo, creo que parte de mí ha notado que no era humana desde el principio.

—… Y así es como nuestro querido Bert volvió a casa después de pensar que lo habíamos perdido para siempre —suspira Astrid, secándose una lágrima de la comisura de uno de sus brillantes ojos azules con un dedo enguantado—. ¿No es ese el mejor regalo de todos?

Parpadeo y me doy cuenta de que lo he vuelto a hacer: se me ha ido la mente a otra parte mientras alguien me hablaba y no me he enterado ni de la mitad de la historia.

—Muy bonito, sí.

Esa parece ser la respuesta adecuada, porque Astrid me dedica una sonrisa de lo más entusiasta que me hace sentir como una especie de seta antisocial en comparación. Creo que no sonrío de manera genuina desde hace años. Y es raro que mi cerebro se haya dado cuenta de ello de repente en mitad de una situación como esta, pero así es mi mente: a veces me sorprende hasta a mí con sus conclusiones inesperadas.

—Así que, tu prima y tú estáis muy unidas, ¿eh? Eso es maravilloso —prosigue ella, que al parecer no necesita que yo hable mucho para continuar con la conversación—. ¿De dónde vienes, por cierto?

—Madrid.

—¡Ostras! ¡Eso está lejísimos! —exclama ella—. Es la capital de España, ¿no?

Doy un cabeceo de asentimiento, y me pregunto si solo soy yo la que lo piensa o realmente lo he estado haciendo a menudo.

—Sí —añado cuando noto que ella espera una confirmación verbal—. Lo es.

—Son muchas horas de vuelo —silba Astrid, impresionada.

—Diecinueve —suspiro con cansancio.

Estoy deseando llegar a la cabaña que he alquilado y dormir. Hace años que tengo un insomnio insoportable, cosa que según mi médica es la causa más probable de que a veces me cueste concentrarme y la cabeza se me quede en blanco en los momentos más inoportunos.

—Debes quererla mucho para hacer semejante viaje —se ilusiona ella como si se estuviera imaginando una cálida y hermosa reunión familiar navideña—. ¡Seguro que tenías unas ganas inmensas de verla! Y ella a ti.

No la corrijo. Evito removerme con incomodidad y no le digo que la invitación me ha pillado por sorpresa y que hace doce años que no sabía nada de mi prima.

En realidad, me ha sorprendido enterarme de que Berta vive en Canadá. Y también que se ha Emparejado con un Cambiante. Un Zorro ártico, según me contó cuando hablamos por teléfono unos días atrás.

Y además tiene dos hijos.

No me imaginaba a Berta, que solía decirle a todo el mundo que no se casaría ni tendría hijos ni muerta cuando ambas éramos jóvenes, formando una familia. Pero la gente cambia con el tiempo. Yo solía decir lo contrario cuando era una cría y, sin embargo, mírame ahora: soltera, cansada de las relaciones sentimentales, más antisocial que un ermitaño y definitivamente no planeando tener hijos… aunque en el fondo una parte de mí sí los quiera.

Por ello no lo pienso mucho. Porque no tiene sentido darle vueltas a cosas que quizá no sucedan nunca hasta amargarte y acabar llorando, como yo hacía hasta hace un par de años, cuando caí en una depresión tremenda debido a que no me veía como madre en un futuro, criando hijos con mi ex (que en ese entonces no era mi ex), o en soledad como todos esos valientes padres y madres solteros.

Vivo cada día sin pensar mucho en el futuro. O en el pasado. Y a veces, tampoco en el presente. Es mejor así.

Menos ansiedad.

—¿Y cómo se llama tu prima? —pregunta Astrid, pero luego se corrige a sí misma con una mueca de vergüenza—. Ay, perdona, chiquilla. No quiero ser una entrometida. No tienes por qué decírmelo. Es solo que, como ya te he dicho, ¡mi clan conoce a todo el mundo en Green Valley!

Evito soltar un suspiro. La que va a acabar con dolor de cabeza tras tanto escucharla hablar

con entusiasmo soy yo. Aunque no pienso decírselo a la cara porque tampoco soy tan borde como para soltarle algo así a la mujer, que se nota que es cotilla, pero no mala persona.

—Berta —le confieso tras plantearme si quiero darle más tema de conversación o no.

—¡Oh! —Ella pone cara de que reconoce el nombre—. ¿Berta Whitefox? ¿La chica que hace unos años se Emparejó con Cristopher Whitefox? ¡Pero si la conozco en persona! Es una chica muy agradable —declara—. Un poco seria, eso sí. Y con un par de hijos preciosos. Fernando y Davinia se llaman, creo recordar. Van a la misma escuela que mis nietos…

Madre mía, sí que la conoce, sí, bufo mentalmente, atónita.

Ni yo misma me acordaba muy bien de los nombres del marido y de los niños que mi prima me soltó por teléfono hace unos días. Aunque les he comprado regalos, he dejado la etiqueta de sus nombres en blanco con la intención de preguntarle a Ber por ellos para no quedar mal cuando los deje bajo el árbol.

—¡Astrid! —interrumpe una voz de repente.

Un hombre de aspecto adormilado abre la puerta de mi compartimento y se queda mirando a la que supongo que es su mujer con el ceño fruncido.

—Ah. Hola, cariño —saluda Astrid con una sonrisa llena de amor—, ¿has dormido bien?

Él abre la boca para responder, pero el pitido que anuncia la llegada del tren a la estación finalmente suena y el vehículo se detiene, cosa que me alivia porque ambos se despiden para ir a recoger sus maletas a su cubículo. Estaba empezando a ser demasiado. Lo que no sé es cómo aguantaré varios días con la familia de Ber si me siento así con solo dos personas.

Espero que todo vaya bien, pienso, soltando el aire lentamente para calmarme. *Me he vuelto demasiado antisocial. Me pone nerviosa estar alrededor de las personas durante demasiado tiempo.*

Cierro los párpados y escucho atentamente los ruidos de la gente descendiendo del tren, reencontrándose con sus familiares y amigos y marchándose entre risas.

El ambiente de la Navidad lo permea todo de una magia especial. Cuando era niña, yo era capaz de sentirla. Ahora muchos días estoy demasiado cansada como para alegrarme por nada, aunque extrañamente, al oír a la gente reír y reencontrarse con sus seres queridos, mis labios se curvan en una sonrisa.

Una vez estoy segura de que Astrid y su Emparejado no me abordarán de nuevo (me siento un poco culpable de estar activamente evitando cruzarme con ellos, pero ha sido demasiada socialización para mí de golpe), me levanto, me pongo el abrigo de lana que había dejado en un costado del asiento, la bufanda, el gorro y los guantes (porque nada puede compararse al frío de Canadá según he comprendido en este viaje), y cojo mis dos maletas de las rejillas que hay sobre los asientos, bajando del tren y sabiendo que todavía tengo quince minutos hasta la hora en la que mi prima ha acordado que vendría a recogerme.

Fuera del tren, respiro el aire frío, admirando la arquitectura de la estación y la vegetación de sus jardines interiores, y pongo rumbo hacia la cafetería más cercana que veo con la intención de tomarme un café bien calentito.

Estoy muy nerviosa.

Ha pasado mucho tiempo y ambas somos diferentes de cuando éramos niñas, pero aun así al pensar en ella mi corazón se siente un poco más cálido.

No la cagues, Eleanor, me suplico a mí misma, deseando que todo vaya bien con todas mis fuerzas. *No prendas fuego a este puente como lo has hecho con todos desde hace años, por favor.*



Capítulo 2

Aquellos viejos amores que nunca mueren



ELEANOR

—¿Que has hecho *qué*? —Hago una mueca cuando la voz de mi prima suena incrédula, exasperada y escandalizada—. ¡Pero si te dije que podías quedarte con nosotros en casa!

—Ya. —Me encojo de hombros—. Y de verdad que te lo agradezco, Berta. Pero me dijiste que también tenías en casa a los padres de tu Emparejado y a su hermano pequeño. Así que me pareció que ya tenías a demasiada gente en casa y que…

Ella alza una mano demandando silencio y yo cierro la boca. Es un gesto que me llena de nostalgia al verlo porque es una manía que ha tenido desde que éramos niñas.

—Te he dicho que tenía una habitación lista para ti —me regaña—. Es una buena habitación, aunque tengas que compartirla con Gregory. Y, además, déjame decirte que es completamente estúpido que te gastes dinero alquilando una casa cuando ya tienes un lugar en el que quedarte.

Me encojo de hombros.

—Pues soy estúpida, pero la verdad es que, sin ofender, no me apetece mucho compartir habitación con un perfecto desconocido en una casa repleta de gente que no conozco de nada… —mascullo con el ceño fruncido, avergonzándome por sonar tan antisocial.

Ella suelta un suspiro que parece rebosar de resignación y me mira con una sonrisa de afecto.

—En eso sí que no has cambiado nada —dice con una voz mucho más suave y repleta de nostalgia—. Siempre has necesitado tu espacio. O al menos un lugar al que retirarte cuando te apetecía estar a solas con tus libros, lejos del bullicio.

En ese instante, el hecho de que la he echado muchísimo de menos me golpea con fuerza y me crea un nudo en la garganta.

—Supongo que sí —logro graznar tras tragar saliva, sintiendo ese nudo presionar contra mis vías respiratorias.

Estoy a punto de estallar en llanto. Cosa que me sorprende porque no he llorado desde hace años.

Berta me lanza una mirada que dice a las claras que sabe que estoy emocionalmente afectada y alarga una mano sobre la superficie de la mesa de la cafetería en la que estamos sentadas, cogiendo una de las mías en un gesto cariñoso.

Sus dedos se sienten igual de cálidos que cuando yo era una niña insegura y triste y ella una adolescente que intentaba ser fuerte por ambas, tras perder a nuestros respectivos padres en un accidente de coche en el que iban los cuatro juntos.

Es sorprendente como, a pesar de haber estado separadas doce años, se siente como si no hubiera transcurrido nada de tiempo entre nosotras. Es como si fuera apenas ayer cuando ella salió con una mochila a cuestas por la puerta de la casa de la abuela para ir a ver mundo prometiendo volver en un par de años (y no volvió, aunque parte de mí se quedara esperándola para siempre).

—Te he echado de menos, prima —me dice con ternura.

—Y yo a ti —confieso en voz queda con los ojos húmedos de lágrimas sin derramar.

Ber se levanta de su asiento y se sienta en la silla que hay a mi lado, dándome un fuerte abrazo.

—Ven aquí —sonríe contra mi hombro—. Deja que te apretuje un rato. No entiendo por qué no nos hemos visto en todos estos años.

—Ni yo —respondo, devolviéndole el abrazo y cerrando los ojos para aspirar el olor de su colonia avainillada.

Me siento algo culpable. Soy consciente de que ella intentó contactar conmigo el primer año de su viaje y yo, dolida y sintiéndome traicionada de que no me llevara con ella (a pesar de que yo acababa de cumplir los quince y de que la abuela se negó en rotundo) ignoré con rabia cada uno de esos intentos.

Ahora me doy cuenta de que mi arrebato infantil nos distanció mucho, pero en ese momento mis emociones dictaminaron mi comportamiento y de nada sirve juzgar a mi yo más joven por ello.

—Ay —suspira Berta—. Debería haberte llamado antes, pero la vida es tan complicada… —se lamenta, dejándome ir y reclinándose en su asiento.

Dejo caer mis brazos a ambos lados y trato de que no se me note lo inusualmente famélica que estaba de contacto físico. Un hecho del que ni yo misma me había dado cuenta hasta ahora. Como tener un agujero dentro que ha ido haciéndose más grande y que ahora que me está engullendo da la cara y dice: «ey, hola, estoy aquí y te afecto mentalmente, aunque estés tan jodida que ni lo notes».

—Cuéntame cómo te han ido las cosas —me pide mi prima, cogiendo su taza de café humeante del otro lado de la mesa y moviéndola hasta que está frente a ella—. Sé que eres escritora. Cosa que me alegra muchísimo por ti porque recuerdo que es lo que me dijiste de niña que querías ser.

Asiento.

—Sí. Es genial poder vivir de mis libros —confirmo.

Y un gran alivio, porque más allá de imaginar y escribir, y quizá pintar o algún otro arte, no creo que se me dé bien nada más. Especialmente un trabajo más «tradicional», de esos que implican un alto grado de competitividad constante, tipo oficina. O los de cara al público.

Me estremezco al pensar en esos últimos. Definitivamente no son para mí.

Berta me mira por encima del borde de su taza de cerámica con un brillo pícaro en sus ojos marrones.

—Confieso que he leído un par de tus libros —declara de sopetón—. Los de los alienígenas buenorros que invaden la Tierra para buscar pareja.

Me atraganto con el café con leche que me había llevado a la boca cuando me suelta eso y ella se ríe con diversión, dándome palmaditas en la espalda hasta que se me pasa el ataque de tos.

—Las escenas picantes son algo que jamás te imaginaba escribiendo —bromea, prosiguiendo cuando ve que soy incapaz de responder.

Emito un sonido de pura vergüenza.

—¡No leas esos capítulos! —exclamo cuando logro recuperarme, sabiendo que es demasiado tarde—. Madre mía, qué vergüenza. Sáltatelos si vas a leerme, por lo que más quieras.

Ella pone los ojos en blanco.

—Ni que fuera para tanto —resopla, pero sigue divertida a mi costa y se le nota—. Solo es sexo. Aunque —ladea la cabeza al mirarme—, me pregunto cómo sabes tú tanto del tema. ¿Algún novio o novia de quien deba estar enterada?

Alza las cejas como si esperara que empiece a contarle los pormenores de mi vida sexual estilo pódcast. Noto mi piel calentándose y sé que me estoy poniendo más roja que una granada.

—Hijos —balbuceo, tratando de cambiar de tema a toda prisa—. Hablemos de tus hijos. ¡Tienes hijos! No me esperaba eso.

Ella se ríe de nuevo, pero una vez se le pasa la risa me enseña fotos de mis sobrinos que guarda en el móvil. Y también de su Emparejado y del clan de este, que ahora también es el suyo.

—Te van a encantar, ya lo verás. Son buena gente. —La manera en la que sonríe al decirlo es preciosa.

Abro la boca para soltar un comentario de duda automático, pero la cierro cuando veo la calidez con la que ella mira las fotos.

Es la misma con la que me mira a mí.

Algo dentro de mí, que se había vuelto oscuro y frío sin que yo me diera cuenta tras largos años de soledad, se aligera y se llena de luz.

Me alegra haber tomado la decisión de venir a Green Valley, me encuentro pensando mientras escucho a mi prima hablar de su nueva familia con tanto amor que se me humedecen los ojos de la emoción.

Nunca en mi vida había sentido que me pertenecía estar en un lugar y un momento en concreto tanto como ahora. Junto a ella y el amor que emana a raudales de manera generosa. Es como si mi corazón me dijera que aceptar su invitación ha sido la decisión correcta, a pesar del

largo viaje.

Algo dentro de mí está finalmente en paz. Como si estuviera sanando al fin de las heridas que Roberto me causó.

Y eso es algo que nunca creí posible hasta este mismo instante.



Capítulo 3

El hogar de los Whitefox



ELEANOR

La casa de los Whitefox, de la que Berta me habla mientras conduce hacia los barrios a las afueras de la ciudad, está situada en el ancestral territorio de los Zorros árticos, que fueron de los primeros Cambiantes en asentarse en Green Valley tras su fundación hace cientos de años.

—La reformamos un poco antes de mudarnos, pero hemos conservado muchos de los detalles arquitectónicos y muebles de origen victoriano —me explica mi prima con entusiasmo —. Te va a encantar. Quizá incluso te inspire para escribir algún libro de misterio o algo así —se ríe.

Sonrío sin poder evitarlo. La alegría que emana por cada poro, como si estuviese plenamente feliz y satisfecha con su vida, es contagiosa.

—¿Cómo os conocisteis tu marido y tú? —le pregunto con curiosidad—. ¿O es Emparejado el término que prefieres?

Ella se encoge de hombros.

—Da igual una cosa o la otra. Yo uso ambas como sinónimos —responde—. Y Chris y yo nos conocimos hace unos… —se queda pensando como si contara años mentalmente— siete años, ya que Fer tiene seis y me quedé embarazada de él unos meses después de Emparejarnos.

»Yo acababa de llegar a la ciudad, que por ese entonces era mucho más pequeña, y decidí hospedarme en una cabaña en vez de en un hotel para así poder dar caminatas por el bosque cercano, y nos encontramos en uno de los caminos.

»Él estaba buscando setas comestibles —se ríe de nuevo con diversión al recordar la escena —. Y yo decidí unirme a su expedición. Nos Emparejamos ese mismo día, en un claro del

bosque. Fue la mejor decisión impulsiva de mi vida.

—No sé por qué, pero no me extraña que fuera en un bosque —bromeo—. Ni tampoco que fuera algo impulsivo. Siempre has tenido mucho espíritu.

Ella suelta una carcajada.

—«Espíritu». Así es como la abuela llamaba a mi cabezonería —recuerda con nostalgia—. Tienes razón. Supongo que era de esperar que las cosas pasaran así —replica con humor—. Ya sabes que siempre me ha encantado salir a pasear por el campo y encontrar algo con lo que maravillarme cada día. Y ese día lo encontré a él.

Es precioso. Estoy muy feliz por ella, pero admito que la envidio un poco por la luz que emana.

—Sí. Recuerdo que solías coger el tren para irte a la zona boscosa más cercana a pasar el día cuando vivías en Madrid —sonrío con la misma añoranza cantando fuerte en el corazón—. No te gustaba nada vivir en la ciudad.

—Madrid era demasiado para mí —asiente ella—. Demasiada gente. Demasiado ajetreo. Demasiado tráfico.

—A mí no me ha molestado vivir en la capital, pero admito que ahora que veo esta ciudad es como si algo dentro de mí se sintiera más…, no sé, más libre, tal vez —reflexiono en voz alta —. Me gustaban los días en los que me llevabas contigo y caminábamos durante horas, ya fuera por el campo o por el parque. Eran mis favoritos.

Ella quita una mano del volante y aprieta la mía con cariño.

—Lo pasábamos muy bien, ¿verdad? —inquiere con el mismo sentimiento de afecto reflejado en su rostro y en su tono de voz—. Me acuerdo de aquellas tardes en las que hacíamos pícnics en el parque del Retiro.

—Y yo —sonrío.

El corazón se me llena de calidez al recordarlas. Se me había olvidado lo bien que me lo pasaba con ella de niña. Lo mucho que la quería. Y ahora estoy empezando a recordarlo; a sentir esa conexión tan especial que teníamos de nuevo.

—Bueno, ¡aquí estamos! —anuncia mi prima cuando giramos un recodo del camino y la

casa victoriana de los Whitefox aparece tras los árboles—. Hogar, dulce hogar.

Berta conduce hasta un garaje adjunto a la vivienda, pero antes de que pueda meterse en él, varias personas salen de la casa y bajan los escalones del porche a toda prisa.

—¡Mamá! —llaman los dos niños, de seis y cuatro años, corriendo sobre la nieve hacia la puerta del coche.

—Calma, impacientes —regaña con suavidad el hombre de cabello rubio pálido que camina tranquilamente tras ellos… en pantalones cortos y fina camiseta de algodón.

Me lo quedo mirando con extrañeza. Mi prima, que ha bajado la ventanilla del coche para saludar a sus hijos y decirles que esperen a que aparque en el garaje, se gira un segundo hacia mí y se echa a reír con ganas al ver la expresión de mi rostro.

—A Chris y a los niños no les molesta mucho el frío —me cuenta con humor mientras deja el coche en una de las dos plazas de aparcamiento y apaga el motor—. A mí sí que me molesta un poco más. Supongo que porque era humana antes de Emparejarme con él.

Oh, me doy cuenta de repente, *mi prima es una Cambiante de Zorro ártico.*

Ese no tan pequeño dato me cuesta un poco de asimilar, aunque el hecho de que los humanos que se Emparejan con Cambiantes se vuelven de la misma especie animal que su esposo es algo muy conocido. No había caído en la cuenta de que en esa categoría se incluía Berta hasta ahora.

La miro de reojo mientras me quito el cinturón y salgo del coche, pero, aunque se la ve joven, saludable y radiante, no noto ningún cambio evidente que indique que ha dejado de ser humana.

Deja de pensar en tonterías y de mirarla como si le hubiera crecido otra cabeza, Eleanor, me regaño, no queriendo que Berta pille mis miradas de curiosidad y se sienta ofendida.

Salgo del coche con un nudo de nerviosismo en el estómago, que por suerte no es tan grande como suele serlo cuando me enfrento a alguna situación con gente nueva, y me estremezco un poco cuando el frío me golpea con fuerza.

—¡Hola! —me grita la entusiasta voz de una niña, que imagino que debe de ser Davinia.

Le sonrío, pensando que su pequeño rostro de mejillas regordetas y sonrojadas es

absolutamente adorable.

—Hola. Encantada de conocerte, Davinia.

Ella se ríe y me coge de la mano, tirando de mí hacia la casa sin darse cuenta de mi estupefacción por ese pequeño gesto de aceptación inmediata.

Berta, en cambio, sí que la ha visto, y se ríe con ganas cuando me ve inclinada hacia la niña porque es tan pequeña que si me pongo derecha su mano no llega a la mía, ni aunque ambas estiremos los brazos.

De repente, otra pequeña mano me coge de la que tengo libre.

—¿Eres la tía Eleanor? —me pregunta una voz con timidez.

El pequeño Fernando me observa con curiosidad por debajo de sus pestañas de color castaño. Su pelo, de un rubio tan pálido que parece blanco, como el de su padre, asoma por debajo de un gorro de lana con orejas de zorro, que es lo único que lleva puesto que realmente ofrece algún tipo de protección contra el frío.

Aunque a él no parece molestarle ir en pijama de verano por la nieve. Ni siquiera tiene la piel de gallina, a diferencia de mí, que ya estoy helada bajo mis gruesas capas de ropa.

—Sí —me trago el nudo que súbitamente se me ha hecho en la garganta al ser llamada tía —. Soy la tía Eleanor —repito, aclarándome la garganta con emoción.

Pasar de estar sola a de repente tener familia es algo abrumador. Pero en el buen sentido. Mi corazón late con tanta fuerza que me cuesta un poco respirar.

—Es un placer conocerte —interrumpe la profunda voz de Chris, que ha abierto el maletero para sacar mis maletas tras compartir un cariñoso beso con su mujer—. Berta nos ha contado un montón de historias de cuando ambas erais más jóvenes. Nos encanta tenerte aquí esta Navidad.

Le sonrío por encima de mi gruesa bufanda. Aunque todavía estoy nerviosa, el sentimiento está siendo sustituido con rapidez por uno de tímida alegría.

—Muchas gracias.

Él me devuelve la sonrisa y deja las maletas en el suelo.

—De nada —replica—. Seguro que tienes muchas anécdotas propias que contarnos de esa

época, ¿no? Me encantaría oírlas.

Le sonrío con timidez esta vez.

—¿Te ha contado que una vez nos perdimos en el Bosque de la Herrería y tardamos casi un día entero en poder volver al coche? —me río al recordarlo—. Acababa de sacarse el carnet de conducir y aparcó en un lugar extraño.

—Ey —resopla Berta con los ojos llenos de humor, cogiendo una de mis maletas y acallando mis protestas cuando les digo a ella y a su Emparejado que puedo llevarlas yo—, al menos lo pasamos bien. Y no era verano. Si hubiese sido verano nos hubiéramos asado vivas. —Suelta una sonora carcajada y pone rumbo hacia la puerta de su casa junto a su marido.

Yo los sigo con los dos niños todavía cogidos de mis manos, que deciden dejar a un lado su tenue timidez para empezar a hacerme preguntas a mil por hora que apenas doy abasto para responder. Y no lucho contra la queda felicidad que decide renacer en mi pecho y que se extiende por mis extremidades, caldeándolas con una dulzura inesperada y acogedora, como si las brasas de sus llamas casi apagadas solo hubieran estado esperando algo que las motivara a encenderse de nuevo.

Una chispa. Una muestra de amor genuino. De calidez y afecto.

Es una sensación tan tierna, tan dulce y asombrosa, que llena mi mente de una paz que no había tenido desde que era niña.

Y creo que es en ese instante en el que decido que voy a vender el piso de Madrid y a mudarme a Green Valley solo para poder estar más cerca de algo tan hermoso como mi recién descubierta familia, si a mi prima le parece bien.

Aunque sea la primera decisión impulsiva de mi vida.



Capítulo 4

La Nochebuena de los Zorros árticos



ELEANOR

Los chiquillos ríen y bailan sobre la alfombra del salón, observando los regalos envueltos en coloridos papeles, entre los cuales están los míos (para mi alivio, con los nombres correctos finalmente); sus abuelos sonríen como bobos enamorados mientras beben de sus copas de anís y les hacen fotos; su tío, mucho más joven de lo que me esperaba (unos diecinueve años, aunque con los Cambiantes es difícil saberlo ya que una vez llegan a la veintena empiezan a envejecer más lentamente que los humanos), está vestido para salir de fiesta y se toma una última copa con sus padres (también mucho más jóvenes en apariencia de lo que me esperaba. No parecen mucho mayores de unos treinta y pocos).

Chris y Berta, en cambio, están en la cocina poniendo la cubertería usada durante la cena en el lavavajillas, mientras yo les ayudo a recoger lo poco que queda en la mesa para tener algo que hacer que no sea estar sentada mirando a los demás sin saber de qué hablar dado que, aunque el ambiente es genial, acabo de llegar y apenas conozco a los demás, aparte de mi prima.

Sin embargo, ha sido una noche preciosa.

—Gracias, cariño —me sonríe Berta, cuyas mejillas están coloridas por las risas y la copa de vino que se ha bebido durante la cena, depositando un sonoro beso en mi mejilla—. ¿Queda algo más que recoger?

Niego con la cabeza mientras ella se gira para colocar el solitario tenedor que he encontrado en una mesita lateral del salón, abandonado ahí por uno de los chiquillos, en el lavaplatos.

—Chris ya ha limpiado la mesa, así que no hay nada más que hacer —respondo.

El macho de Zorro ártico, que lleva un trapo colgado sobre el hombro y un delantal que

reza: «Mejor papá y cocinero del mundo», me guiña un ojo por encima de la cabeza de su mujer, que apenas le llega a la altura del hombro.

Los Cambiantes suelen ser tan altos que no me sorprende que mida más de metro ochenta y pico a pesar de ser de una especie pequeña como los Zorros.

—Ve a sentarte y descansa si quieres, que todavía falta un rato para el postre —me informa.

Les sonrío a ambos con cansancio. El día ha pasado con tanta rapidez que apenas he tenido tiempo para ponerme nerviosa, y la verdad es que mi prima tenía razón: los Whitefox parecen gente maravillosa y me han tratado con mucha hospitalidad, aceptándome como una más sin mucha pompa.

Ha sido genial pasar la Nochebuena con ellos, y sé que estaré bien el resto de las fiestas entre los acogedores brazos de este pequeño clan de Zorros árticos. Pero aun así estoy agotada y, tras un día entero de risas, conversaciones cada vez menos teñidas de ansiedad por mi parte, demasiado café para no dormirme en el sillón frente a la chimenea, y sintiendo en los huesos el largo y agotador viaje en avión y luego en tren, la verdad es que no sé si aguantaré hasta el postre.

Necesito despejarme un poco o me voy a dormir estando de pie.

—¿No necesitáis ayuda en la cocina? —pregunto, sintiendo que necesito algo que hacer para mantener la mente despierta.

—Ah, no. De eso ni hablar —interviene mi prima, que está sacando unas magdalenas recién hechas del horno—. Ya has ayudado bastante, cariño. Esta noche eres nuestra invitada. Ve a jugar con los niños o siéntate a leer un libro. No tardaremos mucho.

Hace un gesto con la mano hacia la puerta y chasquea la lengua, pero en sus ojos hay afecto.

—Vale —suspiro, pero en vez de ir al salón comedor al salir de la cocina me dirijo al baño de la planta de abajo y me lavo el rostro con agua fría.

No es suficiente para despejarme, me doy cuenta cuando el cansancio vuelve a asaltarme al incorporarme tras mojarme la cara en la pila una segunda vez.

Salgo del baño frotándome los ojos y pienso que incluso con las risas de los niños, sería

muy capaz de caer rendida si me siento en el sillón junto a ellos de nuevo.

Y no quiero.

No quiero porque, por primera vez en mucho tiempo, estar rodeada de gente es una bendición.

Porque hacía tanto que no me sentía tan bien recibida, tan querida, tan aceptada sin ser juzgada por mi torpeza social, por mis tambaleos y mis respuestas a veces solo medio pensadas antes de darles voz (y sin comentarios sobre lo irónico que ello es cuando me gano la vida escribiendo como respuesta) y demás cosas provocadas por la ansiedad, que me había olvidado de cómo se sentía no tener miedo de otras personas.

Me detengo justo antes de llegar a las dobles puertas del salón comedor, indecisa.

Oigo las voces de la familia Whitefox riéndose y hablando y, durante un segundo, mi mente salta al pasado y todo se tiñe de angustia de nuevo.

Trago saliva y me digo que ya no estoy con Roberto y sus amigos. Que en esta gente no hay un ápice de malicia. Que estoy a salvo. Pero al recordar a mi ex, el familiar miedo a la burla y al rechazo me apretuja el pecho con fuerza.

Es como si el sonido de una casa repleta de gente, tras haber vivido años de soledad en casi completo silencio excepto por las conversaciones que mantenía conmigo misma o con mi gata antes de que esta falleciera, de repente me resultaran abrumadoras.

Necesito espacio. Solo durante unos segundos. Alejarme para poder respirar un poco, hasta que la ansiedad se calme y pueda volver a sentirme más en control de mí misma.

Miro hacia la puerta de entrada y se me pasa por la cabeza que tal vez el frío invernal, que la calefacción de la casa y el calor de la gran chimenea del salón comedor mantienen a raya por mí (ya que ellos no sienten el frío como yo, cosa que me ha quedado clara porque van por ahí vestidos con ropa de verano), me despeje durante un rato más y me ayude a relajarme, y antes de que mi cerebro termine de procesar el pensamiento mis pies ya se han dirigido hacia allí.

Salgo a un paisaje blanco que contrasta vivamente con la decoración en tonos cálidos del interior de la casa. Respiro hondo varias veces y me estremezco, arrepintiéndome de no haber cogido la chaqueta, aunque no tanto como esperaba. El aire es frío, pero a pesar de que el invierno y yo no somos muy amigos, extrañamente esta vez sienta bien respirar su aroma a

bosque.

Me apoyo en la barandilla del porche y contemplo la floresta que rodea la casa a través del vaho de mi aliento.

Los latidos de mi corazón se van calmando poco a poco. Es curioso cómo la nieve hace que todo esté cubierto de una quietud casi mágica en este lugar. Como si los sonidos se suavizaran antes de llegar a tus oídos. Apenas oigo las voces de los habitantes de la casa.

Las lámparas que iluminan el jardín de la propiedad, cubierto en su mayoría por el manto blanco invernal, crean haces de luz dorada y plateada que tiñe los árboles más cercanos con su calidez, y las luces de la fachada de la casa parpadean de vez en cuando, incrementando ese aire surrealista que lo permea todo desde que he llegado aquí.

Es como si, al bajarme del tren, hubiera traspasado algún portal invisible hacia un mundo repleto de una magia vieja, sabia y cálida.

¿Qué ha sido eso?, pienso cuando veo una alta sombra moverse y me doy cuenta de que lo que he estado mirando no era un árbol, sino algo diferente.

A pesar del sobresalto de ver a una sombra de más de dos metros de altura moverse, inexplicablemente no tengo miedo.

Me siento a salvo, por insensato que ello sea. Como si un aura de paz y protección me rodeara.

Entrecierro los ojos y trato de intentar entender qué es lo que estoy viendo. Y entonces me fijo en los brillantes ojos verdes, enormes y relucientes, que están clavados en mí.

Y el corazón se me acelera.

Doy un bote cuando la puerta de la casa se abre tras de mí y casi suelto un grito de la sorpresa.

—¡Estás aquí! —exclama Chris con alivio. El Emparejado de mi prima frunce el ceño cuando nota mi sobresalto y pasea la mirada por la línea de árboles, acercándose a la barandilla del porche y deteniéndose a mi lado—. Berta te está buscando. Será mejor que entres.

Hay un tono extraño en su voz de repente, urgente pero como si tratara de estar en calma. Y además no deja de hacer gestos raros, alzando el rostro, olisqueando el aire y luego frunciendo el

ceño con mayor fuerza con lo que quiera que sus sentidos superdesarrollados le hayan dicho.

Desvío de nuevo la mirada hacia el punto en el que he visto el reluciente par de ojos que estoy segura de que pertenecían a un Cambiante, pero no veo nada.

Una inesperada sensación de decepción me agujerea las entrañas.

—¿Eleanor? —inquiere Chris, poniendo una mano en mi hombro para llamar mi atención cuando ve que me he olvidado de lo que me ha pedido en cuanto mi mente ha vuelto a pensar en el misterioso Cambiante espía—. ¿Por qué no vuelves dentro? De hecho, iré contigo —me sonríe, pero es una sonrisa un poco tensa y forzada—. Vamos.

Asiento y me dejo guiar hacia el interior de la vivienda, pero no puedo evitar desviar la mirada hacia mi espalda una última vez. Mis ojos se encuentran con ese par de relucientes iris verdes a unos metros de donde estaban antes y algo en mí me grita que debería *correr*.

Lo que más me confunde, sin embargo, es que esa voz no me está gritando que corra para ponerme a salvo, sino que lo haga hacia lo que estoy segura de que es un depredador gigantesco.

Qué extraño. Quizá estoy más adormilada y soy más idiota de lo que creía.



Capítulo 5

La llamada de un alma a otra



ELEANOR

¿Acaso te has vuelto una insensata?, me chilla mi cordura segundos después de que la puerta de entrada se cierre tras nosotros. *¿En qué estabas pensando? Debiste haber corrido hacia el interior de la casa al notar que algo te miraba desde el bosque.*

Chris, en un gesto que sé sin que me lo digan que es inusual, coge la llave del mueble de entrada y cierra la puerta a cal y canto. Tengo que forzarme a seguir sus pasos hacia la cocina porque esa otra voz de mi cabeza, a la que definitivamente no debería escuchar, sigue insistiendo en que debería ver al gigantesco animal (del que es evidente que Chris no se fía) más de cerca.

—Ven —insiste el Zorro ártico, con la sonrisa risueña que creía perpetua tras un día entero compartiendo espacio con él y su familia, y una evidente tensión en la rigidez de su postura—. Berta está haciendo chocolate caliente para acompañar las magdalenas.

—Suena delicioso —replico de manera distraída.

Mis ojos buscan la sombra de los árboles a través de la ventana que hay cerca de la puerta de entrada.

Chris lo ve y se apresura a cerrar la cortina de un manotazo, sobresaltándome una vez más.

—Perdona —se disculpa haciendo una mueca—. Es mejor que no salgas, ¿vale? Es… peligroso.

Frunzo el ceño.

—Pensé que Green Valley era uno de los lugares más seguros del mundo.

Él me mira fijamente como si estuviera pensando en qué responder y finalmente suelta un

suspiro.

—Lo es —asevera—. Pero, como en todas partes, a veces uno se encuentra con peligros inesperados.

De repente, siento la imperiosa necesidad de saber qué era lo que había en el bosque.

—Tú sabes que había algo ahí fuera, ¿verdad? —le pregunto con un tono urgente que no entiendo ni yo, como si saberlo fuera vital para mí—. ¿Qué era? Creo que he visto a un Cambiante en su forma animal, pero era enorme…

Chris desvía la vista hacia la cortina cerrada y luego suelta otro suspiro que me sorprende por la profundidad de su tristeza.

—Seguramente es un Feral.

—Oh —me oigo emitir un quedo sonido de comprensión.

Un Feral. Seres peligrosos, territoriales y salvajes y, según he leído, también impredecibles.

—¿Qué tipo de Feral? —inquiero, evitando estremecerme y abrazándome a mí misma cuando la piel se me pone de gallina.

Y no por el frío.

Una sensación desconocida, premonitoria e intensa, me altera la sangre y hace que mis dedos se curven sobre la tela de mi suéter de lana.

Chris se encoge de hombros.

—Un gato grande —responde—. Seguramente un León o un Tigre. No lo sé. No he conocido a muchos en mi vida, pero mis instintos y mi olfato me dicen que es un depredador de tipo felino.

—Guau —musito, impresionada.

Los Cambiantes de grandes felinos no son muy comunes. De hecho, según tengo entendido la mayoría están en peligro de extinción por sus bajos números.

El corazón me palpita con fuerza en el pecho.

Ese Feral, si hubiese querido, podría haberme matado tan rápida y silenciosamente que

nadie se habría dado cuenta de ello hasta que fuese demasiado tarde para salvarme.

Estoy segura de ello.

—Vamos a la cocina —insta Chris intentando cambiar de tema, aunque todavía se le nota algo preocupado.

—¿No pasa nada? Quiero decir —trato de explicarme mejor—, ¿no hay peligro para nosotros por el hecho de que esté ahí fuera?

No para mí, susurra esa voz de antes que insistía en que fuera con el Feral, pero trato de ignorarla con todas mis fuerzas.

—No lo sé —responde él con honestidad—. Llamaré a los del refugio de Ferales a ver si saben algo. No creo que sea agresivo. No he olido ganas de violencia en su aroma, pero de todas formas será mejor no salir por ahora, ¿vale? Al menos hasta que estemos seguros de que se ha ido.

Me muerdo el labio, nerviosa.

—Sería sensato quedarse dentro hasta que se lo lleven, sí.

Él parece más aliviado una vez escucha mi respuesta. Hace ademán de empezar a caminar de nuevo, pero de repente se detiene y se me queda mirando con cierta confusión. Veo las aletas de su nariz moverse como si estuviera oliendo el aire que hay a mi alrededor y mi aroma le dejase patidifuso.

—¿Ocurre algo? —le pregunto con incomodidad.

Chris sale de su ensimismamiento con un parpadeo de sus ojos azul cielo, que se enfocan en mí de nuevo con una sonrisa de disculpa.

—Ah. No —niega, pero hay algo en su mirada, evasiva y pensativa, que me hace sentir que sí que pasa algo y que no me está diciendo el qué porque no quiere alterarme—. Berta está esperando. Vamos a por ese chocolate, ¿está bien? Los niños tienen ganas de postre.

—Muy bien —accedo a pesar de que no estoy muy convencida de querer terminar con esta conversación sin respuestas firmes a mis dudas.

Me olfateo a mí misma discretamente mientras él empieza a andar, pero no huelo nada raro

en mí.

Lo sigo hacia la cocina mientras me cuenta la historia del refugio de Ferales y de su fundación, pero, aunque yo tengo los ojos fijos en él y parezco estar prestándole atención, la verdad es que toda mi mente está enfocada, sin que pueda evitarlo, en esa sensación premonitoria que he sentido antes. En esa imperiosa necesidad de correr hacia el bosque que no se apaga. Y en el retumbar de los fuertes latidos de mi corazón, que parecen apagar cualquier otro sonido. Como el manto de nieve que cubre el bosque en el que el Feral se oculta mientras nos observa a través de las ventanas.



Capítulo 6

La mujer que no creía en los milagros navideños



ELEANOR

Mi cuerpo arde.

Me despierto porque me siento afiebrada y sudorosa bajo las pesadas mantas de mi cama prestada, que aparto con un quedo gruñido de incomodidad. En cuanto mis ojos se habitúan a la tenue luz que entra por debajo de la puerta, me doy cuenta de que estoy sola en la habitación.

El chico Zorro con el que tenía que compartirla, Gregory, no parece haberse metido en ella en toda la noche, ya que las mantas de su cama permanecen intactas.

Un rápido vistazo a la pantalla del móvil que tengo cargando en la mesita me revela que son las cuatro y veintitrés de la mañana, y la luz artificial que se cuela en el dormitorio desde el descansillo de la planta de arriba, que seguramente hay alguien más despierto a estas horas intempestivas.

Salgo de la cama con un suspiro, sintiendo que incluso el grueso y calentito pijama que llevo puesto, que hasta hace unas horas me parecía de lo más adecuado a pesar de la calefacción de la casa (sospecho que el frío y yo jamás nos llevaremos bien) es *demasiado* ahora mismo. Así que, preguntándome si es que acaso he pillado algún resfriado, decido cambiarme a una muda de ropa algo más ligera antes de bajar a preguntarle a mi prima si tiene un termómetro disponible para comprobar si tengo fiebre.

O ese era mi plan.

Un plan que se ve interrumpido cuando mis ojos se desvían hacia la ventana mientras me quito el pijama y algo en mi cerebro me grita con fuerza: *él está allí.*

Me quedo paralizada vestida únicamente con un par de pantalones de deporte que apenas

uso y clavo la vista en la linde del bosque, que se ve claramente a través de la ventana porque anoche estaba tan alterada que se me olvidó cerrar las cortinas. A pesar de que es noche cerrada, la luna brilla con una fuerza inusual y su pálida luz se refleja en la blanca nieve, que lo cubre todo de una belleza que admiraría más si no estuviera más y más confundida por momentos.

—¿Quién? ¿Qué? ¿Dónde? —me pregunto a mí misma en un susurro, desorientada por estar hablando conmigo misma de una manera tan extraña (y tan diferente a mis habituales: «hoy tienes esta lista de cosas por hacer, Eleanor», o a las veces en las que me da por leer los diálogos de mis historias en voz alta para ver si suenan «realistas» cuando les pongo voz).

Pero no veo nada.

Puede que la luna haga brillar la nieve como si fuera polvo de diamantes, pero el bosque está tan oscuro como la boca de un lobo.

—Vale. Céntrate, Eleanor.

Aspiro una bocanada de aire y la dejo salir de mis pulmones con lentitud, poniéndome el sujetador y una camiseta de manga larga y dándole vueltas y más vueltas a la cabeza.

Por mucho que me repita «tranquilízate» y «céntrate» para mí misma una y otra vez, el corazón vuelve a latirme acelerado. Y lo hace, una vez más, porque sé exactamente qué es lo que hay en la linde del bosque en cuanto logro despejarme lo suficiente como para entender mis propios pensamientos: el Cambiante felino que ha puesto tenso a Chris.

Aun cuando salgo de la habitación tras coger una bata por si acaso me entra frío más tarde, soy consciente de que ni siquiera el cansancio va a hacer que pueda dormir esta vez. Estoy demasiado nerviosa, y ya no sé si es el repentino acaloramiento que siento o la mirada del gran gato lo que me ha despertado.

Si sigo así me va a dar una taquicardia, pienso para mí misma mientras desciendo las escaleras de la casa, poniéndome la bata y quitándomela segundos después para colgarla de mi brazo porque tengo demasiado calor con ella puesta.

Las puertas de las habitaciones de los chiquillos están cerradas, así que deben de estar durmiendo.

Oigo voces provenientes del salón comedor mucho antes de llegar al rellano, y lo que dicen hace que mis pies se detengan como si de repente estuvieran atrapados en cemento al llegar al

último escalón.

—¿Te refieres a Eleanor? —inquiere la voz de la madre de Chris.

Me quedo quieta sin apenas respirar y presto atención a lo que dicen, a pesar de que sé que mi conducta no es propia de una adulta madura y respetuosa. Pero eso ahora mismo me importa muy poco. Están hablando de mí y siento curiosidad por saber qué es lo que pasa conmigo.

—¿Estás seguro de ello?

Es la voz de mi prima la que lo pregunta. Y tiene un tono de ansiedad que no me gusta nada.

—No. No del todo —replica su marido—. Pero sí lo suficiente como para no dejar que mi hermano salga de casa para irse de fiesta.

Su voz suena algo sombría y pensativa.

No entiendo qué tiene eso que ver conmigo. Yo tampoco lo dejaría salir si hubiera un León o vete tú a saber el qué ahí fuera.

—¿Has llamado a Sorren Wolf? —inquiere mi prima.

—Sí. Pero no responde —suspira Chris—. Estará de celebración. Dudo que atienda el teléfono esta noche. Creo que su Emparejada y él tenían una cena con el clan Wolf.

—Entonces tampoco podemos dejar que mi prima salga —responde Berta con firmeza y preocupación—. No sabemos si es ella o no. Y, de todas formas, es un riesgo que no tomaré. Se trata de un Feral.

—Eso está fuera de toda cuestión, cariño —le dice su marido en voz tranquilizadora—. Esperaremos a mañana, a ver si responden al teléfono los del refugio. Mientras tanto, Eleanor está a salvo dentro de la casa.

—Sea quien sea el Feral, no podrá entrar —afirma su madre de manera rotunda.

¿Por qué iba yo a intentar salir de la casa con un Feral fuera? Eso es de idiotas, y puede que yo sea muchas cosas, pero idiota no es una de ellas. Aunque esa vocecilla insidiosa de mi mente me dé por saco, he logrado ignorarla hasta ahora.

Ya ni siquiera me planteo ir a pasar la noche a la cabaña que alquilé, situada a unos quince

minutos andando colina abajo desde aquí, según miré en el GPS cuando el tren estaba llegando a Green Valley. Sería algo sumamente insensato sabiendo que hay Ferales sueltos por el bosque. Y hasta yo, que no soy el colmo de la prudencia, tengo mis límites.

Me paso la mano por la frente y frunzo el ceño cuando la noto llena de humedad.

Estoy sudando un montón. Madre mía, espero no haber cogido alguna enfermedad rara o una pulmonía. Menudas Navidades serían esas si fuera así. Ojalá no sea nada contagioso, porque además por ahora se ve que nadie puede salir de la casa con ese Feral fuera. No quiero fastidiarle las fiestas a nadie.

—¿Estáis seguros de que el felino no va a intentar entrar a por ella? —esa voz es del hermano de Chris, estoy segura.

Y suena un poco asustado.

—Muy seguro —lo calma el Emparejado de mi prima—. Lo he cerrado todo. Y dudo que sepa abrir cerrojos a la fuerza, o que intente echar la puerta abajo.

—Si tú lo dices… —Gregory no parece muy convencido.

¿Tiene miedo de que el Feral intente entrar? Pero ¿entrar a por quién? ¿A por la pequeña Davinia?, me horrorizo.

No, susurra en respuesta esa vocecilla de antes en mi cabeza, que no se apaga ni con la fiebre. *No a por ella, boba. Davinia es demasiado pequeña. Hablan de una adulta. ¿No te das cuenta?*

—Quizá sea solo una coincidencia —añade la voz del padre de Chris, cambiando de tema —. El que ella huela a celo podría ser debido a otra causa.

¿Quién huele a qué?, me extraño.

Olisqueo a mi alrededor como si de repente tuviera sentidos Cambiantes y me riño a mí misma por la tontería. Evidentemente, yo no huelo nada. Mis sentidos son muy mundanos y mi nariz, a pesar de que no está taponada todavía, no percibe ningún aroma fuera de lo normal a mi alrededor.

Algo empieza a hacer *clic* en mi cerebro a pesar de lo inusualmente lento y atontado que lo siento.

—Si, como dice Chris, su aroma es algo sutil y no ha empezado fuerte de inmediato, quizás es que ella es una de esas personas que no tiene un celo nada más conocer a su Predestinado, sino que este se activa horas después —masculla la abuela Whitefox en tono pensativo.

—Pero tal vez se deba a alguien que ha conocido en la estación. O en el trayecto en tren —propone su marido—. No tiene por qué ser el Feral.

Me quedo completamente en blanco. Las palabras apenas se registran en mi agotado cerebro. No entiendo nada de lo que están diciendo. O tal vez sí que lo hago, pero lo que me pasa es que me cuesta admitir los hechos…

Me quedo mirando mi mano, húmeda por la transpiración, con cara de atontada.

«Eleanor está a salvo dentro de la casa».

«El Feral está aquí por ella…».

«…intentar entrar a por ella…».

«El que ella huela a celo…».

Repito una a una las cosas que he oído como si fuesen pistas que llevan a una gran verdad que parte de mí ya conoce, pero que otra parte de mí está demasiado incrédula como para aceptar. Una adulta. En celo. Y el Feral está aquí por ella. Y temen que él pueda intentar entrar a por ella…

Y de repente me estalla en la cara que yo soy la única candidata posible para el puesto, como si la conclusión fuese una bomba atómica mental.

—Oh, madre mía —me oigo gemir en voz alta con asombro cuando todas las piezas del puzle finalmente hacen *clic*—. No estoy con fiebre. ¡Estoy en celo!



Capítulo 7

La decisión de un corazón honesto



ELEANOR

Soy yo.

Estoy en celo.

El Feral está aquí por mí.

Y no se va a ir sin ti, añade esa vocecilla insidiosa que no se calla desde el fondo de mi mente.

—¡Eleanor! —regaña Berta, saliendo del salón cuando me oye exclamar con sorpresa—. ¿Qué haces despierta a estas horas? ¿No te habías ido a…? —se corta en mitad de la pregunta y la expresión de su cara cambia a una un tanto más sorprendida y ligeramente lúgubre cuando su nariz capta el olor que yo no percibo.

El olor a celo, seguramente.

—Madre mía, ahora sí que no se puede negar —suspira su cuñado, Gregory—. Apesta a ello.

—¿Negar el qué? —grazno con voz aguda y nerviosa, aunque ya intuya la respuesta.

Estoy tratando de procesar la idea de que *estoy en celo.*

—Definitivamente el Feral está aquí por ella —le oigo decirle a alguien.

—Calla —chista la voz de su madre.

Pero para mí todo es distante ahora mismo. Como si los oyera a través de una bruma cuajada de emociones que necesito controlar, pero no sé cómo.

Por mucho que me lo repita, y por mucho que memorizara los síntomas del mismo para un libro que escribí sobre un romance con un Cambiante, y que la parte analítica de mi mente esté repasando el listado de los mismos y tachando todos aquellos de los que mi cuerpo ya da señales, todavía sigo sin creérmelo.

Es imposible que yo esté en celo.

Pero está sucediendo.

Yo. Eleanor. La mujer más mundana del planeta, con tantas inseguridades que si cada una de ellas fuera una piedra se podría construir una catedral con ellas, tiene un Alma Gemela.

Una Pareja Predestinada.

Un Predestinado que, además, es Feral; posiblemente un inmenso felino que está asustando a una casa entera llena de Zorros árticos (entre los que se incluye mi prima). Un enorme gato que está rondando la madriguera de los Zorros *porque yo estoy dentro*.

—¿… Eleanor?

Me enfoco en la voz de mi prima que, con cara preocupada, me sacude suavemente para llamar mi atención.

Me doy cuenta de que me han estado hablando (ella, su marido y el clan de este, cuyas cabezas asoman bajo el arco que da al salón comedor) y de que Berta me ha preguntado algo en repetidas ocasiones que no he logrado captar porque estaba demasiado metida en mi no tan pequeña crisis personal.

—Perdona, ¿qué has dicho? —le pregunto.

—Que si estás bien —repite ella con gesto angustiado.

Parpadeo y me fuerzo a enfocarme.

—Sí —asiento, pero ambas sabemos que ha sido una respuesta automática, como la ceja enarcada de mi prima atestigua—. No —me corrijo. Y luego vuelvo a corregirme—: No lo sé, la verdad. Me siento… rara.

Como si alguien acabara de sacudir el eje por el que guiaba mi solitaria vida de golpe y sin previo aviso, haciendo que me tambalee y obligándome a encontrar una manera de recuperar el

equilibrio.

Solo que, aunque lo recupere, nada va a ser igual de ahora en adelante. Lo sé. Lo sé de corazón porque, primero, encontrarte de repente con que tienes un Alma Gemela es un *shock* para cualquiera.

Y, segundo, porque, aunque lo odie y deteste admitir algo que siento como una debilidad, jamás, ni siquiera tras un par de años de terapia, he logrado deshacerme del todo de la idea que Roberto me metió en la cabeza con maliciosa persistencia: que soy una loca amargada que merece estar sola el resto de sus días porque nadie va a quererme nunca tal y como soy. Que no hay ningún amor, ninguna magia, ninguna historia especial para mí en este mundo, porque nadie querría tener algo así conmigo.

De repente, tengo unas ganas tremendas de llorar. Y no sé si es de alivio o de miedo o de ambas cosas.

Los brazos de Berta me rodean con fuerza y su cálido cuerpo envuelve el mío, un poco más bajo y ligeramente más ancho de caderas que el suyo, con ternura.

—Tranquila —me dice con dulzura—. No tienes que tener miedo, ¿vale? No estás sola. Y no te va a pasar nada malo. No tienes que hacer nada ni aceptar nada que no quieras aceptar.

—Sí quiero —me sorprendo a mí misma cuando esas palabras salen de mí como un cañonazo impulsivo. Como si mi corazón hubiera decidido imponerse a mi ansiosa cabeza y hablar por ambos—. Yo… yo quiero saber si es verdad. Si de verdad tengo un Alma Gemela…

Ella se tensa ligeramente contra mi cuerpo, pero asiente y besa mi transpirada frente antes de apartarse.

—Está bien —consiente—. Pero recuerda que puedes cambiar de idea en cualquier momento, ¿vale? Si quieres echarte atrás, eres libre de hacerlo. Sin presiones.

Asiento y me limpio las lágrimas que no había notado manchar mis mejillas con manos curiosamente tan firmes como mi súbita resolución de comprobar si es cierto que el Feral es mi Alma Gemela.

Aunque no tengo ni idea de cómo voy a hacer eso, exactamente. Pero ya hay algo en mí que piensa en ese peligroso Cambiante como «posible familia» y a mi corazón a cabezota no le gana nadie.

Ni siquiera mi caótica cabeza.



Capítulo 8

La insensatez de una mujer en celo



ELEANOR

—Voy a salir.

—¡Ni se te ocurra! —protesta Berta.

Incluso Gregory, que he descubierto que tiene una lengua un tanto mordaz cuando quiere, para exasperación de su madre, enarca una ceja como si me hubiera vuelto majareta.

—Tal vez no sea tan mala idea —propone Chris de manera tentativa mirando de reojo a su Emparejada, que lo fulmina con los ojos antes de volverse hacia mí de nuevo.

—Es peligroso, cariño —insiste ella—. Da igual que seguramente sea tu Predestinado. Sigue siendo un Feral. Y uno de depredador, además.

Se estremece.

—Ey —protesta Gregory medio en broma—. Que los Zorros también somos depredadores, cuñada.

Berta hace un ademán con la mano como si desestimara sus palabras.

—No es lo mismo. Sabes a lo que me refiero —le responde de manera distraída—. Eleanor, cariño —me suplica a mí una vez más—, salir ahí fuera es una soberana estupidez y un riesgo que no puedo permitir que cometas.

—Pero el riesgo es mío —le digo con suavidad, cogiendo su mano entre las mías con una sonrisa—. Y soy yo quien decide tomarlo. Me habéis contado la historia de cómo algunos Ferales recobraron la humanidad al encontrar a sus Predestinados… Tal vez el León, o lo que sea que haya ahí fuera, solo necesite que me acerque a él.

—No, nada de eso —niega mi prima con énfasis, evidentemente angustiada por mi decisión —. Sigue siendo peligroso. No sabemos cómo reaccionará o si realmente eres su Alma Gemela o si es que hay otro Feral ahí fuera que no hemos visto… Vamos a esperar a que vengan los del refugio de Ferales. Ellos sabrán qué hacer.

—No sabéis si los del refugio van a venir o no. Ni tampoco a qué hora lo harán si es que pueden. No creo que se presenten aquí el día de Navidad —insisto yo con el mismo grado de tozudez—. Es Nochebuena. Estarán por ahí celebrando y no se acordarán ni de mirar el teléfono.

—Por favor, atiende a razones. Es demasiado peligroso —refunfuña Berta una vez más.

—Me quedaré en el porche —decido yo, ignorando su advertencia—. A una distancia prudencial y cerca de la puerta de entrada, ¿vale? Si pasa algo o me asusto, entraré corriendo.

Ella aprieta los labios y niega con la cabeza.

—De eso ni hablar.

—Entraré en la casa si siento el más mínimo riesgo, de verdad. Lo prometo.

—Eleanor, *no*.

—Berta, *sí* —contradigo con el mismo énfasis en la palabra opuesta—. Soy adulta y es mi decisión, por tonta que creas que sea.

Y por tonta que crea que sea yo, añado para mí misma.

Ambas nos miramos durante varios segundos en silencio, cruzadas de brazos de manera metafórica y con las manos todavía unidas en un gesto cariñoso que contradice nuestros ceños fruncidos.

La tozudez nos viene de familia. Seguramente la heredamos ambas de la abuela, que en paz descanse. Gertrudis era capaz de convencer a cualquiera de que hiciera lo que ella quería a base de no dar su brazo a torcer cuando creía tener razón o se le metía algo entre ceja y ceja.

Siento una ligera satisfacción cuando mi prima pone cara de resignación al cabo de un rato.

—Te quedarás a un metro de la puerta —ordena con un tono que no admite réplicas—. Y si te digo que entres, entras, ¿entendido?

Asiento con una leve sonrisa.

—Entendido.

—¡Bien! —interrumpe el padre de Chris—. ¡Qué emocionante!

—Ay. Espero que todo vaya bien —reza su Emparejada en voz queda—. Nunca se sabe con los Ferales…

Me trago el nudo de nerviosismo que se me hace en el estómago y me digo que mi Alma Gemela jamás me haría daño. Porque eso, aunque sea un hecho que todavía no he puesto a prueba, es algo que quiero creer con todas mis fuerzas: que puedo confiar en este macho Cambiante aunque haya perdido su lado humano, como jamás pude confiar en Roberto a pesar de que él lo conservaba todo.

Aunque sea insensato por mi parte y me haga sentir vulnerable, necesito saber si esa frágil creencia es certera antes de entender si puedo volver a amar o no. Porque la confianza y el sentirme a salvo con otra persona, al fin y al cabo, es lo que verdaderamente me importa en una relación.

Pero él es un Feral, me susurran mis miedos, aunque esta vez decido que no van a dominarme, no es fácil combatirlos de normal.

Con eso en mente, cuadro los hombros, me levanto del sofá y me dirijo a paso no tan firme hacia la puerta de entrada con el clan de los Zorros árticos a mis espaldas.

—Vamos allá —musito antes de poner la mano en la llave y abrir la puerta que me separa del riesgo más grande que he afrontado en toda mi vida.

Y no solo por el daño físico que un Feral de dos metros de altura podría hacerme si quisiera, sino por el dolor que podría sufrir mi corazón al verse decepcionado una vez más.



Capítulo 9

Una rosa con espinas



ELEANOR

Estoy tan nerviosa que mi estómago está empezando a llenarse de angustia y acidez, pero, aunque la decisión que he tomado me hace pensar que soy más boba de lo que creía, estoy determinada a saber a ciencia cierta si estoy en celo por el Feral que hay ahí fuera, o resulta que es por otro Cambiante y el hecho de que él esté rondando la casa es mera coincidencia.

Lo sabrás muy pronto. Prepárate, me susurra esa voz, ese instinto primordial, que se ha despertado en mi mente como si hubiera estado dormido y esperando que yo pusiera un pie en esta tierra para abrir los ojos y hacerse fuerte en mi interior.

Me estremezco, y no por el frío que me hace arrepentirme de no haberme puesto la gruesa bata que he descartado antes.

El aire invernal enfría rápidamente mi piel transpirada por el calor del celo y convierte mi respiración en vahos que tiñen la atmósfera frente a mí.

Trago saliva.

—No vayas demasiado lejos —me pide Berta, que está justo detrás de mí—. Quédate cerca de Chris y de mí.

Asiento mientras escaneo la línea de árboles que hay más allá del límite del jardín delantero.

Y entonces lo veo.

Esta vez está más cerca que antes. La luna ilumina su alto lomo cubierto de un pelaje color canela con elegantes líneas negras mientras él se desliza con sigilo, a pesar de su inmenso tamaño, hasta que puedo ver parte de su cuerpo cuando se detiene en el linde del bosque.

—Madre mía, es enorme —oigo murmurar a mi prima con horror en español.

—Así que era un Tigre… —comenta Chris, que se sitúa con ademán protector junto a ella, en inglés.

Berta me pone una mano en el hombro mientras su Emparejado le susurra que se tranquilice y que no va a pasar nada, pero yo estoy demasiado ocupada bebiendo con la mirada la imagen del inmenso Tigre que tengo frente a mí.

Estoy atrapada en las profundidades de sus ojos verdeazulados. Hipnotizada por la belleza y elegancia del que, ahora sí que estoy segura, es definitivamente mi Predestinado.

El corazón me lo grita con tanta fuerza que me resulta imposible ignorar la tormenta de emociones teñidas de anhelo y pertenencia que ha empezado a rugir en cuanto lo he visto salir a la luz de la luna.

Compañero, declara con júbilo y deseo cada célula de mi cuerpo.

Mi hogar. Mi pareja. Mi compañero de vida. El alma a la que he amado mil y una vidas a lo largo de los ciclos del universo, y la que he buscado desde el día en el que nací, como quien busca la pieza que le falta para sentir que todo está correcto en su vida.

—Dios mío, eres hermoso —me oigo susurrar, acongojada y presa de una emoción similar a la maravilla y al asombro en mi voz.

Doy un paso al frente sin darme cuenta y él eleva su cabeza, con una mandíbula tan grande que sería capaz de tragarme entera sin esfuerzo alguno, hacia mí, moviendo sus peludas y adorables orejas atigradas como si mi voz le fascinara tanto como él me fascina a mí.

Un ronroneo quedo sale de su ancho pecho, como un gato curioso por el ser que está parado frente a él, a tan solo unos metros de distancia.

Lo miro a los ojos y veo que, aunque haya inteligencia e intriga en ellos, no hay rastro de humanidad. Y entonces la realidad me golpea con fuerza y me hace perder la capacidad de respirar durante unos segundos debido a la angustia que vuelve a coger fuerza en mi interior.

—Eres un Feral. —Tengo unas ganas tremendas de llorar cuando noto que él, por mucho que sus instintos le hagan sentir que está conectado a mí de algún modo, no me reconoce como su posible pareja—. Madre mía. *Eres un Feral.*

Las palabras se me clavan como espinas en el corazón cuanto más y más comprendo lo que ello significa. Y cuanto más lo miro, más me duele y más me siento sangrar por la falta de humanidad que veo en él.

¿Y ahora qué?



Capítulo 10

La chica que anhelaba amor y bondad



ELEANOR

Escucho las voces del clan Whitefox a mis espaldas, pero apenas entiendo lo que dicen. Capto solo palabras sueltas a las que no presto atención porque toda mi capacidad emocional y mental está centrada en dos cosas.

La primera, que tengo un Alma Gemela.

La segunda, que dicha Alma Gemela es un Cambiante que está atrapado en su forma animal y no sabe qué soy para él. Y si por un casual sus instintos le dicen que soy importante en su vida (cosa que es probable), su mente animal no va a ser muy capaz de interpretar esa información, por lo que parece.

Así que todas esas historias de «Feral que encuentra a su Pareja Predestinada y de repente recobra su lado humano y se enamora de ella» no parece que vayan a cumplirse.

No esta vez, pienso cuando veo al Tigre olisquear el aire y emitir ese quedo ronroneo que rebosa confusión y curiosidad. *No para mí.*

Se ve atraído por mi olor. Le intriga, eso es evidente. Pero sigue siendo un Feral. No hay señales de que esté volviendo a su forma humana.

Y tal vez no las haya nunca, comprendo con un pesar infinito en mi corazón.

Aspiro una bocanada de aire y lo dejo salir trémulamente de mis pulmones. Tengo pinchazos en el pecho. El corazón me pesa y, una vez más, las ganas de llorar son tan fuertes que apenas puedo controlarlas.

Mi prima me abraza por la espalda y me besa la mejilla con ternura.

—Vamos dentro, ¿vale? Estás helada —me pide.

Asiento sin girarme, ya que soy incapaz de apartar mi mirada del Tigre cuyo nombre desconozco, pero que de repente significa tanto para mí, y dejo que Berta me guíe hacia el calor y la seguridad de la casa Whitefox.

—Está temblando —comenta Gregory con preocupación.

—Ve y enciende la chimenea —le pide Chris mientras su Emparejada me acompaña hacia el salón comedor—. Le traeré una manta.

Berta me sienta en el sofá y se coloca a mi lado, abrazándome de nuevo y guiando mi cabeza hasta que está apoyada en su hombro.

—¿Qué hago? —le pregunto como si esa terrible duda que me embarga se hubiera escapado de mis labios sin mi consentimiento.

Ella me abraza con más fuerza.

—Hablaremos con los del refugio cuando lleguen, ¿vale? —responde en tono paciente y amable—. Tienen mucha experiencia con Ferales y estoy segura de que podrán resolver todas tus dudas. Solo tenemos que esperar unas horas más.

Aprieto la mandíbula y asiento, dejando escapar esas traicioneras lágrimas que se acumulan en mis ojos en la seguridad y familiaridad de su abrazo.

Algo dentro de mí se retuerce con repentina rabia. No por Berta ni por su familia, ni mucho menos, sino por mí. Contra mí y la decepción que siento de que él no se haya hecho humano al verme, aunque parezca un enfado infantil.

Hay un poderoso anhelo en mí que me ha hecho soñar despierta casi toda mi vida con encontrar un Alma Gemela, ya fuese por el destino o por algo más mundano, pero igual de hermoso que un vínculo místico entre dos almas, como enamorarse de otro ser humano.

Algo que me ha impulsado siempre a imaginar un futuro en el que me casaba y me iba a vivir con mi esposo a una bonita casa con una gran biblioteca en la que leer frente a la chimenea en tardes de invierno, rodeada de un frondoso jardín de flores, y quizá con un par de niños que me llamaran «mamá».

Y ahora siento que ese algo está a la vez al alcance de mi mano y tras una barrera de

espinas venenosas.

—Soy tan boba… —suspiro, tragando saliva y limpiándome las mejillas con el dorso de la mano—. Sigo siendo esa niña que soñaba con enamorarse. Romántica y fantasiosa hasta la médula.

Berta me sonríe con afecto.

—No hay nada de malo en eso, cariño.

Le devuelvo la sonrisa con un humor un tanto triste.

—A estas alturas, no comprendo cómo es posible que siga deseando lo mismo que deseaba de pequeña —me río a costa de mí misma con cansancio.

»He tenido años para madurar y aprender que una no obtiene siempre lo que quiere. Años para conformarme con una vida en la que pueda vivir de mis libros y agradecer ese milagro, y sin embargo quiero más… Quiero *más*, Berta —le confieso como si me avergonzara, sintiéndome expuesta, pero sabiendo que ella jamás me haría daño y que esa confianza en su afecto es lo más valioso que existe en el mundo entero.

»He aprendido a ser independiente. A cuidar de mí misma. Pero en el fondo… En el fondo no quiero vivir mi vida sola, aunque sea capaz de ello. Quiero… quiero lo que tú tienes.

La última confesión sale con cierta incomodidad, pero cuando la miro a los ojos no hay aprensión en ellos. Comprende que no siento envidia ni celos, sino que amo que ella sea feliz y que al mismo tiempo quiero esa felicidad también para mí misma. Y compartirla con ella como ella la ha compartido conmigo estas fiestas.

—No deberías perder la esperanza —me riñe.

Le sonrío con afecto.

—Es irónico que ambas hayamos obtenido lo contrario a lo que deseábamos de niñas, ¿no crees? —reflexiono en voz alta con humor.

—Lo es —contesta Berta con expresión apesadumbrada, pero viendo el humor que yo también veo en el destino de ambas—. Pero, cariño —me regaña con suavidad de nuevo—, ¿quién dice que no puedes obtener lo que deseas? No está todo perdido. Ahora sabes que él existe, y también sabes que ha habido casos de otros Ferales recuperando su humanidad.

Suelto el aire que se me había acumulado en los pulmones y me digo que ella tiene razón y que voy a tener que ser fuerte y probar eso que llaman positividad, que de pequeña no me resultaba tan difícil invocar desde el fondo de mi mente como ahora que soy adulta.

—Tienes razón otra vez —le contesto con una sonrisa, reacomodándome en el sofá y quitando la manta de mis piernas, ya que entre el calor de la chimenea, mi celo y la gruesa tela de lana me está entrando un bochorno terrible.

»Voy a pensar en positivo y a creer que encontraré la manera de hacer que él vuelva a ser humano. Y una vez eso pase… Una vez eso pase —repito con mayor firmeza, porque si quiero buscar una solución a nuestro dilema primero tengo que creer que puedo hacerlo—, veremos si realmente él y yo estamos hechos el uno para el otro.

Cuando me calmo, me noto tan cansada que mis párpados apenas se mantienen abiertos.

Berta frota mi espalda y pliega la manta que Chris ha traído para mí, dejándola a un lado sobre el sofá. Oigo las voces distantes del resto del pequeño clan de Zorros en la cocina y me avergüenzo un poco por haber tenido una crisis dramática por culpa de mi descontrol emocional.

—Perdona por el drama —me disculpo con mi prima, alzando la cabeza de su hombro y separándome un poco de ella para darle espacio—. Es Nochebuena. O Navidad, más bien, ya que ya son… —miro el reloj que cuelga en un rincón del salón— las cinco y media de la madrugada. Estoy segura de que os habría gustado pasar unas Navidades mucho más tranquilas.

Berta me sonríe y aprieta los dedos de mi mano con los suyos para darme confort.

—No te disculpes —me dice—. Es normal que estés triste y estresada. Yo también lo estaría en tu lugar. Y nos encanta tenerte aquí, Eleanor. Por favor, no lo pongas en duda.

Aparto la mirada sintiéndome apocada de nuevo y emocionalmente tocada por su gentileza. Hay algo en la amabilidad que siempre tocará mi corazón con mayor fuerza que cualquier crueldad de este mundo. No sé por qué, pero me afecta mucho más cuando alguien es amable que cuando una persona escoge ser cruel, aunque esto último me hiera, a veces de manera muy profunda.

La gentileza es algo tan hermoso que siento que a estas alturas de mi vida he empezado a codiciarla como una especie de dragón que encuentra gemas brillantes inesperadas.

Quizá por eso es por lo que vuelvo a abrazar a mi prima con fuerza, dejando que sus

palabras de aprecio borren poco a poco mis inseguridades y el malicioso y persistente sentimiento de que causo problemas y soy una persona incómoda (otro de los legados de Roberto) se desvanezca hasta que puedo respirar con más tranquilidad.

—Gracias —le digo de todo corazón—. Gracias por todo.

—Ay, tonta —responde ella con voz afectada—. No me des las gracias. Somos familia y siempre te querré.

No aumento la fuerza de mi abrazo porque al final le voy a romper una costilla, pero me cuesta contener la dulce alegría que me embarga al oírla decir eso.

—Me alegra tanto haber venido… —admito en voz alta.

A pesar de lo del Feral (o en parte gracias a que, aunque mi Predestinado sea uno de ellos, al menos ahora sé que él existe), no me arrepiento de haber hecho el viaje ni lo haré jamás. Reconectar con mi prima es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Y a mí que estés aquí —suspira ella—. Me dan ganas de pedirte que te quedes para siempre, aunque no deba.

Me río cuando la escucho decir eso y recuerdo los pensamientos que he tenido al reencontrarme con ella hace unas horas.

—No hace falta ni que lo pidas —replico—. Mudarme a Green Valley no es una decisión difícil. Pase lo que pase con el Feral, creo que no volveré a Madrid.

Al fin y al cabo, no tengo nada que perder y sí mucho que ganar.

Ella sonríe como si le hubiera tocado la lotería y, sin previo aviso y dándome un buen susto de la sorpresa, emite un grito de felicidad y se abalanza sobre mí.

—¡Eso sí que es un buen regalo de Navidad! —exclama entre risas—. ¡Ahora no puedes echarte atrás! Espera a que se lo diga a los demás. Van a estar tan felices como yo, ya lo verás.



Capítulo 11

Una decisión impulsada por el instinto



ELEANOR

Todos están durmiendo.

Son las seis y poco de la mañana y se han pasado toda la noche despiertos debido al Feral y a mi dilema personal, así que la casa ha quedado en silencio cuando el cansancio ha empezado a hacer mella en el clan de los Zorros.

Chris ha prometido volver a llamar a los del refugio a una hora más decente, cuando esté seguro de que estarán despiertos, pero yo no puedo dormirme.

Debería darme por vencida. Ni siquiera me noto con ganas de dormir, suspiro para mí misma en silencio. *No creo que pueda pegar ojo.*

Una vez más, me levanto de la cama acalorada por culpa del celo (aunque por suerte no tanto como antes) y pongo rumbo hacia la cocina procurando no hacer ruido.

Todos duermen en la planta de arriba tras haberse asegurado por enésima vez de que los accesos de la casa están todos cerrados a cal y canto (bueno, todos excepto Gregory, que se ha ofrecido a hacer guardia y está dormitando en el salón comedor), y no quiero despertarlos.

Los Cambiantes tienen un oído muy fino, al fin y al cabo.

Soltando un suspiro de cansancio, me acomodo en el banco que rodea la mesa que hay en un rincón de la cocina, junto a los altos ventanales franceses que dan al jardín.

La humeante taza de café con leche que me llevo a los labios me hace soltar un suspiro por el delicioso sabor. Me he traído un libro que he sacado silenciosamente de la estantería del salón comedor para no molestar a Gregory, y me disponía a pasar las largas horas de espera leyendo mientras me bebo mi café… pero no puedo.

No soy capaz de concentrarme.

Me doy cuenta de que ni siquiera estoy mirando los párrafos que mi cerebro apenas registra, sino que mi vista cada dos por tres se desvía hacia el bosque que puedo ver a través de los ventanales.

Todavía es noche cerrada.

En invierno no amanece hasta allá las siete y media o las ocho, así que todavía queda un buen rato para que salga el sol. Pero no me hace falta su luz para saber dónde está él. Es como si algo se estuviera desarrollando dentro de mí, más allá del celo y del deseo por acercarme a él. Una especie de instinto que me dice exactamente dónde está el Tigre, aunque mis ojos no puedan distinguirlo de los oscuros y enormes árboles que rodean la propiedad.

—Me pregunto cómo te llamas —me oigo susurrar, rompiendo quedamente el silencio de la casa—, y quién eres. Qué sueños y esperanzas tenías antes de hacerte Feral. A qué te dedicas. Qué es lo que te hace sonreír o llorar. Si tienes amigos o familia que te echen de menos y se pregunten dónde estás…

Se me hace tal nudo en la garganta que ya no soy capaz ni de tragarme el café, así que dejo la taza sobre la mesa con cansancio y me paso las manos por los párpados cerrados. Noto los ojos arenosos por la falta de horas de sueño apropiadas, pero poco puedo hacer al respecto cuando mi cerebro está tan activo y se niega a dormir aunque deba.

Desvío la mirada del bosque hacia la amplia cocina, cuya isla central todavía está llena de las cosas que Berta y Chris han usado para hacer el postre, y me pregunto si en vez de leer debería recoger las cosas lo más silenciosamente posible para tener algo que hacer… y entonces una sombra cae sobre mí y me llevo un buen susto cuando me giro hacia el ventanal y veo que el Tigre está justo a mi lado.

El Feral tiene su grueso morro apoyado en el cristal, que llena de vaho y humedad, y sus bellos ojos están fijos en mí.

El corazón me da un vuelco, tanto del susto que me he llevado por encontrármelo casi cara a cara en meros segundos como por lo rápido y silencioso que es. Pero, sobre todo, por lo hermoso que es, cosa que noto con fascinación una vez más.

—Hola —le susurro a través de la ventana, notando cómo mis labios se curvan en una leve sonrisa—. Soy Eleanor. Tu Predestinada.

Una vez más, no tengo miedo. Y no porque haya una barrera física entre ambos, sino porque cada molécula que me compone me dice con total seguridad que él jamás me haría daño.

El Tigre emite un quedo ronroneo y apoya su frente contra el frío cristal como si quisiera alcanzarme, presionando contra este, y yo elevo mi mano y hago lo mismo desde el otro lado.

El nudo de mi garganta crece de nuevo y me encuentro a mí misma sonriendo al borde de las lágrimas, presa de una emoción sobrecogedora que al parecer solo él puede producirme.

De repente, siento que necesito tocarlo. Algo en mí me impulsa a salir fuera. Es una especie de hambre primaria, tan intensa que me hace jadear y que me causa un escalofrío de necesidad. Necesito verlo. Olerlo. Sentirlo contra mi piel. Bajo mis manos y rodeado por mis brazos.

Y él a mí.

Lo sé con todo mi corazón.

No me hará daño, y de todas formas él no va a entrar en la casa si yo estoy fuera…, rumio para mí misma, sopesando la idea con menos cuidado del que debería.

Es una idea insensata, lo sé, pero hay veces en que la insensatez me puede más que la cordura. Y, por una vez, siento que eso no es algo malo.

Me muerdo los labios y me levanto de mi asiento, nerviosa pero decidida, poniendo rumbo hacia las dobles puertas que hay en mitad de los ventanales franceses.

Solo será un segundo, acuerdo conmigo misma en silencio sabiendo que es un riesgo que Berta desaprobará, y que yo misma pondría el grito en el cielo si estuviese en su lugar sabiendo lo peligrosos que son los Ferales en general y los grandes depredadores como el Tigre en particular.

Él sigue mis pasos con la mirada a través de los ventanales y empieza a caminar hasta estar parado cerca de las puertas, como si supiera que voy a salir y estuviese esperando de manera impaciente a que lo haga. Sus enormes patas apenas dejan huellas sobre la gruesa capa de nieve. Su pelaje está empezando a ser cubierto de blanco, ya que están comenzando a caer finos copos que se mecen con el aire nocturno.

Me pregunto si tendrá un lugar en el que cobijarse del frío. Espero que los del refugio de Ferales vengan pronto y se lo lleven a un lugar seguro y cálido, pienso con tristeza.

Me angustia pensar que está solo y perdido, y más aún teniendo en cuenta las ocasionales y escasas tormentas de nieve que según internet caen en esta época del año en el valle.

Con manos firmes pese a mis nervios, quito el pestillo de las puertas y abro una de ellas, jadeando cuando el aire helado del invierno me golpea de lleno y me hace castañear los dientes. Pero no tengo tiempo para acostumbrarme al cambio brusco de temperatura o para cerrar la puerta tras de mí… Porque el Tigre, en cuanto me ve y me huele cerca de él, suelta un rugido que podría haber despertado a todo un cementerio y se abalanza sobre mí.



Capítulo 12

El despertar del Tigre



ELEANOR

—¡Para! —regaño con insistencia—. ¡Calla o vas a despertar a todo el mundo!

Pero él está demasiado empeñado en frotarse contra mí y en emitir quedos gruñidos posesivos como para hacerme caso. Es como si repente me hubiera convertido en hierba gatera para Tigres.

—¿Qué está ocurriendo? ¡Dios mío! —se horroriza mi prima, bajando las escaleras a toda prisa y deteniéndose frente a la puerta de la cocina—. Madre mía, ¿estás bien? ¿Te está haciendo daño? ¡Hay que sacarla de ahí, rápido!

—No. No —niego a toda prisa, tratando de apartar la enorme cabeza del Feral de mi cara, que ha decidido olisquear—. No me está haciendo daño, tranquila. Solo está…

—¡¿Le has dejado entrar?! —chilla Gregory con horror, cuyo pelo alborotado le da una apariencia tan histérica como su expresión.

—Salid todos de la cocina. Ahora —ordena Chris con voz autoritaria y un gesto duro que apenas alcanzo a ver por entre el grueso y largo pelaje del Tigre, que está inclinado sobre mí en ademán sobreprotector.

Me ha tirado al suelo y el culo me duele.

—Pero, Chris…

—Ahora, Berta —sisea Chris, tenso y con los ojos abiertos como platos—. Subid arriba. *Todos*.

Tras lanzarme una última mirada angustiada, Berta y los demás se marchan, dejándonos a

los tres en la cocina. El Tigre y yo en la puerta, con la mitad de mi cuerpo y su cabeza sobre el suelo de damasco y el resto sobre la fría nieve del jardín.

Por suerte, no me está aplastando con su peso. Sus patas permanecen cuidadosamente colocadas a ambos lados de mi cuerpo para no hacerme daño, con las garras lejos de mi piel.

Mi instinto no se equivocaba. Este macho moriría antes de herirme de alguna forma. Al menos de manera consciente. Y eso calma algo dentro de mí que no me había dado cuenta de que estaba tenso y asustado hasta este momento.

—Lo siento —le digo a Chris, escupiendo un puñado de pelo del cariñoso y curioso Tigre cubierto de cada vez más y más nieve.

Él se inclina sobre mí un poco más como una mamá gallina protegiendo a sus polluelos. O, en este caso, como un peligroso Tigre de tamaño descomunal creyendo que está protegiendo a su Pareja Predestinada del frío clima que no deja de caer sobre su lomo, y de lo que haga falta protegerla.

El Zorro está tenso y no responde. Y se pone todavía más tenso cuando el Tigre alza la cabeza, se lo queda mirando como si notara de repente que no estamos solos, y le ruge una advertencia nada agradable enseñándole los enormes colmillos, casi tan largos como mi cabeza y tan gruesos como mis antebrazos.

—¡Para! —le chisto al felino una vez más sin sentir aún un ápice de miedo, aunque me ha dado un buen susto otra vez y el sonido que sale de su pecho, grave, ronco y cargado de advertencias agresivas, no es algo agradable—. ¡No le rujas a Chris! Es un amigo. Deja de amenazarlo.

—Lo que me temía —oigo decir al Emparejado de mi prima—. Es un maldito Alfa. —Le escucho aspirar una bocanada de aire, nervioso y rígido de miedo, y el arrepentimiento me sacude hasta la médula cuando inclino mi cabeza todo lo que puedo para poder fijarme en su expresión y veo lo asustado que está—. Eleanor, lo siento mucho, pero vas a tener que sacarlo de la casa tú sola. No creo que me deje acercarme sin atacar.

Me ruborizo de la vergüenza por el mal rato que mi decisión impulsiva, que ni siquiera he sido capaz de contener, les está haciendo pasar a todos.

—Soy yo quien lo siente —me disculpo con presteza—. Todo esto es culpa mía. No te preocupes. Voy a intentar sacarlo de la casa… ¡Quieto! ¿Qué haces? —regaño de nuevo al Tigre,

que me ha agarrado de la tela de la camiseta y me está arrastrando hacia el bosque, lejos de Chris.

No deja de mirar fijamente al Zorro ártico y todavía emite ese sonido grave, bajo y amenazador, desde las profundidades de su ancho pecho peludo, como si se estuviera preparando para pelear. Y, aunque no temo por mi vida, de repente sí que tengo miedo por la de Chris.

Seré idiota, los he puesto en peligro a todos, me maldigo a mí misma.

Por muy Alma Gemela que sea sigue siendo un Feral, como me han advertido una y otra vez. Y ahora caigo en la cuenta de que, aunque yo no esté en peligro, con ellos el Tigre no va a tener la misma consideración. Esto podría acabar muy mal para Chris si el Feral siente que el Zorro quiere alejarme de él de alguna forma o se deja llevar por sus instintos sobreprotectores y territoriales.

No entiendo cómo he podido abrir la puerta sin pensar antes en la seguridad de los demás… Yo de normal no soy así.

No me lo explico.

—¡Vale ya! —me enfado con el Tigre, jadeando y estremeciéndome de frío cuando la nieve empapa mi ropa.

Pero el Feral no me hace caso. No se queda tranquilo hasta que estoy fuera de la casa, tendida sobre el blanco manto helado cerca de los árboles. Lejos de Chris, que se nota que no se atreve a acercarse más y que está intentando proteger a su familia como una especie de escudo humano entre ellos y el Tigre.

Madre mía. Madre mía, qué lío he montado en unos segundos. Debería haber esperado a los del refugio, me enfado conmigo misma de nuevo, pero de poco me sirve arrepentirme. Ya es demasiado tarde para eso.

Pienso en qué hacer a toda prisa, tratando de encontrar una solución al problema que he causado yo solita.

—Voy a intentar llevarlo de vuelta al bosque —le digo a Chris por encima del sonido de advertencia del Tigre y del castañeteo de mis propios dientes—. Cierra la puerta en cuanto nos alejemos, ¿vale?

No creo que el Tigre le deje acercarse a las puertas sin atacar. Si Chris da un paso al frente

cuando está tan alterado… no quiero ni imaginarme lo que hará el Feral.

—¿Y dónde irás tú? —se preocupa el Zorro—. No puedes caminar por el bosque en pijama y con zapatillas de estar por casa.

Suelto una risotada inesperada hasta para mí por la ridiculez de la situación y me digo que más me vale caminar con rapidez si no quiero acabar perdiendo los dedos de los pies de la hipotermia.

—Iré a la cabaña que he alquilado —le explico alzando la voz—. Creo que él me seguirá, si es que logro que se quite de encima de una vez.

—¿Vestida así? —pregunta Chris con incredulidad.

Sonrío con cariño cuando, una vez más, el Zorro se preocupa por mí a pesar de mi estupidez.

—No te preocupes. Él emite tanto calor que es como una estufa andante, y yo todavía estoy en celo —declaro con más confianza de la que siento—. Y la cabaña está a menos de quince minutos de aquí. Recuerdo el camino que ponía en el GPS. Puedo llegar sin problema.

Es cierto que tengo frío y que está nevando, pero curiosamente estoy mejor que cuando he llegado cubierta de arriba abajo por capas de ropa como una cebolla. Quizá por el calor que ambos, tanto el Feral como yo, no dejamos de emitir, que poco a poco derrite la nieve que se acumula bajo mi cuerpo. Aunque eso, dado que mi ropa cada vez está más mojada, no es algo bueno.

—Eleanor…

Chris titubea, todavía parado bajo el marco de la puerta, antes de entrar en la cocina, retrocediendo un par de pasos cuando el Tigre le gruñe enseñándole los colmillos otra vez y volviendo a estar cerca de la puerta.

—¡Ey! —harta de la situación, alargo la mano y golpeo al Feral en el frío y húmedo morro sin pensármelo mucho.

Ups.

Al menos él está tan sorprendido como yo por mi gesto y se ha quedado momentáneamente quieto y callado, lo que me permite aprovechar el momento de distracción para deslizarme por

entre sus patas y salir de debajo de él.

—¡Al fin! —exclamo con alivio, incorporándome y tiritando un poco por lo húmedas que están mis ropas.

Espero que en la cabaña haya prendas de ropa extra o al menos agua caliente y una bata calentita que ponerme, porque ya no puedo volver a la casa Whitefox a por mis cosas. El Tigre es demasiado rápido y demasiado fuerte y tengo miedo de que rompa las puertas de cristal ahora que sabe que puede entrar por ahí y que me ha olido de cerca, lo que parece haber despertado alguna clase de instinto posesivo que no había mostrado antes de ahora.

—Eleanor, no creo que sea una buena idea —habla Chris con urgencia cuando me ve prepararme para echar a correr por la nieve seguida del Feral—. Tal vez si das la vuelta a la casa y él te sigue, me dé tiempo a cerrar la puerta de la cocina y a abrirte la principal…

—No —me niego en rotundo, sabiendo que ahora ya no hay marcha atrás y que el Feral no va a tolerar estar separado de mí de la misma manera que antes he sabido dónde estaba escondido en la línea de árboles. Con ese instinto que me vincula a él y cada vez cobra más y más sentido en mi interior—. No te preocupes. No me pasará nada. ¡Cierra la puerta en cuanto nos vayamos! ¡Y lo siento una vez más, de verdad!

Alzo la mirada y contemplo los copos de nieve que empiezan a caer con mayor fuerza antes de echar a correr, sorprendiendo al Feral, que estaba intentando empujarme hacia el suelo con el morro de nuevo para ponerse sobre mí en ademán protector al notar al Cambiante de Zorro acercándose despacio hacia las puertas francesas.

—¡Eleanor! —escucho la voz de Chris a mis espaldas mientras me alejo tropezando por la nieve hacia donde sé que está el camino que lleva a las afueras del bosque—. ¡Vuelve, es una locura!

No miro atrás mientras pongo distancia con la casa del clan Whitefox, sabiendo que estarán a salvo y que ya no tendrán que estar encerrados en su propio hogar como si fuera una prisión esperando a que alguien venga a salvarlos.

El Tigre me sigue los pasos con facilidad.



Capítulo 13

La cabaña del bosque



ELEANOR

—Madre mía —tirito—. Dios mío, qué frío… Ha sido una mala idea. Una *muy* mala idea… La decisión más tonta de toda mi vida…

Aprieto el paso todo lo que puedo seguida del inmenso cuerpo del Tigre y, cuando el frío se hace insoportable a pesar del calor antinatural que emana de mi cuerpo, me agarro a su pelaje para que las piernas no me fallen.

La idea de llegar a pie a la cabaña en mitad de lo que parece que va a ser una de esas rápidas y escasas tormentas de nieve de Green Valley es tal vez la peor que he tenido nunca. Y eso que no es que yo sea el colmo de las buenas ideas de normal, aunque jamás había llegado a este punto de insensatez hasta ahora.

—No debe de estar lejos —jadeo con los labios resecos por el frío, intentando enfocar mi mirada a través del vaho de mi respiración—. Solo tenemos que ir camino abajo… Es solo una línea recta. O eso decía el GPS…

Pero el camino se me está haciendo eterno. No sé cuánto tiempo llevamos recorriendo el bosque. Y la nieve, que cada vez cae con mayor intensidad, no ayuda en nada a mantener el rumbo.

El Tigre se pega a mi costado como si supiera que estoy sufriendo por el frío y yo me agarro a él con más fuerza. No hablo más en voz alta porque la garganta me arde al hacerlo, pero no dejo de repetirme mentalmente que ya debemos de estar cerca. Aunque cuando la cabaña, situada casi en la linde del pequeño territorio del clan de mi prima, aparece frente a nuestros ojos, tengo ganas de dar un grito de alegría y alivio a partes iguales.

Aprieto el paso, agradecida de que el calor del Feral me ayude a mantener el poco que le

queda a mi cuerpo y con el ánimo renovado por la promesa de un fuego calentito en la chimenea tal como vi en las fotografías de la web, y subo los escalones del pequeño porche con el Tigre detrás haciendo crujir la madera con su considerable peso.

Justo a tiempo. Ya no aguantaba más, susurro mentalmente mientras mis dedos congelados buscan la llave que la dueña de la casa me dijo que dejaría colgada tras el pequeño cuadro que hay adornando la puerta. *Bingo*.

Abro la puerta de la cabaña y entro a trompicones temblando del alivio.

La tormenta está empezando a recrudecer y, aunque la casa está fría, hay leña de sobra para hacer un fuego. Algo mucho mejor que acabar muertos de hipotermia en la nieve, eso seguro.

—Vamos… —Me giro para mirar al Tigre, que está intentando entrar por una puerta que es demasiado estrecha y baja para su enorme cuerpo.

El marco cruje de manera ominosa, resquebrajándose en varios lugares cuando él logra introducir todo su cuerpo por pura cabezonería.

—Buen chico —le digo, y me ruborizo cuando me doy cuenta de que le acabo de soltar eso de manera automática a mi Alma Gemela como si fuera un perro.

Aunque no creo que a él le importe mucho. O que se haya dado cuenta, me encojo de hombros mentalmente.

El Tigre emite un ronroneo de satisfacción y se sacude, haciéndome toser cuando una mezcla de nieve, trozos de madera y pintura sale despedida de su pelaje. Murmuro para mí misma que pienso prepararme el baño más caliente de mi vida una vez haya encendido el fuego de la chimenea mientras cierro la puerta con cuidado de no pillarle la cola.

Mis dedos están helados como carámbanos y me resulta difícil manejarlos, así que me cuesta un poco preparar el montón de leña y prender fuego al papel que arrugo bajo esta. Sobre todo, porque el mechero me hace arder las yemas de los dedos hasta que consigo encender la llama.

Pero, una vez siento el calor del fuego cerca de mi piel, el suspiro de alivio que sale de mis pulmones es el más sentido que he emitido jamás.

—Ahora tengo que encontrar el baño —le informo al Tigre, que se detiene a mi lado sobre la alfombra y pega su enorme cabeza a mi costado como si pidiera mimos.

Me río y, sin poder evitarlo, lo abrazo con fuerza, hundiendo mi rostro en su pelaje, mucho más áspero de lo que pensaba. Me quedo un rato así, disfrutando del calor de su cuerpo y del del crepitante fuego a mis espaldas, pero sobre todo del ronroneo de placer que hace vibrar su cuerpo entero y, por extensión, también el mío.

Solo la promesa de un baño caliente y de un cambio de ropa me aparta de él a regañadientes.

—Quédate aquí, ¿vale? —le digo a mi Predestinado, que me mira como si no entendiera muy bien mis palabras—. No creo que quepas en el baño, así que no intentes seguirme o romperás otra puerta.

Aun así, cuando me alejo me sigue los pasos hacia el fondo de la cabaña, así que me toca detenerme, poniendo los brazos en jarras, y fruncirle el ceño.

Él me mira con sus inmensos ojos verdeazulados, que de cerca son todavía más hermosos y relucientes. Como nebulosas.

—Quédate aquí —repito con firmeza señalando hacia la chimenea, situada en el otro extremo de la zona abierta de salón, comedor y cocina todo en uno, frente al pequeño sofá—. En serio, eres demasiado grande y no vas a caber en el baño.

La cabaña solo tiene un dormitorio y un baño distribuidos en un descansillo diminuto en el otro extremo de la zona abierta, junto a la cocina, pero para mí sola no pensé que necesitase más.

El Tigre es tan grande que ocupa buena parte del pequeño espacio y no me queda más remedio que ir apartando muebles hacia la pared para pasar junto a él hacia el distribuidor, porque si no sería imposible. Me siento como una *ninja* ahora mismo. O como una pieza de Tetris.

—¡Quieto! —exclamo una vez más, exasperada cuando él empuja la mesa para dos a un lado y trata de meter la cabeza en el descansillo—. ¡No! Vuelve al salón.

Él emite un quejido como si protestara por mi decisión de intentar cerrarle la puerta del baño en las gruesas narices para tener un poco de privacidad y que además la habitación se caldee más rápidamente cuando encienda el calefactor.

—Uf. Mira que te gusta hacer las cosas difíciles. En eso nos parecemos.

Otro quejido bajo y un golpe de pata sobre el parqué, por el que seguramente voy a tener

que pagar porque sus afiladas garras no le están haciendo ningún bien al suelo.

Espero que la dueña de la cabaña, que parecía muy maja *online,* no se cabree demasiado.

—Pareces un cachorro en vez de un adulto —bufo, resignándome a no poder sacar su enorme cabeza del espacio porque se niega a retroceder, aunque lo empuje—. No puedo creer que seas tan cabezota. ¿Qué pasa, que de repente ya no puedo alejarme de tu vista ni un solo segundo? ¿Es eso?

Su gimoteo y la mirada de pupilas enormes, propia de un cachorro suplicante, están tan llenos de emoción que el hecho de que se trata de una persona, y no de un animal, vuelve a golpearme con fuerza.

—Está bien —accedo, tragando aire con fuerza y pasándome una mano por la cara, humedecida por la nieve que cubre su pelaje cuando la he hundido en él—. Puedes quedarte ahí mirando si es lo que quieres. Me da lo mismo, pero procura no hacerte daño intentando entrar en el baño, ¿me oyes?

Él emite uno de sus ronroneos. Creo que sabe que se ha salido con la suya.

Suelto otro resoplido y me quito la ropa con dedos que se sienten un poco menos como carámbanos, desnudándome en tiempo récord y sintiéndome aliviada de haberme encontrado con que la dueña me ha dejado una gruesa bata de baño y productos de aseo a mano.

Tendrá que valer, porque no tengo nada más que ponerme, a no ser que por algún milagro encuentre algo en el armario del Airbnb.

No sentirme incómoda cuando me quito la ropa frente a alguien es algo que no me había pasado desde… desde hace mucho tiempo. No sé cuánto. Es curioso cómo a pesar de que estoy en pelotas a menos de un metro de un depredador que sin duda es mucho más peligroso que mi ex, era Roberto el que me daba miedo.

Roberto y sus comentarios. Sus palabras. Sus gestos de burla…

Hago una mueca y me digo que no vale la pena pensar en él Es un pasado que está mejor enterrado y lejos de mí y que ya no puede volver, aunque a veces siga haciéndome daño cuando lo recuerdo. Cosa que por suerte sucede cada vez con menos frecuencia.

—Oh, Dios, qué gusto —gimoteo cuando hundo mi cuerpo en el agua caliente de la pequeña bañera—. Nunca había disfrutado tanto de un baño, lo juro. Esto es el paraíso.

Estoy tan centrada en alegrarme del agua caliente que no me doy ni cuenta de cómo los suspiros de deleite que emito hacen que el Tigre se quede quieto como una estatua.

Ni tampoco percibo el que, segundos después, su cuerpo empieza a temblar de la punta de la cola hasta el morro, como si lo recorrieran corrientes eléctricas, pero aun así fuese incapaz de apartar su hipnotizada mirada de mí.



Capítulo 14

Un Tigre bajo el árbol



ELEANOR

Salir de la bañera es difícil debido a lo a gusto que estoy en ella, pero no tengo más remedio que levantarme y hacer eso mismo cuando noto que estoy dando cabezadas y que el Tigre se pone nervioso, preocupado por que me duerma y corra peligro en el agua.

—Calma. Ya salgo —suspiro ahogando un bostezo, y él deja de hacer esos sonidos profundos con el pecho, tan parecidos a un ronroneo ansioso, se relaja y vuelve a apoyar la cabeza entre sus patas sin apartar su brillante mirada de mí.

Su cuerpo ocupa todo el descansillo y gran parte del baño, aunque parece incómodo por la postura que ha tenido que adoptar para poder entrar en el reducido espacio.

Me seco el cuerpo y me pongo la gruesa bata de baño, deseando que sea suficiente para mantener el calor porque las ropas que llevaba antes voy a tener que meterlas en la lavadora, me guste o no. Es mientras busco un secador de pelo en los cajones y abro las portezuelas del mueble bajo con lavabo que me encuentro con que hay una lavadora secadora oculta en estos.

—¡Genial! —exclamo con deleite—. Voy a poder volver a ponerme mi propia ropa en un par de horas. Y además calentita. ¡Maravilloso!

Le sonrío al Tigre a través del espejo y veo cómo mueve la cola como un látigo lento y perezoso, arrugando los ojos como si me devolviera la sonrisa.

El corazón se me caldea con algo parecido a la esperanza.

—Según me han contado, hay esperanzas de que vuelvas a recobrar tu lado humano —le comento mientras meto mi ropa a lavar y conecto el secador de pelo—. Aunque no tengo ni la más remota idea de cómo ayudarte a que eso ocurra. Si es que puedo ayudarte, claro.

Él emite un sonido que parece decir que él tampoco.

—Mmm… —murmuro mientras me quito la toalla con la que envolvía mi pelo y empiezo a secármelo—. No sé si es que estoy leyendo mucho en ti y resulta que me has seguido porque estás hambriento y quieres comerme, o si es que realmente hay algo en mí que más o menos entiende lo que dices.

Mi voz queda ahogada por el sonido del secador, pero aun así él parece entenderme y emite uno de sus sonidos graves como respuesta, que siento en los huesos más que oigo porque el ruido del aparato ahoga todo lo demás.

Cuando termino, tras sacar un peine desechable hecho de cartón duro de su envoltorio y adecentar un poco mi rebelde cabello, me planto frente al enorme Tigre con las manos en las caderas.

—Me gustaría beber algo caliente e intentar dormir un rato, si es que puedo —le informo, ahogando otro bostezo tras una mano alzada—. ¿Vas a dejarme pasar?

El Tigre se levanta e intenta apartarse de la puerta, pero le cuesta bastante porque es enorme y, una vez más, choca contra todos los muebles de la pequeña cabaña cuando logra dar marcha atrás y meterse en la zona abierta para dejarme espacio.

—Vale. —Me paso una mano por la cara—. La primera orden del día… —Miro hacia la ventana que hay al fondo, junto a la puerta de entrada, y veo que la tormenta de nieve cae con fuerza y es imposible saber qué hora es—, o de la noche, más bien —concluyo—, es hacerte un hueco junto a la chimenea para que tú tampoco pases frío.

Aunque no sé si el frío le molesta tanto como a mí. Dado que ha estado horas vigilando la casa en mitad del invierno, supongo que no.

Paso hacia el salón comedor por su lado, pegada a la pared, y me inclino hacia un lado para observar el entorno sin que el enorme corpachón del Cambiante Feral se interponga.

—Creo que si aparto el árbol, el sofá y la mesa de centro a un lado y pongo ese sillón allí —señalo hacia un rincón que hay cerca de la chimenea—, podemos sentarnos los dos frente al fuego. Pero primero necesito que me dejes pasar, grandullón.

Le pongo una mano en el costado y palmeo su grueso pelaje atigrado. Él se hace a un lado y se pega todo lo que puede a la pared y, tras un par de contorsiones de las que no me creía capaz

hasta ahora, logro pasar entre él y una cómoda y ganar algo más de espacio en el centro de la zona abierta.

Musitando que debería comprobar si hay comida y té en la despensa, dado que no se me había ocurrido hasta ahora que iba a estar atrapada aquí dentro por la combinación de tormenta de nieve y Feral y que por lo tanto iba a necesitar llenarla, saco una taza de uno de los armarios de la cocina y pongo algo de agua a hervir tras ver con alivio que hay varias cajas de infusiones, un zumo sin empezar con un mensaje de bienvenida en un Post-it y un bol de fruta que parece fresca.

—Bueno, al menos algo es algo —suspiro—. Una taza de algo calentito me vendrá muy bien.

Me ha dado por hablarle al Tigre en voz alta, porque me hace sentir mejor y a él no parece molestarle. Todo lo contrario.

Observo la zona del salón comedor desde la pequeña cocina y, sorteando al Tigre una vez más, que sigue pegado a la pared para darme espacio, comienzo a reorganizar los muebles de la zona de estar mientras el agua hierve.

—No hay nada para ti en la despensa y eso me preocupa —hablo mientras empujo el sofá contra la pared más lejana y recoloco una cómoda contra una esquina para que ocupe menos espacio—. ¿Tienes hambre?

Él responde con un sonido que interpreto como «no mucha». O que espero que signifique eso, porque definitivamente no hay nada de carne a la vista excepto yo.

De repente, se me pasa por la cabeza que estoy atrapada en una pequeña cabaña de madera en mitad de una tormenta de nieve con un depredador enorme que, si la tormenta no pasa en un rato, no va a poder salir a cazar para saciar su hambre. Y que soy blandita y frágil, además de torpe y seguramente muy fácil de matar.

Trago saliva y empujo ese pensamiento hacia el lugar de mi mente en el que residen todos mis miedos, decidiendo confiar en ese instinto o esa voz insensata o ese sea lo que sea que me vuelve a repetir insistentemente que él jamás me haría daño.

—Bueno. —Me recoloco el pelo tras la oreja para apartármelo de la cara y vuelvo a atarme el cinturón de la bata, que se había soltado con tanto arrastrar muebles de un lado a otro—. Definitivamente voy a tener que pagarle un gran plus a la dueña por destrozar su pobre cabaña,

pero al menos ahora hay espacio para que los dos estemos calentitos y podamos movernos con algo más de libertad.

Señalo hacia la chimenea con una sonrisa y él menea la cola y ladea la cabeza como si se hubiera divertido de lo lindo viéndome jugar al Tetris con la casa.

—Voy a dejar el árbol donde está —le comunico a mi silencioso Predestinado—. Ocupa bastante espacio, pero es precioso y ahora que he liberado un buen hueco sobre la alfombra, no hace falta que lo lleve al dormitorio como había pensado hacer… ¿A ti qué te parece?

Él ronronea como si estuviera de acuerdo y mi sonrisa se amplía bastante.

—Genial —replico—. Oh, el agua.

Me apresuro hacia la diminuta cocina cuando escucho hervir el agua y me preparo una infusión, aunque me detengo cuando veo una sombra por el rabillo del ojo.

—¿Qué haces? —río entre dientes cuando veo al Tigre dar vueltas sobre sí mismo procurando no chocar contra el sillón en el que planeo sentarme un rato antes de irme a dormir, que es el único mueble que he dejado intacto.

Él mueve las orejas y gruñe con tono frustrado como respuesta. Aunque he despejado mucho la zona, sigue siendo un animal demasiado grande como para caminar cómodamente por la cabaña.

Al final, termina por acomodarse con el cuerpo parcialmente bajo el árbol. Un abeto natural cuya parte baja está bastante despoblada, alrededor del cual enrolla la cola hasta que está más o menos satisfecho con su postura.

Me río de nuevo al verlo y me llevo la taza caliente hacia mi sillón, que queda justo al lado de la cabeza que él tiene de nuevo apoyada entre las patas.

—Quién me iba a decir a mí que Papá Noel me iba a traer un Tigre estas Navidades —bromeo cuando veo cómo los adornos cuelgan sobre su pelaje.

El pobre árbol está medio levantado del suelo e inclinado hacia la pared de manera precaria, pero el Tigre parece de lo más a gusto en esa postura.

Él gruñe con suavidad y acerca un poco más su cabeza hacia mí hasta que los largos pelos de su morro rozan contra mi rodilla cuando me siento en el sillón, haciéndome cosquillas.

Sintiendo algo parecido a la trepidación en la boca de mi estómago, alargo la mano que tengo libre y acaricio su frente, notándolo vibrar bajo mis dedos cuando ronronea una vez más.

—Feliz Navidad, mi Alma Gemela —susurro, conmovida cuando la enormidad de la situación en la que ambos estamos me golpea con más fuerza que nunca.

Arropada en mi bata y sin sentir un ápice de frío debido al calor que emana el cuerpo del Tigre y al del alegre fuego de la chimenea, me duermo sin darme cuenta poco después de terminarme el té.



Capítulo 15

El día de Navidad



ELEANOR

Despierto cuando el teléfono, que ni me había dado cuenta de que existía, suena y la taza de té vacía cae del reposabrazos en el que la había dejado, estampándose contra la alfombra.

—¿Qué…?

Me cuesta un rato entender dónde estoy y por qué estoy rodeada de lo que parece un peluche de Tigre gigante muy cálido.

Oh, caigo en la cuenta, parpadeando para despejarme.

—Arriba —le ordeno al Tigre, dándole palmaditas en la cabeza que tiene apoyada junto a mi sillón hasta que se aparta para que yo pueda levantarme—. Necesito coger el dichoso teléfono.

Me alzo desperezándome y me dirijo a la pequeña cómoda que hay cerca de la entrada de la cabaña, donde hay conectado un teléfono fijo de color amarillo que hasta ahora pensaba que era un adorno *vintage*.

—¿Sí? —contesto en español sin darme cuenta, demasiado adormilada como para pensar en inglés.

—¡Gracias a los dioses! —exclama la voz de mi prima Berta con alivio en el mismo idioma —. ¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Tienes frío? ¿O hambre? ¿O…?

—Estamos bien —la interrumpo, sonriendo a pesar de su evidente inquietud debido a su preocupación por mi bienestar. Su afecto me deja esa agradable sensación en el cuerpo a la que me estoy acostumbrando rápidamente y de la que anhelo más cada vez que la siento—. Perdona por lo de antes. No debí abrir la puerta de la cocina.

—¡Deja de disculparte! —se exaspera ella—. Sé muy bien cómo influencia el celo en la mente y las decisiones que tomamos —suspira—. Debimos haber tomado precauciones. Cuando yo conocí a Chris… En fin, da igual. ¿Seguro que estás bien? ¿Está el Tigre contigo?

—Sí. Lo está. —Hago caso omiso a mi rubor ante su mención del celo, que ya no es ni por asomo tan intenso como la primera noche que vi al Feral—. ¿Cómo has sabido cuál era el teléfono de la cabaña? Yo ni sabía que había teléfono fijo funcional hasta que ha sonado.

Ella se ríe.

—Tu prima, que es todo un portento, puede averiguar cualquier cosa. Ni Sherlock Holmes se me compara —dice medio en broma—. Me he dado cuenta de que te habías dejado el móvil en casa, así que en cuanto ha amainado la tormenta he llamado a una amiga del clan Reindeer, cuya familia conoce a todo el mundo —me explica—. Y ella ha llamado a su madre y a sus tías, que en seguida han dado con la dueña de la cabaña que has alquilado porque resulta que una de ellas va con ella a un club de no sé qué… En fin. Que tenía el teléfono de ese sitio en media hora tras llamarla.

—Vaya. Los Reindeer suenan impresionantes —comento con asombro, recordando a la mujer del tren de repente.

Pues va a ser que decía la verdad cuando me ha dicho que ella y su clan conocían a todo el mundo en Green Valley.

—Lo son. ¿Seguro que estás bien? —insiste.

—Sí. De verdad que lo estoy. No te preocupes. —Me asomo por la ventana que hay junto a la puerta y veo que mi prima tiene razón y que la tormenta ha amainado bastante—. Él está mucho más tranquilo y yo también.

Debo de haber dormido unas horas. Aunque el cielo está tan gris y encapotado que es difícil saberlo.

—Entonces deberías volver —afirma Berta con determinación—. Allí sola con el Feral estás en peligro.

Me pongo tensa sin saber por qué.

—No estoy en peligro, Berta —contradigo—. Él no me hará daño. Lo sé. Algo en mi interior me lo dice, aunque otra parte de mí no deje de repetirme que confiar ciegamente en un

Feral por una corazonada es una idiotez.

—Ay, Eleanor —discute ella—. Es un Feral, cariño. Los Cambiantes suelen ser gente de confianza, pero los Ferales, por el contrario, son impredecibles. Violentos. Me da miedo que estés allí sola con él, por muy Predestinado que sea tuyo.

—Lo entiendo y agradezco que te preocupes por mí de corazón, de verdad. Pero quiero quedarme aquí con él —explico. Y añado antes de que empiece la protesta que siento venir a la velocidad de la luz—: Creo que el motivo de que esté tan tranquilo es porque estamos los dos solos, la verdad.

En la cocina se alteró en cuanto apareció Chris. Hasta entonces había estado en calma. Olisqueándome y tirándome al suelo para poder frotarse contra mí, cierto, pero en calma.

—Pues dejaréis de estar solos en cuanto los del refugio lleguen allí —refunfuña Berta—. Chris los está llamando ahora mismo, a ver si cogen el teléfono de una vez.

Se me hace un nudo en el estómago y de repente el ánimo me baja bastante.

—No le harán daño, ¿verdad? —me angustio.

—¡Claro que no! —replica Berta con presteza—. Se preocupan mucho por los Ferales y los tratan genial, en serio. No te agobies y empieces a imaginar algo malo, ¿eh? Te prometo que son buena gente. O eso he oído.

Me muerdo los labios con aprensión, pero sabiendo que puedo confiar en ella. A pesar de los años que han pasado sin vernos, me sigue conociendo demasiado bien.

—No me estoy agobiando —musito entre dientes.

—Ajá —responde ella con un tono que deja claro que no se lo traga.

—Es solo que ahora que le he encontrado, quiero pasar más tiempo con él —explico un poco a la defensiva, aunque sepa que ella hace todo esto por mi bien—. E intentar ayudarlo de alguna manera, si puedo. Y tengo la sensación de que puedo hacerlo. Pero no sé cómo.

Todavía, añade ese instinto que he despertado al conocer al Tigre.

El Feral se acerca hasta donde estoy con la oreja pegada al teléfono y lo olisquea. Su aliento me hace cosquillas en la mejilla, así que me río entre dientes, cansada pero tranquila al tenerlo

cerca.

Berta suelta un suspiro bastante audible.

—Lo entiendo. Créeme que lo entiendo —contesta con tristeza—. Yo también tengo un Alma Gemela. Y si Chris hubiese sido Feral cuando nos encontramos… En fin, mejor no pensar en eso.

El estómago se me llena de acidez y mis manos aprietan el teléfono con fuerza.

El Tigre, sintiendo mi estrés, apoya ligeramente su enorme cabeza sobre mi coronilla. Siento como si algo me rozara la mente, pero sucede con tanta rapidez que pienso que me lo he imaginado.

Parpadeo para concentrarme de nuevo en la realidad. Debo de haber imaginado esa sensación tan extraña.

—¿Crees que recuperará su humanidad? —le pregunto a Berta.

Es una pregunta que me sigue atormentando. Cada vez que esa duda, que esa angustia, ha surgido en mi cabeza, la he intentado aplastar con ahínco, diciéndome que claro que el Tigre iba a volver a poder transformarse en humano algún día; que lo de ser Feral y estar atrapado en su mente animal era algo pasajero, y que encontraríamos la solución muy pronto.

El problema es que no sé si lo que me digo a mí misma es tan realista como quiero que lo sea. Porque desear algo con todas tus fuerzas no necesariamente implica que el universo vaya a hacerlo realidad.

La cuestión de qué pasaría si él jamás vuelve a ser un Cambiante normal me llena de mucho más dolor y desazón de lo que mil Robertos podrían haberme causado jamás.

Berta tarda un rato en responder, y cuando lo hace es tan sincera y tan directa como siempre.

—No lo sé, cariño. —Su voz es suave y rebosa de empatía.

Tengo ganas de llorar.

Y no quiero.

No quiero porque el mero hecho de tener un Alma Gemela debería ser lo más maravilloso

que me ha pasado en la vida.

Y lo es.

Pero también me asusta. Me asustan muchas cosas de la situación en la que estamos, y no solo que dicha Alma Gemela sea Feral.

—Gracias por ser honesta conmigo —logro responder a pesar del nudo de mi garganta.

—Eso siempre, cariño —contesta ella con ternura—. Y ahora, volviendo al tema de antes. Ya que te niegas a volver, al menos dime si tienes suficiente comida para pasar el día allí. Lo necesitarás, si es que los del refugio no pueden ir hoy debido a las fiestas.

Asiento, pero ella no me ve, así que respondo vocalmente.

—La nevera está vacía. Solo hay un brik de zumo y un bol de frutas —le confieso con algo de vergüenza.

Ella bufa con frustración.

—Lo sabía —refunfuña—. Si es que…

Me río de mí misma porque soy consciente de que debería haber pensado en esas cosas antes de alquilar la cabaña si pretendía quedarme en ella. Creía que no tendría problemas a la hora de hacer una compra rápida *online* en caso de que me hiciera falta y no tuve en cuenta que hoy es Navidad.

Pero ahora es tarde para arrepentirme.

—Perdona —le digo—. Soy una cabezahueca.

—No es que seas una cabezahueca… Bueno, vale, sí que lo eres un poco —bromea Berta.

Suelto una carcajada que me pilla un poco por sorpresa.

—¿Un poco?

—Menos que cuando eras pequeña seguro.

—Eso segurísimo —me río recordando la larga hilera de accidentes que sufría de pequeña solo por caminar con la cabeza en las nubes soñando despierta.

—Muy bien —declara Berta como si estuviese haciendo una lista mental de tareas por hacer—. Voy a hacer unas cuantas llamadas y a ver qué podemos hacer para llenarte la nevera. Al menos con comida para ti, ya que el Tigre puede salir de caza ahora que la tormenta ha pasado.

—Puedo encargarme yo —protesto, no queriendo causarle más problemas de los que ya les he causado a ella y a su clan.

—¿Sin el móvil y con todos los comercios cerrados el día de Navidad? —bufa mi prima—. Ni lo intentes. Yo me encargo. Aunque no me gusta nada la idea de que te quedes allí con él.

—Lo sé. Ya me lo has dicho.

Sonrío con humor por su tozudez, tan similar a la mía.

—Tampoco me gusta lo de no estar allí cuando los del refugio se presenten a por el Tigre —gruñe—. No quiero que estés sola.

Aunque sus últimas palabras me llenan de afecto y ternura una vez más por su evidente amor, el nudo en la boca de mi estómago vuelve a hacer acto de presencia cuando recuerdo que se van a llevar al Tigre de mi lado.

Es lo lógico, pero la idea no me gusta nada.

—Avísame con lo que te diga Chris cuando le respondan al teléfono —le pido—. Quiero estar preparada cuando vengan.

—Tranquila. Lo haré —promete ella—. Guárdate este número y llámame si pasa cualquier cosa, ¿vale? Voy a hacer esas llamadas. Tendrás comida en la puerta de casa en un rato, así que procura que tu Tigre no se coma al mensajero.

Me río por su comentario hasta que me doy cuenta de que lo está diciendo medio en serio.

Ups.

Miro al Tigre, que está pegado a mí y ronronea quedamente como ha estado haciendo casi todo el día. Incluso mientras yo dormía, podía sentir ese sonido bajo y agradable que me relaja y me hace sentir segura y, aunque es enorme y fiero, no me lo imagino comiéndose a alguien.

—Tendré cuidado —le prometo, sin embargo.

Sé que si le digo que siento que el Tigre no se va a comer a nadie no se lo va a creer mucho.

—Te quiero —me recuerda Berta—. Ten cuidado tú también.

—Y yo a ti. Gracias por todo.

—¡Que no me las des, boba! Somos familia —exclama con afecto—. Te llamo luego.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa. Giro sobre mí misma y elevo la cabeza para mirar al Tigre a la cara, aunque él tiene que inclinarla hacia delante para que ello me sea posible. Alzando una mano, le doy unas palmaditas en el morro.

—Ni se te ocurra comerte a quien quiera que venga a traerme la comida, ¿entendido? —le advierto con un tono más dulce del que pretendía, y él presiona su nariz contra la palma de mi mano y me mira como diciendo que no lo hará.

Por enésima vez, me quedo ensimismada por la belleza de su mirada.

—Dios —suspiro—. Ojalá al menos supiera cómo te llamas.

Su única respuesta es exigir más mimos golpeando su frío morro suavemente contra mis dedos extendidos.



Capítulo 16

La paz antes de la tormenta



ELEANOR

Estoy cansada.

Las pocas horas que he dormido antes de que sonara el teléfono no han sido suficientes tras una noche de insomnio, pero deberán bastar para mantenerme despierta porque, con los nervios así, no creo que vaya a poder dormir ni un solo segundo más.

—Voy a hacerme un café —le digo al Tigre, que me observa cerca del estropicio en el que se ha convertido el pobre árbol de Navidad—. Si es que hay café, claro.

Me dirijo a la cocina frotándome los ojos y recuerdo a medio camino que la ropa ya debe de estar seca, así que cambio de rumbo y entro en el baño, sacando las prendas de la lavadora con secadora integrada con un suspiro de gozo.

—Estoy helada —murmuro mientras me quito la bata de baño y me pongo las mudas algo más abrigadas (aunque no mucho) con las que he llegado a la cabaña.

Una vez hecho esto, y con los ojos del Tigre siguiéndome por toda la casa, pongo algo de leña en la chimenea para que el fuego no muera y vuelvo a la cocina, rebuscando en todos los armarios y recovecos hasta que doy con un único sobre de café instantáneo.

—Mejor esto que nada, ¿no? —le comento al Tigre, que ladea la cabeza y mueve la cola una vez de manera lenta y lánguida desde su posición sobre la alfombra.

Prepararme un café es una rutina que, como siempre, me ofrece siempre algo de calma y paz. Cuando vuelvo a mi butaca y me siento, me quedo mirando el árbol, que el Tigre ha tirado al suelo al levantarse para venir tras de mí.

—Menudo desastre.

Él hace algo que me sorprende.

Desperezándose con elegancia, se dirige al árbol caído e intenta enderezarlo con una de sus patas delanteras.

Rompo a reír sin poder evitarlo por la imagen tan adorable que ofrece el Tigre de dos metros intentando colgar pequeños y coloridos adornos de Navidad con las garras.

—Deja los adornos —le hablo entre risas—. Con esas garras tan enormes te va a ser difícil. Si enderezas el árbol, luego puedo volver a colocar yo los ornamentos que se han caído.

Él se gira hacia mí y suelta un quedo gruñido, frustrado pero concentrado en su tarea. Si todavía me quedaran las brasas de la duda de que él me comprende perfectamente bien cuando le hablo, estas acaban de apagarse del todo.

Me termino el café y me levanto, caminando hasta él y arrodillándome para colarme entre sus patas y así alcanzar el árbol de Navidad. Poco a poco, con muchos malabarismos y bastante paciencia, ambos vamos recolocando las cosas hasta que el árbol de ramas medio rotas se parece mucho más al alegre abeto navideño de antes.

—No nos ha quedado tan mal —le aseguro al Feral, poniendo una mano en su costado—. ¡Au! —La aparto de manera inmediata cuando una sacudida eléctrica me recorre los dedos, subiendo por el brazo hasta el hombro con rapidez.

Él, con el pelaje erizado como si la misma electricidad lo hubiera asaltado de sorpresa, emite un gimoteo preocupado e intenta girarse para observarme mejor.

—No. Quieto —le pido a toda prisa—. Vas a tirar el dichoso árbol al suelo otra vez. Deja que me aparte yo primero.

Sacudiendo la mano, me pongo a cuatro patas y paso por debajo de él, caminando con manos y rodillas hacia atrás hasta que estoy junto a la butaca.

¿Qué diantres ha sido eso?, pienso para mí misma cuando el hormigueo se extiende por todo mi cuerpo poco a poco, erizando mi piel a su paso. Incluso los dedos de mis pies hormiguean con fuerza.

Y entonces lo siento de nuevo. Esta vez con mucha más intensidad: la mente del Tigre roza la mía como un abrazo cálido y rebosante de un anhelo tan intenso como el mío.



Capítulo 17

Una conexión entre dos almas



ELEANOR

Estoy haciendo mi mejor esfuerzo para no hiperventilar. Y, dadas las circunstancias, creo que lo estoy haciendo bastante bien.

A pesar del pánico, hay algo en mí, bajo toda esa sorpresa, que está extrañamente en calma. Es el mismo instinto que despertó cuando conocí al Tigre. El mismo que me susurró que él era mi Predestinado. El mismo que ahora me susurra que lo que roza suavemente *mi mente* con una gentileza y dulzura que jamás había sentido hasta ahora es la mente del Feral.

De mi Alma Gemela. Con el que al parecer tengo alguna especie de inusual conexión mística telepática, porque siento que es como si se estuviera abriendo una puerta y poco a poco fuera percibiendo sus emociones como si fuesen algo que mis sentidos siempre han estado preparados para entender, con la misma facilidad que puedo sentir la suavidad del terciopelo del sillón, en el que me he dejado caer del *shock*, bajo las yemas de mis dedos.

O con la misma naturalidad con la que mis oídos escuchan el ronroneo de deleite entremezclado con la preocupación (se está convirtiendo en un tema común entre ambos) que el Feral emite cerca de mi cara, intentando calmar el estrés que debe sentir emanando de mí. Porque no me cabe duda de que él percibe mis emociones con la misma claridad que yo las suyas: inquietud, ganas de ayudar, ternura, afecto, y una necesidad de proteger que me resulta un poco apabullante.

—Vale —aspiro una bocanada de aire y la dejo salir lentamente una y otra vez hasta que estoy más calmada—. Tú te lo estás tomando muy bien —le hablo al Tigre, con voz de atontada porque todavía me cuesta procesar el lío en el que se ha convertido mi vida.

Un lío inesperadamente bienvenido, pero uno bastante enrevesado, la verdad.

Él me responde con una oleada de esperanza, alegría, pertenencia y satisfacción que me deja un poco más atontada que antes debido a su intensidad.

—Sientes las cosas con mucha intensidad —me oigo comentar mientras mi cerebro trata de procesar los nuevos estímulos a toda prisa—. Dime, ¿es porque eres Feral o es cosa de los Cambiantes en general?

Por supuesto, él no me responde más allá de añadir «confusión» a la lista de emociones que de repente soy capaz de interpretar, además de la extraña sensación de sentir una mente encogiéndose de hombros, metafóricamente hablando, junto a la mía.

—Ah —grazno con el mismo nivel de confusión que antes—. Esto es de lo más inesperado. Bueno —me corrijo—, en realidad todo lo que ha pasado es de lo más inusual, ¿no crees?

Él emite un sonido bajo y emociones de confirmación. Así que supongo que opina igual.

Vuelvo a respirar de manera lenta y pausada a propósito hasta que esa pequeña parte de mí que estaba en pánico por sentir a otro ser conectado *a mi cabeza* cede y se tranquiliza.

—Quizá sonará extraño, pero estoy empezando a pensar que todo eso de la magia de la naturaleza que conecta las almas de los Predestinados existe de verdad —suspiro—. Hasta ahora creía que era meramente algún tipo de compatibilidad física u hormonal.

Él responde con un ronroneo y otro encogimiento de hombros mental que me hace reír por lo extraña que es la sensación.

—O tal vez sea la magia de la Navidad —bromeo—. Y resulta que Papá Noel realmente se va a colar por la chimenea esta noche y nos traerá un montón de regalos envueltos en papel de colores brillantes. O quizás estamos en la lista de niños malos y nos traerá carbón. ¿Tú qué crees? Dime, ¿cómo te has portado este último año? ¿Has sido bueno?

Sentir su diversión a través de nuestro inesperado vínculo es una de las cosas más increíbles que me ha pasado jamás.

Abro la boca para preguntarle si este tipo de vínculos emocionales son algo común y mundano entre Almas Gemelas y simplemente resulta que yo he sido tal ermitaña que ni me había enterado, pero en el mismo instante en el que lo hago, alguien llama a la puerta de manera tentativa, como si no estuvieran muy seguros de si deberían hacerlo o no.

El Tigre cambia de actitud de inmediato. En apenas unos segundos, paso de estar arropada

por su calidez física y emocional a estar tras una barrera de puro músculo recubierta de pelaje naranja, negro y blanco, y la habitación se llena de emociones tensas, a la defensiva y listas para saltar con agresividad contra el intruso si este intenta hacerme daño.

—¡Tranquilo! —le pido, y eso hace que su tensión baje bastante, pero está claro que no le ha gustado la sorpresa.

Maldiciendo entre dientes, le empujo para que se aparte y, aunque sé que mi fuerza es nimia en comparación con la suya, él se deja, haciéndose a un lado ligeramente para abrirme paso. Aunque permanece pegado a mi espalda mientras camino hacia la puerta.

—¡Ya voy, ya voy! —le gruño al pobre mensajero, que debe de haberse llevado un buen susto por el rugido que ha soltado el Tigre al oírlo llamar de nuevo—. Y tú, ¡deja de gruñir!

Señalo al Feral con un dedo admonitorio y él baja las orejas y obedece, pero se nota que lo hace a regañadientes.

—Ni se te ocurra saltar sobre quien quiera que sea el que está llamando a la puerta, ¿me oyes? —le advierto justo antes de abrir, porque quiero dejarle claro una vez más que no es un enemigo y que tiene que comportarse y no asustar a muerte al pobre visitante.

O peor, comérselo.

Al final, no hace ninguna de las dos cosas. Porque, cuando abro la puerta, hay un grupo de personas que se nota que han salido a toda prisa de alguna clase de fiesta y que, al ver al Tigre, sueltan gritos de júbilo o se echan a llorar.

Creo que, por su reacción, y por la del Feral, que emite una felicidad y una sensación de reconocimiento y pertenencia que sustituye rápidamente a la desconfianza defensiva de antes, tengo frente a mí a la familia de mi Alma Gemela.



Capítulo 18

Una familia muy unida



ELEANOR

Se llama James.

Mi Alma Gemela se llama James Tiger.

Todo se ha vuelto caótico una vez más. Pero de manera agradable. Hay una dulzura en el aire que solo puede encontrarse en esos reencuentros entre seres amados que te dejan lágrimas en los ojos al contemplarlos de lo emotivos que son.

—Ay, Jamie. ¡Ay! —se lamenta un hombre de cortos cabellos canos que me recuerda a alguien que no consigo recordar en este momento—. Creíamos que te habíamos perdido, amigo.

—¡Llevamos meses buscándote, maldita sea! —llora un joven de cabellos castaños que se parece un poco al que ha hablado hace un instante—. Desapareciste tan rápidamente… Solo la tía Karen pudo seguirte el ritmo. Y ni siquiera logró alcanzarte, ¿verdad, tía Karen?

Se gira hacia una alta y delgada mujer de piel morena y ojos rasgados que ha permanecido alejada de los demás, apoyada sobre la pared de la fachada a unos metros de nosotros, pero que no le quita el ojo de encima a James.

La mujer aparta la mirada con algo parecido a la culpa y a la incomodidad.

—Ya —responde con voz áspera, encogiéndose de hombros y negándose a mirar a James de nuevo cuando antes no podía apartar los ojos del Tigre ni dos segundos.

Qué extraño, pienso al verlo. Pero ese pensamiento desaparece muy pronto cuando la pareja que se ha presentado como Sorren y Jane Wolf-Antelope reclama mi atención, así que desvío la vista de los dos hombres llorando y de la mujer misteriosa para centrarla en ellos.

—¡Qué susto nos has dado a todos, Jamie! —exclama Sorren palmeando el costado del Tigre, que emite un quedo rugido de reconocimiento—. Muchas gracias por encontrarlo —me dice a mí.

Me encojo de hombros y le sonrío.

—Él ha sido el que me ha encontrado a mí, no al revés —contesto.

La mente del Feral, que todavía toca la mía con cuidado a pesar de que sé que si quiero puedo romper ese increíble vínculo con un chasquido de mis dedos, parece refugiarse un poco más en mí, como si hubiera algo en él que reconociera a estas personas, pero al mismo tiempo esa sensación de pertenencia batallase contra su instinto animal de rugirle a todo y a todos los que se nos acerquen.

—Muchísimas gracias por no dejarlo solo —repite Jane por enésima vez, dándome otro abrazo y sonriéndome como si yo misma hubiera puesto el sol en el cielo.

Tiene los ojos humedecidos por haber llorado.

—No sabes lo preocupados que estábamos por él —comenta otra mujer acercándose a nosotros a paso lento y cuidado—. Jamás hemos dejado de buscarle desde que desapareció hace algo más de un año.

Se ha presentado como Demi Lion-Blackbear, y su avanzado estado de embarazo es evidente a pesar del grueso abrigo que la envuelve. El altísimo y silencioso hombre que sospecho que es su Emparejado no se aleja de su lado ni un solo segundo.

Un año, repito en mi mente, horrorizada al pensar en lo duro y cruel que debe haber sido pasar casi un año entero en ese estado. Perdido, solo y confuso.

Trago saliva porque de repente soy yo la que tiene unas ganas tremendas de echarse a llorar.

James (qué maravilloso es poder ponerle nombre al fin) acerca su rostro al mío y pega su frío morro contra mi mejilla al notar mi agitación interior.

—No sabía que había estado perdido tanto tiempo —digo en voz ronca.

Las palabras salen de mi boca sin pensarlas mucho. No sé qué imaginaba. Que quizá se acababa de hacer Feral. Que su familia lo estaría buscando porque seguro que había desaparecido la misma noche que nos encontramos.

No lo sé.

Había asumido tantas cosas sobre él de manera inconsciente… Quizá porque no quería pensar en que una persona puede sufrir tanto durante tanto tiempo. Que el mundo no puede ser tan cruel; no con él.

Jane me sonríe como si comprendiera qué pasa por mi cabeza.

—Lo que importa es que al fin volvemos a tener a Jamie con nosotros. —Lo mira con tanto afecto…, como una madre miraría a un hijo.

Y ello me hace preguntarme si lo es.

—¿Así que sois su familia? —Me froto los brazos por el frío que hace en el porche—. ¿Os apetece pasar dentro? Aquí hace mucho frío. No hay gran cosa en la despensa, pero quizá pueda hacer algo de té.

Lo propongo en parte por el frío, pero también porque necesito tener algo que hacer mientras proceso todo esto y porque quiero darles algo de espacio para que lleven a cabo esa reunión que parece tan necesaria para todos, James incluido.

Se oye una oleada de acuerdos y todos marchamos hacia el interior de la casa tras la estela de James, que toma la delantera como si quisiera asegurarse de que todo está en orden en la cabaña y de que no hay peligro alguno para nadie. Lo que es un poco bobo porque acabamos de salir de ella hace cinco minutos para saludar a su familia. Pero supongo que los instintos a veces no se pueden combatir.

Él, definitivamente, es de esas personas que necesitan asegurarse de que estás bien; que no te falta de nada y que estás a salvo y feliz; de las que son las primeras en ponerse delante del peligro para resguardarte de él.

Eso me pone una sonrisa en los labios que está teñida de una sensación agridulce.

—Es un hogar muy acogedor —comenta el hombre de cabellos plateados de antes siguiéndome a la cocina, donde se vuelve a presentar como Bert Reindeer porque soy pésima para los nombres y creo que se me ha notado al preguntar quiénes quieren aceptar la oferta de la taza de té—. Pequeño, pero… —Mira hacia el desastre que he hemos hecho antes con los muebles—… eeeh… cálido.

Ahogo una sonrisa por su evidente esfuerzo en ser amable.

—Es de alquiler. Y me temo que voy a tener que pagar por los destrozos —suspiro—. Pero James —qué bien sienta ese nombre en mis labios, me hace sonreír— apenas cabía en la casa, así que tuve que hacerle hueco.

Pongo dos cazuelas con agua a hervir porque la tetera no es lo suficientemente grande para ocho personas (descontando a James).

—Estamos todos bastante apretujados, sí —replica con una risotada mientras me ayuda a buscar tazas en los armarios de la cocina—. Perdona el desastre que hemos causado. Estábamos tan contentos de al fin poder ver a Jamie que me temo que hemos sido un poco desconsiderados al venir todos de golpe. Aunque teníamos miedo de que se tratara de otro Tigre, y no él.

Sorbe la nariz con estrépito. Tiene los ojos hinchados de tanto llorar.

—¡Oh, no! —me apresuro a decirle—. No te disculpes, por favor. Me hace feliz ver que tiene una familia que le quiere tanto.

A Bert los ojos se le llenan de lágrimas una vez más al oírme decir eso.

—Una familia —repite sorbiéndose la nariz de nuevo—. Sí, supongo que es lo que somos —asiente con énfasis para sí mismo—. Una gran familia. Un poco diferentes los unos de los otros, pero lo que importa es la conexión que tenemos aquí. —Se pone una mano en el pecho y le devuelvo la sonrisa porque es algo contagioso—. En el corazón.

—Eso es muy bonito —respondo, aunque las palabras se me quedan cortas porque siempre que me embarga una emoción intensa se vuelve un poco difícil saber qué decir o cómo reaccionar—. Así que, ¿no estáis relacionados por sangre? Quiero decir —me apresuro a aclarar porque no quiero que se tome mi pregunta como algo ofensivo, cosa que no es mi intención ser —, que sé que sois familia, pero me preguntaba si vosotros también sois Tigres.

Mi mirada se desvía hacia las dos parejas y el chico. Rodean a James y se turnan para abrazar a un abrumado pero emocionado Tigre, que inclina la cabeza sobre sus hombros para devolverles el abrazo a su manera. Es algo tan hermoso de ver que me caldea no solo el corazón, sino el cuerpo entero.

La única que permanece un poco alejada del grupo es la mujer alta y morena, que sin embargo una vez más no aparta la mirada de James. Como si no fuera capaz de ello.

Bert se echa a reír y me da una suave palmada en el hombro.

—No somos familia consanguínea —me explica con buen humor. Tengo la sensación de que es un hombre que casi siempre está contento—. Yo soy un Reno. Mi Emparejada —me señala a la mujer de antes, que está apoyada contra la pared una vez más, esta vez cerca del árbol — es una Pantera.

»El chiquillo es mi sobrino Dexter —le hace un gesto al chico de cabello castaño que no deja de llorar, y que se lo devuelve con una mano alzada al oír su nombre antes de volver a abrazar al Tigre con fuerza—, que también es del clan Reindeer. Demi y Akiak, su Emparejado, son Osos negros. Y Sorren y Jane son un Lobo y una Antílope, respectivamente.

—Vaya —me sorprendo—. Cuánta diversidad en un mismo lugar. Había leído que en Green Valley vivían un montón de clanes, pero no sabía que había tantos. En España, los únicos Cambiantes que conocí eran o Lobos o Linces.

Aunque hay bastante diversidad, especialmente en el norte del país, muchos Cambiantes suelen preferir el campo o las afueras y huyen de las urbes tan grandes como Madrid. Al menos que yo sepa.

Bert se ríe de nuevo y me ayuda a poner bolsitas de té en las tazas y vasos de distintos colores y diseños que hemos encontrado en un armario de la cocina. Vierto el agua de ambas cazuelas con cuidado y él observa al grupo con una mirada cargada de ternura.

—Green Valley es especial. —Lo dice con tanto amor y orgullo que es, una vez más, algo contagioso.

No me cuesta mucho entender que Bert Reindeer (cuyo nombre me suena tanto como su cara de alguna parte, aunque todavía no caigo en ello) es una de esas personas que tienen un corazón enorme y un alma dulce y sabia a la vez.

—Hay algo, cómo decirlo…, mágico en el aire —asiento de manera pensativa, dejando las cazuelas vacías sobre el fogón apagado—. Algo muy acogedor, que te hace sentir bienvenida en cuanto pones un pie sobre esta tierra. Nunca me había sentido así.

Rebaja un montón mi ansiedad. Juro que Green Valley es mejor que un diazepam o que cualquier otro medicamento. El aire de aquí, a pesar del frío, me ha ido haciendo sentir cada vez más fuerte y saludable, tanto física como mentalmente.

—¡Eso mismo es lo que digo yo siempre! —me sonríe él con entusiasmo, colocando las humeantes tazas llenas de bolsitas de té sobre la amplia bandeja que he encontrado en uno de los

cajones—. No hay ningún lugar como este en todo el mundo.

Le devuelvo la sonrisa con una propia.

—Estoy totalmente de acuerdo en eso —declaro con honestidad.

Repartimos las tazas de té entre los presentes, que parecen haberse calmado un poco tras haber tenido un rato para abrazar a James y decirle lo mucho que lo han echado de menos.

Dentro de un rato les preguntaré qué es lo que puedo hacer para ayudar a mi Pareja Predestinada a recuperar su humanidad. Pero ahora mismo, mientras los observo beberse sus infusiones, apretujados en el interior de la pequeña casa, hablando entre ellos e incluyendo a James en las conversaciones como si fuera lo más normal del mundo y el Tigre pudiera entender todo lo que hablan, deteniéndose en mitad de una frase solo para sollozar, o reír, o abrazarlo…

En este momento, tan lleno de un amor sin condiciones ni exigencias que hace que todo parezca estar teñido de oro a pesar del cielo gris y encapotado, no soy capaz de sacar un tema tan espinoso como ese.

Solo unos minutos más, me digo, sintiendo las emociones rebosantes de júbilo y de calidez de James, que no quiero que se apaguen jamás. *Solo un poco más de este maravilloso ambiente.*

Y luego podremos hablar de temas que quizá no tengan una respuesta mágica que lo resuelva todo de golpe.



Capítulo 19

Una Navidad de lo más curiosa



ELEANOR

Mi prima llega menos de una hora después. Y lo hace nada más y nada menos que montada en una quitanieves.

—¿De dónde leñes has sacado esa cosa? —le pregunto en cuanto la veo bajarse de la cabina del conductor.

Si me dejase más sorprendida me habría convertido en la caja de bombones de Forrest Gump.

Ella corre a abrazarme. Mis ojos notan que va casi tan poco abrigada como su Emparejado e hijos. Como si el frío apenas le molestara a ella también.

Yo estoy helada una vez más. Y eso que solo me he asomado a la puerta y que tengo a James a un lado y a Bert al otro, asomando las cabezas por encima de mis hombros y de que ambos desprenden un calor sobrenatural. Especialmente James.

—Ay, cariño. Estaba tan preocupada que no he podido pegar ojo —me dice Berta, abrazándome con tanta fuerza que juro que las costillas me crujen.

—Lo siento —me disculpo por enésima vez de manera automática, sintiendo el picor renovado de la vergüenza por mi comportamiento—. No debí poneros en peligro. Lo lamento tanto…

—¡Que no te disculpes más! —riñe ella, colando una mano tras mi espalda para darme una palmada en el culo que me hace dar un respingo y luego soltar una risotada de la sorpresa.

Alza la cabeza y se queda mirando a James con desconfianza. Él, en cambio, corresponde devolviéndole la mirada con una inusitada calma. Está mucho más tranquilo ahora que está

rodeado de personas que conoce y en las que confía de manera instintiva, aunque su cerebro Feral no recuerde muy bien quiénes son.

—¿Seguro que no muerde? —pregunta Berta con cierta desconfianza.

—¡Qué va! —responde Bert Reindeer por mí con una risotada—. Jamie es la persona más dulce y tranquila del mundo entero. Te lo prometo.

—Un poco tocapelotas —asiente Dexter, al que no veo porque está detrás de James, pegado a la pared, y es que hay tanta gente que apenas cabemos todos en la cabaña—, pero buen tipo.

—Si vosotros lo decís… —musita mi prima con suspicacia, sin fiarse del todo al ver lo enorme que es James.

—¡De verdad que no pasa nada! —ríe Bert palmeando el costado del Tigre como puede, ya que tiene que mover el brazo hacia atrás para poder hacerlo.

Su familia se ha pasado casi una hora contándome historias sobre el Tigre. Ahora siento que sé un montón sobre él. Desde su obsesión por el queso hasta cómo suena su risa. Pero la necesidad de ver esas cosas con mis propios ojos solo se ha hecho más y más intensa con cada anécdota que su gente compartía conmigo durante este inesperado día de Navidad.

—Así que ese es su nombre —murmura Berta, observando a James con curiosidad antes de dirigirse a él con valentía—. Te llamas Jamie, ¿eh?

El Tigre emite un sonido bajo y ronco y mueve la cabeza arriba y abajo. Y a mí casi se me detiene el corazón en el pecho al verlo.

No por el gesto, tan humano que es casi incongruente verlo en un Feral, sino porque durante un instante sus emociones y su mente han sido mucho más complejas, mucho más *humanas*, cuando han rozado las mías.

—¿Eleanor?

La voz de mi prima y su ceño fruncido me devuelven a la realidad.

—Perdona, ¿decías algo?

—Que he traído comida. —Echa otro vistazo cauteloso a James. Aunque esta vez su lenguaje corporal es mucho menos tenso—. Para ambos.

Señala hacia la quitanieves por encima de su hombro.

—En serio, ¿de dónde la has sacado? —inquiero de nuevo mientras la sigo hacia el aparatoso vehículo acompañada de James y de gran parte de su diverso clan.

—Es de un amigo de Chris —me explica Berta—. Él quería venir conmigo, pero no cabíamos los dos, así que he insistido en venir yo.

Tuerce el gesto como si le hubiera costado una buena discusión.

—No me extraña que no cupieseis los dos —comento cuando, al abrir la portezuela, la montaña de cosas amenaza con caer y enterrarnos bajo ella—. Y gracias, de verdad. No tenías por qué hacer…

—Ni se te ocurra acabar esa frase —me corta ella mientras sacamos las bolsas de comida de la cabina, que aparte de un pequeño hueco para el conductor está llena hasta los topes—. Somos familia y es Navidad. Y punto.

Mi prima tiene a todo el mundo cargando con las provisiones en menos de un minuto. Los visitantes marchan en fila de vuelta hacia la casa una vez los carga hasta arriba de bolsas que seguramente ha sacado de su propia despensa, ya que la mayoría son de varios supermercados diferentes y están algo desgastadas como si hubieran sido usadas muchas veces.

Durante el tiempo que tardamos en vaciar la quitanieves, mi prima no deja de ojear a James, que se queda a un lado acompañándonos mientras su familia viene y va entre el vehículo y la casa.

Tengo la sensación de que la mayoría de las personas no se sienten tan cómodos con un Feral cerca como lo está la familia de Jamie. Supongo que las historias que corren por ahí de los raros, pero brutales, ataques de Ferales a personas son el motivo de ello.

Aunque Berta se está relajando poco a poco ahora que sabe que mi Predestinado no es un peligro, todavía tardará un rato en quitarse de encima esa sensación de alerta que noto en ella, seguramente activa porque hay un depredador mucho más grande que ella cerca. Algo que imagino que es más instintivo que otra cosa para sus sentidos Cambiantes.

Es normal que esté asustada. Lo anormal es que yo no lo esté, pienso observando los enormes colmillos de mi Alma Gemela, que al notar mi atención sobre él me sonríe con los ojos y se llena de emociones tan dulces que me dejan atontada unos segundos.

Por muy tierno que James sea conmigo y con su dicharachera familia elegida, sigue siendo un Tigre muy imponente.

Intimidante pero precioso, me digo con fuerza, empujando suavemente esas palabras hacia nuestra conexión con la curiosidad de saber si las entenderá o no.

Él parpadea y, durante un par de segundos, parece más confuso que otra cosa. Su respuesta es lo que me deja sorprendida de nuevo.

Sus pensamientos acarician los míos con tanta dulzura que el gesto me hace estremecer de la cabeza a los pies. Y no por el frío, que noto a pesar del abrigo que me ha prestado Demi pese a mis protestas, ya que la mujer embarazada se ha quedado en la casa mientras su Emparejado ayudaba con el cargamento de Berta.

—¿Estás bien? —inquiere mi prima al ver mi expresión de asombro y conmoción.

Sacudo la cabeza y le devuelvo la mirada, encogiéndome de hombros porque no sé cómo explicar lo que siento.

Buena escritora estoy hecha, me río de mí misma en silencio.

Las emociones que surgen en mí como oleadas de un mar embravecido son tan inmensas que me resulta difícil ponerles nombre a todas ellas.

—¿Es normal compartir un vínculo telepático con tu Alma Gemela? —le pregunto a Berta a modo de respuesta.

Ella tropieza de camino a la cabaña y acaba chocando contra el pecho de James, que la mira con abierta curiosidad y aprovecha para olisquearla antes de que mi prima se aparte.

—¿Qué acabas de decir? —El tono de Berta es mitad resoplido de incredulidad mitad «necesito que me lo repitas porque creo que tengo problemas de oído».

—Puedo sentir las emociones de James —le explico—. Y creo que él las mías.

El Tigre ronronea. Contento cuando pruebo a tocar el luminoso vínculo que nos une con la mente una vez más.

Berta tiene la boca abierta y no parece saber qué responder.

—¿Estás segura? —logra preguntar finalmente.

Alzo una ceja y me encojo de hombros.

—Tan segura como puedo estarlo.

—Eleanor… —replica ella, sacudiendo la cabeza de lado a lado como si todavía estuviera tratando de comprender lo que le acabo de decir.

—No me lo estoy imaginando —le digo, y vuelvo a acariciar la mente de James con la mía, viendo cómo sus pupilas se agrandan y el Tigre comienza a ronronear de placer—. De verdad que no.

—No digo que te lo estés imaginando —suspira ella pasándose una mano por el pelo—. Solo que todo esto es… inusual.

—¿Así que no es normal? —inquiero frunciendo el ceño.

Berta se me queda mirando dándole vueltas a la cabeza, y esta vez es ella la que se encoge de hombros sin saber qué decir.

—Yo puedo sentir las emociones de Chris cuando él me deja. Y viceversa —me confiesa —. Pero eso es porque estamos Emparejados. —Me mira de reojo y se ruboriza como si la pregunta que va a hacer es algo que la incomodara muchísimo pero aun así necesitara hacerla—. Vosotros habéis…

—¡No! —me apresuro a negar, atragantándome al respirar por el apocamiento y el horror que siento al pensar en algo así—. Por Dios, Berta. Que no soy zoofílica, prima.

—Te creo, tranquila —replica ella con vergüenza por haber hecho la pregunta.

James gimotea a modo de protesta, así que me giro hacia él.

—Ya sé que no eres un animal —le consuelo, dándole un par de palmaditas en una de sus patas—. Pero sigues teniendo *forma* de animal, ¿entiendes?

Él vuelve a gimotear, ligeramente enfurruñado pero comprendiendo lo que quiero decir.

Berta, en cambio, emite un suspiro de alivio al oírme. Y de repente empieza a reírse.

Es una de esas risas nerviosas que empiezan como un bufido que no puedes contener y que pronto se contagia a través del nerviosismo y de las miradas compartidas llenas de mutuo alivio tras haber hablado de un tema espinoso con otra persona.

Así que yo también me río sin poder evitarlo.

Durante un buen rato, ambas nos carcajeamos tan fuerte que Bert y los demás acaban asomando la cabeza por la puerta de entrada de la casa.

—¿Pasa algo? —inquiere el Reno.

Mi prima y yo solo atinamos a negar con la cabeza mientras jadeamos entre risotadas altas y descontroladas y nos cogemos las costillas cuando empiezan a dolernos de tanto reír.



Capítulo 20

Rodeados de amor



ELEANOR

Caber en la cabaña todos juntos es imposible, aunque, de todas formas, mi prima ha dicho que tiene que irse porque su Emparejado está preocupado y además tiene que devolverle la quitanieves al vecino al que se la ha cogido prestada.

El problema es que no quiere dejarme aquí sola con el Tigre, sabiendo que la familia de James tiene planeado marcharse y dejarme con él, ahora que han visto que está bien y que ha encontrado a su Pareja Predestinada y que yo no estoy en peligro.

Algo que les ha hecho reír de pura felicidad cuando les he dicho lo que éramos James y yo el uno para el otro y, hasta en el caso de Bert y Dexter, ponerse a bailar en el reducido espacio del pequeño porche cogidos de la mano, cantando una extraña canción de amor sobre un reno que se enamora de una cabra.

Me encojo de hombros, divertida al verlos, y me despido de mi prima tras asegurarle mil veces que la llamaré todos los días por la mañana y por la noche, y también si pasa algo.

—Por cualquier cosa —insiste de manera ansiosa antes de subirse a la cabina de la quitanieves—. Si ves que se pone ansioso. O te asusta. O decides que quieres volver, solo llámame y estaré aquí cuanto antes para recogerte.

—Que sí —interrumpo, subiéndome al escalón de metal que hay bajo la puerta para darle un último beso en la mejilla—. Tú tranquila. Te llamaré.

—¡Ah! —abre los ojos como platos de repente y rebusca bajo el asiento del copiloto como si se acabara de acordar de algo importante—, que no se me olvide. Ten —me tiende una bolsa de viaje que saca con un gruñido de esfuerzo—. Ahí están todas tus cosas. O al menos las que he podido meter. Bragas, ropa calentita, cremas, tu portátil y tu móvil con su cargador.

—¡Gracias, Berta! —exclamo con alivio—. Eres la mejor.

Ella me guiña un ojo.

—Y tanto —replica con humor—. Te llamaré esta noche, así que ten el móvil cargado y a mano, ¿vale?

—Vale —me inclino sobre el asiento para darle otro sonoro beso en la mejilla—. Conduce con cuidado.

—Lo haré.

Se marcha poco después, aunque noto sus ojos preocupados mirándonos por el retrovisor mientras yo alzo la mano para despedirla con una sonrisa y James, sentado a mi lado, mueve las orejas con intriga, dividido entre ver marcharse a la persona que huele a mí y su ruidoso vehículo y los dicharacheros Renos, que han pasado de cantar la canción del reno y la cabra a la de un tigre enamorado de un faisán.

—Basta de canciones, chicos —refunfuña la alta mujer, que según me ha contado Bert es una Pantera y la mejor amiga de James, además de Sorren y la Osa embarazada llamada Demi, con los que también tiene un vínculo algo especial—. Vamos a dejarlos tranquilos.

La mirada de reojo que le dirige a James cuando pasamos de largo el porche y nos metemos en la cabaña es tan inescrutable como antes, pero percibo algo de culpa y tristeza en ella.

Qué mujer tan misteriosa, me encuentro pensando, no por primera vez, desde que la he conocido. *¿Qué le pasará con James para que lo mire de esa forma?*

La familia del Tigre no tarda en despedirse porque los móviles empiezan a pitar avisando de que va a haber una tormenta de nieve otra vez, en esta ocasión más intensa que la anterior.

—Qué raro. Las tormentas invernales son muy infrecuentes en Green Valley —comenta Sorren, el Lobo, con el ceño fruncido, enseñándole el teléfono a su mujer.

La Antílope se encoge de hombros.

—Van a ser unas Navidades un poco complicadas —replica la mujer, palmeando el costado de Jamie cuando este pasa de largo para tenderse bajo su nuevo lugar favorito: junto al árbol de Navidad, cerca de mi sillón—. Entonces, ¿te vas a quedar aquí o te vienes con nosotros, Jamie? Todavía estás a tiempo de decidir. Cuando caiga la tormenta, será imposible venir a por ti.

El Tigre suelta un sonido gruñón que deja claro que no tiene pensado moverse, y Jane me mira con ojos llenos de disculpa.

—No creo que nos vaya a ser posible sacarlo de tu cabaña ni a la fuerza. Lo siento.

Le sonrío, aliviada de que eso sea así en vez de preocupada por ello.

—No pasa nada. De todas formas, si me voy a la casa de mi prima seguramente intentará seguirme —le explico—. Ya se lo he dicho a Berta: es mejor que él y yo nos quedemos juntos hasta que todo se normalice un poco y James se tranquilice del todo. No quiero que vuelva a asustar al clan Whitefox.

Recordarlo me avergüenza muchísimo y me pone tensa.

Sorren y ella hacen una mueca avergonzada.

—Te prometo que James de normal es una persona muy amigable —me dice el alto Lobo —. No me cabe duda de que cuando se despierte va a estar avergonzado por ese arrebato que nos has contado que tuvo con Chris Whitefox.

—De verdad que no pasa nada —le aseguro—. Es un Feral, es comprensible que se deje guiar por instintos más primarios. Seguro que Chris lo entiende. Y la culpa fue mía al abrir la puerta y salir a saludarle cuando no sabía cómo iba a reaccionar él.

Él asiente, y yo trato de que no se me note que estoy cansada tras haber pasado un buen rato rodeada de gente, por muy buena gente que sea, y que me gustaría irme a dormir, porque no quiero que se sientan incómodos por mi culpa. Pero no puedo evitar ahogar un bostezo y mirar unos instantes hacia el dormitorio y la cama que no he tocado todavía y en la que me muero por descansar.

Pero, por supuesto, sus ojos Cambiantes, afilados y perceptivos, se dan cuenta de ello.

Jane me pone una mano en el hombro y me dedica una sonrisa comprensiva.

—Pasar la Navidad a solas con un Feral no es seguramente lo que esperabas al llegar aquí, y lamento mucho que no hayas podido irte con tu prima y su familia —me dice con empatía—. Pero, aun así, he de confesar que me alegra tanto que Jamie pueda estar a tu lado... De verdad que no sabes lo mucho que te lo agradecemos, Eleanor. Todos le queremos mucho.

Me siento un poco incómoda por la emoción con la que lo dice, pero feliz porque James

tenga tanta gente que lo aprecie tanto.

—De nada —respondo con timidez—. No me importa pasar el día con James aunque sea Navidad, en serio —le aseguro, y el corazón solo me da un leve pinchazo al pensar en no hacerlo junto a Berta y los suyos, pero anoche tuvimos una cena y unas horas maravillosas, y ahora es James el que me necesita a mí.

Y yo la que lo necesito a él, susurra mi cabeza.

—En fin —Sorren se aclara la garganta—, voy a reunir a la tropa —anuncia, mirando hacia los Renos y haciéndoles un gesto a Demi y su Oso negro y a la mujer misteriosa, que camina tranquilamente hasta estar a la altura de Bert y le pone una mano en el hombro, deteniendo su charla con su sobrino para susurrarle que debe despedirse.

Se marchan tras decirle un «hasta luego» muy sentido a su querido amigo. Y mi Tigre y yo nos quedamos a solas una vez más, solo que esta vez con la despensa llena a rebosar, la chimenea con un montón de leña apilada a un lado de la misma, que al parecer Demi y Akiak han entrado en casa mientras yo estaba ocupada charlando con Berta, y una tormenta de invierno cubriendo el cielo de un gris frío pero hermoso.

Y sabiendo que somos amados de una manera tan generosa que ello ha dejado huella en nuestros corazones.



Capítulo 21

La tormenta que nos unió



ELEANOR

La tormenta no tarda en rodear la pequeña cabaña, haciendo temblar los, por suerte, gruesos cristales de sus ventanas.

James y yo nos acurrucamos frente a la chimenea, disfrutando del fuego y de la comida, regalo de las personas que nos quieren, y contentos de estar juntos a pesar de que nuestra relación ha comenzado teñida de ansiedad y miedo debido a su estado Feral.

Del mismo modo que confiar en él es instintivo, también lo es el sentirme a gusto a su alrededor. Habría esperado que su aroma fuera a animal que ha pasado tiempo a la intemperie, pero en realidad su suave pelaje huele a bosque y a rocío.

—Tu olor es de lo más agradable —musito con la nariz hundida en él—. Y estás tan mullido que ya no quiero ni irme a la cama. Podría quedarme dormida aquí mismo, lo juro.

James responde emitiendo un ronroneo que parece un arrullo agradable y dulce. Al menos, hasta que me fijo en que sus brillantes ojos me miran fijamente y en que sus emociones son muy parecidas al deseo.

Trago saliva y aparto la mirada de su rostro, incómoda por el calor que eso me produce y diciéndome que es producto del celo y que no soy, ni mucho menos, zoofílica.

—Deja de mirarme así, James —le pido con suavidad.

Él agacha las orejas y emite un sonido de disconformidad, pero obedece y apoya la cabeza entre sus patas extendidas, así que suelto un suspiro y vuelvo a apoyar la cabeza en su costado, relajándome contra su enorme cuerpo peludo.

Tras comerme el guisado que he preparado con los ingredientes que de repente llenan la

nevera y la despensa a rebosar, he desestimado el sillón para sentarme contra su cuerpo, caliente y suave.

La cena del Tigre, que se ha comido hace nada en un par de bocados, ha consistido en un enorme trozo de carne cruda de los muchos que ahora están en el congelador envasados al vacío y que he descongelado en el microondas antes de servírsela.

La verdad es que Berta ha pensado en todo. Mi prima es una genia. Voy a abrazarla con fuerza de nuevo y a darle las gracias la próxima vez que la vea. Y a Chris, aunque me produce un poco de apocamiento porque no tengo tanta confianza con él, también.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le pregunto a James ahogando un bostezo.

Él mueve su cuerpo como si se encogiera de hombros y los adornos del árbol se mueven y tintinean porque su largo cuerpo está medio estirado bajo las ramas del árbol de Navidad otra vez.

Me río entre dientes al verlo.

—Supongo que siendo un Tigre las opciones son limitadas —bromeo—. El Scrabble o el ajedrez quedan descartados, me imagino.

Él me dirige una mirada divertida y empuja una de mis piernas con el morro como regañina.

—Perdona —le digo, alargando una mano para acariciar una de sus orejas—. Me gustaría haber visto cómo eras como humano —musito, poniendo mis pensamientos en voz alta—. Como Tigre eres precioso, claro. Pero quisiera…

Suelto un gruñido decidiendo dejar estar el tema porque no quiero hundirme en otra tonta espiral negativa y me reacomodo sobre su costado estirando las piernas frente a mí hasta que mis pies, calzados con gruesos calcetines cómodos y calentitos, están más cerca del crepitante fuego.

—Da igual. Desear cosas que no son solo resulta en frustración y ansiedad. Mejor me centro en el presente. Tenerte aquí, aunque sea como Tigre, es algo increíble.

Sonrío ampliamente para mí misma, aunque mi corazón siga algo triste a pesar de mis palabras.

James acaricia mi mente con la suya y dos palabras resuenan en mi cabeza, sobresaltándome.

Web agencia, susurra una voz claramente masculina y definitivamente no mía.

Abro los ojos como platos y me lo quedo mirando con pasmo.

—¿Acabas de hablarme mentalmente?

Él cierra los ojos como si el esfuerzo de hacerlo le hubiera dejado agotado y se duerme sin más.

Jadeando y con el corazón acelerado, me levanto y cojo mi móvil de donde se estaba terminando de cargar en la cómoda más cercana, abriendo la aplicación del navegador web.

No tardo en dar con la página web oficial de la Agencia de Ferales, a la que Jane me ha explicado que James pertenecía, junto a ellos, antes de volverse Feral.

Arriba, al lado de «Sobre nosotros», hay una pestaña en la que pone «Miembros de la Agencia».

Le doy clic con un nudo en la garganta, diciéndome a mí misma que no voy a sentirme decepcionada si James no aparece en la web.

Pero no me siento decepcionada en lo más mínimo cuando desciendo y doy con el perfil de James Tiger. Todo lo contrario. Me quedo tan atontada mirando la foto del alto y musculoso hombre rubio de ojos verdeazulados y sonrisa seductora que apenas soy capaz de hilar un solo pensamiento.

—Joder —es lo que sale de mis labios finalmente, una vez recobro la capacidad de hablar —. Pero si es, eres —me corrijo— guapísimo.

Hasta Brad Pitt o Travis Fimmel de jóvenes palidecerían a su lado, pienso con asombro. *No puedo creer que exista un hombre tan hermoso en este mundo.*

Dirijo la mirada hacia el Tigre, hacia James, y, con el corazón a mil por hora, paso una mano por un lado de su cabeza adormilada.

—No puedo creer que de verdad seas mi Alma Gemela —le confieso con el corazón en la garganta, apretando el móvil con una mano de manera inconsciente hasta que la palma me duele —. Me gustaría ver esa sonrisa en persona algún día. Me gustaría oír tu voz real, James. No la de tu cabeza. Quiero hacerte tantas preguntas…

»Tengo tantísimas ganas de conocerte que me duele físicamente no poder hacerlo ahora mismo —trago saliva—. Mi dulce Tigre Feral. Ojalá pueda hacerlo algún día. Ojalá pueda llegar a conocerte tanto como tú me dejes hacerlo.

»Coger tu mano y pasear contigo bajo la luz del sol, hablando contigo de todo lo que se nos ocurra y sin miedo a nada. Con un futuro brillante por delante. Lo deseo tanto, James…

Acaricio su barbilla y me imagino pasando esa misma mano por el lado del bellísimo rostro del hombre cuya sonrisa sé que me perseguirá en sueños esta noche, y de repente tengo unas ganas tremendas de llorar y de reír al mismo tiempo.

Así que eso mismo, en la privacidad de nuestra pequeña cabaña mientras la tormenta golpea con fuerza las ventanas, es lo que hago.



Capítulo 22

La chica que empezó a enamorarse de un Tigre



ELEANOR

A pesar de que pensaba que no podría dormir debido al continuo repiqueteo de la nieve y el viento sobre las ventanas, al final me quedé frita acurrucada contra James frente a la chimenea.

—Buenos días —saludo con voz adormilada, tratando de quitarme el pelo (suyo y mío) de la cara con manos torpes—. Necesito un café. ¿Tú quieres uno? Ah, no, espera —me corrijo a toda prisa—, que sigues siendo un Tigre. Perdona.

Le he hablado en español sin pensar, me doy cuenta. Pero a él no parece importarle. Y no sé si decepcionarme y pensar que lo que ocurre es que no entiende lo que le digo tampoco en inglés, y que, por ende, el que pudiese interpretar mis palabras anteriormente fue solo mi imaginación, o que en realidad lo que sucede es que su forma humana sabía español.

O quizá es que está adormilado y ni te ha oído, doña ansias, me dice con sorna parte de mi cerebro. *Deja de darle vueltas a la cabeza hasta agobiarte por una tontería.*

Me río de mí misma al pensar eso y replico que ojalá la ansiedad se curara tan fácilmente y bastase el darse una orden a uno mismo de no volver a tenerla jamás para que quedara olvidada el resto de mis días.

Sería maravilloso.

James abre las inmensas mandíbulas de par en par y suelta un sonoro bostezo, moviendo las orejas mientras le hablo.

Le sonrío porque es un grandullón tan adorable como peligroso y le doy un beso impulsivo sobre la fría nariz. Y él me devuelve el gesto frotando un lateral de su rostro sobre el mío y haciéndome reír.

—Para —río, quitándome algo de pelo canela y negro de la mejilla—. Necesitas un buen cepillado, mimoso.

Él me mira con expresión ofendida, pero sus emociones son de diversión. Está contento de haber despertado a mi lado y eso me hace sonreír como una boba mientras preparo ambos desayunos: mi café con tostadas y su enorme trozo de carne descongelada, que no debe de ser muy apetecible por cómo se la come, con desgana, pero que es lo único que puede consumir por ahora hasta que la tormenta amaine y pueda salir de caza.

Tras terminar de comer y fregar los cacharros, decido probar a ver si la tele funciona, pero es una esperanza vana. Al igual que el internet o la línea telefónica.

—Tendremos que esperar a que el clima se relaje —suspiro, y James me resopla suavemente en el pelo para animarme—. ¿Qué hacemos hasta entonces?

Él vuelve a resoplar, esta vez con más fuerza, y sus emociones dicen «no tengo ni idea».

—Supongo que siempre puedo sentarme a leer. —Berta me ha traído mi lector Kindle y, por suerte, me descargué varios libros antes de subir en el avión, ya que allí tampoco iba a poder usar el internet y eran muchas horas de vuelo—. Pero ¿qué harás tú?

Él bosteza y se acerca a su lugar favorito bajo el árbol, que mueve hasta poder reacomodarse bajo sus ramas. Me río entre dientes al verlo y decido sentarme con la espalda apoyada contra su costado.

Jamás me habría imaginado que pasaría las Navidades junto a un Tigre Feral y que estos instantes con él se sentirían tan placenteros y acogedores, pienso mientras finalizo el libro y empiezo otro, hablándole de la sinopsis mientras él me observa con párpados entornados y perezosos.

Si nuestros días son así: tranquilos y en compañía mutua, sin necesidad de muchas palabras para sentirnos unidos debido a que podemos percibir las emociones del otro, me digo a mí misma que aprenderé a aceptar lo que la vida, y James más concretamente, me ofrece.

Que encontraré la manera de ser feliz con las cosas como son, aunque pensar en él no recuperando jamás su humanidad me haga trizas el corazón. Porque sé que con los años aprendería a amar su protectora y dulce compañía igualmente, por mucho que no hubiera atracción sexual de por medio.

Ni largas conversaciones bajo las estrellas. O besos. O abrazos…, me susurra una voz inquietante en mi cabeza que trato de apagar centrándome en la lectura.

Y así, cómodos, cálidos y tranquilos, hablando de vez en cuando con él y él respondiéndome con sus emociones, pasamos los días que dura la tormenta mientras la nieve va enterrando poco a poco nuestra pequeña cabaña bajo una profunda capa blanca, aislándonos del resto del mundo.

Y aprendiendo a apreciar la compañía del otro con calma y en casi completo silencio.



Capítulo 23

El Tigre y la ventana

ELEANOR

La tormenta amaina unos días después, dejándolo todo cubierto de un espeso manto de nieve que llega casi hasta la mitad de la cabaña.

—No sé cómo vamos a poder salir de aquí, a no ser que Berta realmente venga con la máquina quitanieves —le digo a James cuando veo, al levantarme la mañana del tercer día, que al fin hay algo de sol en el cielo.

Aunque las ventanas están tan tapadas que sus rayos apenas iluminan el interior de la pequeña casa de paredes pintadas de verde.

James se estira haciendo tambalear el árbol, que está más mustio que nunca, y sale de su cómoda cama improvisada para caminar hacia la ventana donde yo estoy parada, contemplando la nieve apilada hasta casi la mitad de la misma.

Soltando un resoplido que llena de vaho el cristal, empuja su enorme cabeza contra este tratando de abrirla sin éxito.

—Oye, cariño —regaño sin darme cuenta de que he usado esa palabra—, que así solo vas a hacerte daño. No seas cabezota. Por muy grande y fuerte que seas, no vas a poder apartar la nieve.

Él, en cambio, suelta un sonido de protesta y trata de seguir empujando el cristal, que cruje de manera ominosa.

—¡Espera! —le digo presa del pánico, imaginándome un puñado de cristales rotos en su cráneo y sin un botiquín a mano.

Quito el pestillo de la ventana llamándolo cabezota en dos lenguas diferentes y, al final, a

base de tozudez, el Tigre logra que una de ellas se mueva apartando la nieve y dejando un hueco por el que yo podría pasar. Pero no él.

—Eres demasiado grande como para caber por ahí —me exaspero cuando le veo intentando meter la cabeza por el hueco.

Está claro que quiere salir y que se ha empeñado en ello, suspiro para mis adentros.

Decido hacerme a un lado porque no va a servir de nada que lo regañe. Quizá está harto de la carne descongelada y quiera ir de caza. Es natural. Es un Tigre, al fin y al cabo.

Me pongo una chaqueta por encima de la ropa de abrigo porque entra aire muy frío por la abertura que él está haciendo cada vez más grande, logrando empujar la nieve a base de tozudez y fuerza bruta. Aunque dudo que su cuerpo de más de dos metros y medio vaya a caber por la ventana.

Quién sabe, quizá su envergadura sea mayoritariamente pelaje, como en los gatos, musito mientras me bebo una taza de té humeante y lo observo empujar la otra ventana con un lateral del rostro hasta que ambas están completamente abiertas.

—¡Oh! —exclamo con asombro, tiritando un poco de frío—. Lo has conseguido.

Él se sienta orgulloso sobre el suelo de madera en sus patas traseras y gira la cabeza para mirarme con una sonrisa muy humana, aunque con tantos colmillos afilados da algo de miedo y parece sacada de una peli de terror. Y entonces trata de colarse por el hueco de la ventana para salir fuera. Con lo que me entretengo durante un buen rato hasta que, al fin, logra hacerlo dejándome anonadada.

Aunque una vez más se ha cargado buena parte del marco de madera.

Otro gasto más, suspiro para mis adentros. *Espero poder vender el piso de Madrid a un buen precio.*

Dejando la taza de té vacía en la pila, decido ponerme los zapatos aptos para la nieve que Berta ha metido en las bolsas que me trajo y salgo reptando tras él a cuatro patas tras subirme al alféizar de la ventana.

—Madre mía —tirito, viendo como mi respiración se hace vaho frente a mi cara de nuevo —. Tengo las orejas heladas. Debería haberme puesto el gorrito.

Aunque, por suerte, el resto de mi cuerpo está bien gracias a la ropa térmica que llevo puesta bajo las gruesas capas de lana.

—¿A dónde vas? —le pregunto al Tigre cuando lo veo esperándome en la linde del bosque.

Sus pisadas apenas se hunden en la nieve mientras que las mías se hunden con un crujido que amenaza por hundirme hasta la cintura y dejarme atrapada en la mullida capa blanca. Lo miro y me pregunto cómo es posible que con todo lo que debe pesar apenas deje huellas. Juro que parece alguna clase de espíritu mágico del bosque ahora mismo.

James emite un sonido impaciente y, cuando ve que no me acerco con la suficiente rapidez, decide hacerse cargo del asunto y camina hasta mí a paso lánguido y tranquilo, tumbándose a mi lado para que me suba a su alto lomo.

Suspiro y decido que es mejor hacerle caso, porque si no tengo la sensación de que me llevará a rastras con él sí o sí. Así que monto en él como si de un caballo se tratara con algo de esfuerzo.

—Espero que no me estés llevando al territorio Feral —musito, aferrándome al pelaje de su cuello cuando él empieza a andar por el bosque como si estuviera en casa—. Debería haber cogido el móvil. Espera, da la vuelta. Tengo que cogerlo por si Berta llama —le digo con intención de bajar, volver a meterme en la casa y coger el dichoso aparato, pero él echa a trotar de repente, haciéndome soltar un grito de sorpresa.

Me aferro a su pelaje con más fuerza y James suelta un gruñido incómodo, pero acelera el paso un poco más hasta que sé que, si él no me lleva de vuelta a la cabaña, estoy jodida. Porque me he perdido por completo en el bosque. No sabría volver.



Capítulo 24

El refugio del Tigre

ELEANOR

—¡Ey, espera! —le pido, pero él no me hace caso. Sus emociones son un caos entusiasmado por estar al aire libre—. ¿A dónde me llevas?

El bosque pasa a toda velocidad bajo sus patas. Es ligero, ágil y rápido, y yo, que jamás he montado a caballo siquiera, me aferro a su pelaje temiendo caerme en cualquier momento.

—¡James! —llamo de nuevo, pero él solo emite un ronroneo y, aunque desacelera un poco su carrera, solo lo hace para trepar por el tronco de un árbol conmigo a sus espaldas—. James, ¡que me voy a caer!

«No caerás», me susurra una voz que es una mezcla de bestia y hombre en la cabeza, y el oírle claramente en mi mente me deja atontada y sin aliento.

—¿Puedes hablar? —jadeo cuando llegamos a lo que parece una cabaña medio en ruinas construida en lo alto del enorme árbol milenario—. James…

Él no me responde, pero la esperanza ha nacido en mí y no va a morir fácilmente. Lo sé.

Caminando con cuidado, el Tigre se acerca al borde de un agujero en una de las paredes que hace las veces de balcón. El árbol es tan ancho y tan alto que el bosque entero puede verse desde las alturas.

—Qué bello —digo, sin aliento tanto por el susto que me he llevado, como por la emoción de su voz y de la visión que tengo en frente—. ¿Esto es lo que querías enseñarme?

Él hace un ruido de confirmación, pero para mi decepción no vuelve a hablar.

Me inclino sobre su enorme cabeza y contemplo el paisaje que se extiende a nuestros pies,

bañado por los primeros rayos del amanecer, que tiñen la fría mañana invernal de oro y cobre, reflejando sus rayos sobre la nieve.

El bosque que se extiende a nuestros pies parece infinito y, en su corazón, el gran lago sobre cuya orilla se extiende la ciudad de Green Valley puede verse en la lejanía, con sus pintorescos edificios blancos, cuyos tejados verdes y azules hacen que el asentamiento parezca un mar profundo y vibrante cubierto de capas blancas.

—James, esto es precioso —suspiro, apoyando la mejilla en su suave pelaje.

Nos quedamos un rato allí, en silencio, contemplando la silenciosa belleza del paisaje, hasta que James nota que mi cuerpo se estremece de frío de vez en cuando, cada vez que el viento sopla con fuerza contra nosotros, y vuelve al interior de la cabaña para resguardarme.

Bajo de su lomo cuando se detiene junto a una pila de lo que parece basura y empieza a rebuscar en ella intentando encontrar algo.

—¿Qué es lo que ocurre? —le pregunto con curiosidad, acercándome al montón de cosas.

Veo un par de pantalones y un suéter que parecen haberle servido de almohada, porque están cubiertos de su pelo. Hay también una mochila destrozada, cuyos bolsillos han sido arrancados por garras inquietas. Y en uno de ellos veo algo que James está intentando sacar: una cartera y un móvil con la pantalla rota.

—¡Son tus cosas! —me doy cuenta de repente—. Aquí es donde has estado quedándote todo este tiempo, ¿no es así?

Él me mira y mueve la cola, ronroneando y rozando sus pensamientos con los míos a modo de confirmación.

—Espera, deja que te ayude.

Con manos de dedos muchos más ágiles y flexibles que sus enormes garras, saco el móvil y la cartera con facilidad y se los tiendo, pero él los empuja con el morro hacia mí.

—¿Quieres que me los quede yo?

Otro roce de pensamientos que dice «sí» a las claras. Asiento y me las guardo en el bolsillo del pantalón de pijama, escuchando el sonido del tintineo de unas llaves provenir de la cartera.

James camina hasta estar en el centro de la cabaña y, tras dar varias vueltas sobre sí mismo, se tumba a descansar.

—Ey, grandullón —le digo palmeándole un costado. Él abre uno de los ojos que había cerrado y me mira como diciendo «¿qué pasa?»—. Que tenemos que volver.

El Tigre abre la boca y suelta un inmenso bostezo, y me queda claro que lo que quiere ahora mismo es descansar un rato antes de correr de vuelta a la cabaña enterrada en la nieve.

Con un suspiro, me siento con la espalda apoyada sobre su cálido costado. Y me duermo sin darme cuenta, soñando con un alto hombre de cabellos de oro que vive aislado en lo alto de un árbol mientras muere lentamente de soledad.

Como lo hacía yo antes de venir a Green Valley.



Capítulo 25

El fin de la Tormenta

ELEANOR

—Pero ¿dónde te metiste? Te llamé varias veces y no respondías.

—Tranquila, prima —la calmo por enésima vez—. James solo me llevó a pasear. Quería enseñarme el lugar donde ha estado viviendo hasta ahora.

Sus cosas están sobre la encimera de la cocina desde que volvimos a mi cabaña de alquiler hace dos días. He puesto a cargar el móvil, pero la pantalla está bastante rota, así que no sé si se podrá usar. Dentro de la cartera estaban su identificación, su tarjeta de sanidad, su tarjeta de crédito, algo de dinero y sus llaves de casa, todas sacadas y expuestas cuidadosamente al lado del móvil. Un batiburrillo de cosas que hablan de la vida de un hombre que se vino abajo el día en el que su mente animal devoró su soledad y le arrebató la conciencia humana.

Admito que me he quedado mirando la fotografía de su carnet más de la cuenta. Una vez más, no podía apartar la mirada de sus bellos ojos verdeazulados. De su hermoso rostro masculino ni de su sonrisa, que de nuevo me ha cautivado.

—Pues que sepas que no me gusta nada eso de que fueras al bosque tú sola con un Tigre Feral —bufa Berta desde el otro lado de la línea—. En fin, el equipo que va a quitar la nieve de tu entrada para que puedas salir estará allí en unos veinte minutos, así que procura que el Tigre esté dentro de la casa y no los asuste, ¿vale?

—Tranquila —replico mirando a James, que está tumbado durmiendo la siesta bajo su árbol, y le sonrío con una mezcla de afecto y tristeza—. Estaremos dentro.

Aunque entrar de nuevo en la cabaña fue una odisea y la pobre ventana sufrió un montón, al menos todavía se puede cerrar, cosa que nos ha ayudado bastante contra el frío invierno de Canadá.

—Bien —se relaja mi prima—. Y recuerda que esta noche habrá mercado navideño en la plaza mayor.

—Eso suena genial —contesto—. Pero no creo que vaya a poder ir, dadas las circunstancias.

Me encantan los mercados navideños. Pero, miro de reojo a James de nuevo, *si voy seguro que él me sigue, y si lo hace acabará asustando a todo el mundo.*

—¿No te lo había dicho? —se extraña Berta—. Se celebra todos los años. Por eso el ayuntamiento se está dando tanta prisa en despejar todos los caminos de la ciudad, incluyendo los suburbios y los territorios de los clanes.

Qué curioso que el valle entero esté dividido por territorios de clanes, pienso con intriga. *Como en la Edad Media. Aunque supongo que dado que los Cambiantes necesitan espacio para correr transformados es normal.*

—No recuerdo que me lo dijeras, no —le digo a Berta, distraída por mis propios pensamientos.

—Vaya —suspira ella—. Con todo lo que ha pasado debe de habérseme ido de la cabeza. Con lo mucho que te gustaban de pequeña, estaba deseando decírtelo y que vinieras con nosotros.

Sonrío por su muestra de cariño y, de súbito, como una revelación de esas que he tenido desde que llegué aquí, me doy cuenta de que no había sonreído tanto desde que mis padres vivían.

—Gracias por pensar en mí —replico.

—¡Claro que pienso en ti! Eres familia —me dice, y su voz suena a que está sonriendo ella también—. Entonces, ¿crees que vas a poder ir a pesar del Tigre? Quizá los de la agencia, que son sus amigos, puedan quedarse con él.

Estoy a punto de decirle que no creo que pueda, amigos o no amigos, a no ser que quiera que un Tigre Feral se plante en mitad de la plaza y espante a media ciudad, pero entonces oigo las voces de un montón de gente a las afueras de la cabaña, así que me asomo por la ventana y veo que se trata del equipo de personas que ha venido a despejar la nieve, ahora que ya no hay más amenazas de tormenta, porque todos ellos llevan palas y vienen acompañados de un par de

enormes máquinas quitanieves.

—Berta, ya están aquí —le informo—. Voy a colgar. Te aviso luego si puedo ir o no.

—¡Qué rápidos! —exclama ella—. Anda, pues te dejo. Quedamos a las seis en la plaza de la ciudad si al final puedes venir, ¿vale? Si no nos encuentras, llámame y te localizaremos. Es fácil perderse aunque la ciudad parezca pequeña.

—Entendido.

Nos despedimos con un beso al aire y colgamos. Me doy cuenta de repente de que ambas estábamos hablando en inglés y suelto una carcajada. Al parecer, voy a tener que ir acostumbrándome a que ese sea mi idioma principal de ahora en adelante, incluso con Berta.

—¡Hola! —saludo a la gente que está trabajando en despejar los caminos asomando la cabeza por la ventana—. ¡Gracias por vuestro trabajo!

—¡De nada, Tiger! —me responde uno dejándome un poco patidifusa.

Y más aún cuando me guiña un ojo al ver a James, que se ha despertado con la algarabía, asomándose por encima de mi cabeza.

—Ni se te ocurra rugirles —le siseo a mi enorme gato, que ya se estaba preparando para ello y emite decepción cuando me oye.

Cierro la ventana y decido no preguntar por qué el amable señor, que me ha parecido que tenía cierta semblanza con Bert, me ha llamado Tiger. Como el apellido de James.

—¿Sabes? Empiezo a sospechar que ese clan de Renos es realmente el centro de cotilleo de esta ciudad.

James emite un sonido de pura confirmación a mis espaldas.



Capítulo 26

La confesión de Karen



ELEANOR

Dos de los amigos de James se han ofrecido a quedarse con él para que yo pueda ir al mercado.

El problema es que, por muchas ganas que tenga de ir y pasar el día junto a Berta y su familia, no quiero dejar a James atrás.

La idea, por tonto que ello suene, me pone triste.

—Venga, chica. Arriba ese ánimo —me dice alegremente Bert, que se ha instalado en mi pequeña cocina a prepararnos un té mientras su Emparejada mantiene una extraña contienda de miradas silenciosas con James—. Solo vais a estar separados unas horas. No va a pasar nada. Él estará bien.

Me ruborizo por lo fácil que le ha sido darse cuenta de qué es lo que me sucede.

—Es que acabo de encontrarle y… No sé —suspiro—, me inquieta que se marche de nuevo. Sobre todo, después de ver cómo ha estado viviendo. No quiero que vuelva a sentirse así de solo nunca más.

Le he contado a Bert lo de la cabaña medio en ruinas situada en lo alto de un árbol y le he enseñado las pocas pertenencias de James que todavía podían salvarse. Él pone una mano en mi hombro y me mira con empatía. Me siento como una niña pequeña al decir eso, pero él solo me sonríe como si comprendiera qué es lo que me pasa en la cabeza y en el corazón.

—Él estará bien con nosotros —contesta con empatía—. Y tú necesitas despejarte un poco, pensar y pasar tiempo con gente que necesita verte porque ha estado muy preocupada por ti. No va a escaparse y a vagar por el bosque de nuevo, te lo prometo. La vez que sucedió en la tundra nos pilló a todos de sorpresa, pero esta vez estamos sobre aviso y no le dejaremos marcharse.

Bert Reindeer es como una de esas personas sabias, amables y buenas que a veces aparecen en los cuentos de hadas. Muy al estilo Gandalf, solo que sin el sombrero puntiagudo, la barba kilométrica y el lado gruñón.

—Confío en vosotros, sé que sois sus amigos y que queréis lo mejor para él —le digo, pero no puedo evitar que mi mirada se desvíe una vez más hacia James, que sigue emperrado en tratar de comunicarle algo a Karen con los ojos.

Sus emociones son una extraña mezcolanza de tristeza, enfado, alegría, alivio, cariño, perdón, vergüenza, culpa, y a saber qué más. He tenido que alejarme un poco de él porque de cerca he notado que las siento más intensas y me estaba dando vueltas el coco con tanto sentimiento contradictorio.

—¿Seguro que estará bien si os dejo solos? —me inquieto otra vez al ver ese duelo de miradas entre los dos gatos gigantes.

—¡Seguro! —insiste Bert, tendiéndome una taza de té—. Cuidaremos bien de él. Tú bébete tu té y siéntate junto a él a esperar a tu prima. Si le dices unas palabras para calmarlo antes de irte, seguro que Jamie entenderá que debe quedarse y portarse bien hasta que regreses.

Si él lo dice, será porque es verdad, le aseguro a mi mente dudosa. *Al fin y al cabo, ellos lo conocen mejor que yo.*

Hago lo que Bert me recomienda y, en cuanto me acerco a él, James desvía la mirada hacia mí. Karen, en cambio, me observa de arriba abajo rápidamente antes de clavar sus ojos en las llamas de la chimenea, inquieta. Es como si a la Pantera le hiciera feliz, pero al mismo tiempo le molestara mirarme, y ello me deja con una sensación extraña en el cuerpo. No sé qué le pasa conmigo o con James.

El Tigre eleva la cabeza y emite un sonido ronco y ronroneante como si me preguntara «¿qué te pasa?», así que me acomodo bien en el sillón y le sonrío tras dejar la taza de té, aún demasiado caliente, sobre la mesita que anoche logré arrastrar para ponerla junto al único asiento que no está apilado contra la pared de la cabaña, y así poder cenar sobre ella en vez de hacerlo de pie junto a la encimera de la cocina.

—Escucha, Jamie —le hablo con suavidad—. Berta va a venir a buscarme. ¿Recuerdas a Berta?

Un sonido de asentimiento y emociones que me dicen «sí» claramente.

Cada vez se me da mejor interpretar lo que siente o lo que quiere decirme, pienso para mí misma con deleite.

—Pues voy a ir con ella y el clan Whitefox al mercado de Navidad. —Él hace amago de levantarse—. ¡No, no, no! —Me levanto y trato de empujar su lomo para que se tumbe de nuevo —. Tú no puedes venir conmigo, James. Tengo que ir yo sola con ellos, ¿entiendes?

Se oye un potente rugido de protesta y yo suelto un gruñido de frustración.

Y un pepino que lo va a entender, refunfuño para mis adentros. *Es más cabezota de lo que lo era la abuela.*

—Jamie —regaña Bert con exasperación—. No puedes ir. Estará lleno de gente a rebosar y tú estás en forma animal. Vas a espantar a todo el mundo.

Karen emite un gruñido de conformidad con las palabras de su Emparejado, pero no dice nada, como parece ser habitual en ella.

James, en cambio, prorrumpe un rugido de disconformidad bastante intenso. Y entonces hace una serie de sonidos guturales que casi parecen palabras. *Casi*. Como si estuviera discutiendo con nosotros, haciendo su mejor esfuerzo por vocalizar su negativa.

—Oh, espíritus, Jamie —se emociona Bert, limpiándose la comisura de un ojo humedecido —. Te entiendo bien, amigo mío. Pero hasta que no logres recobrar tu forma humana —el Reno me mira de reojo y no sé por qué—, no puedes presentarte en mitad de la ciudad de esa guisa.

El gruñido del Tigre es uno que deja claro una vez más que no está de acuerdo. Y la manera en la que se levanta y se planta a mi lado con cabezonería es un grito silencioso de «yo también voy».

Bert se cubre la cara con las manos y Karen, que rara vez parece emitir emociones si no es con James o con Bert, se cabrea de manera visible.

—Basta ya, capullo —le gruñe, enseñándole los colmillos, crecidos hasta tener una apariencia inhumana—. Estás siendo un maldito cabezota, como siempre. ¿Acaso no ves que si vas todo el jodido mundo echará a correr y el mercado que han planeado todo el año se irá a la mierda?

James hace algo que yo jamás habría predicho. Se gira hacia Karen y le ruge con tanta rabia y tanta fuerza que hasta a mí me pone los pelos de punta, pero, aunque la Pantera pone expresión

de ira en respuesta y además parece a punto de echarse a llorar, no se amedrenta.

—¡Lo sé, maldita sea! —le grita la mujer al Tigre a pleno pulmón—. ¡Lo sé! Hice la puta promesa y fallé, ¿vale? No pude, Jamie. ¡No pude! —se desespera.

»Y llevo más de un año odiándome por ello y buscándote, sabiendo que, aunque te encontrara, jamás podría haberte matado como me pediste. —A Karen se le quiebra la voz al decir eso último—. Para mí eres familia Jamie, maldita sea. ¡Joder! Te dije que podría hacerlo y no fui capaz y, si quieres odiarme por ello, ¡ódiame toda tu puta vida! Pero al menos estás vivo…

La Pantera da media vuelta y se larga de la cabaña dando un portazo. Y todos nos quedamos en silencio preguntándonos qué acaba de ocurrir.

Todos menos James, cuya tristeza es tan palpable como el pelaje que se agita bajo mi mano, al haberla enredado en su costado cuando se ha alterado sin darme cuenta de ello para intentar calmarlo de manera inconsciente.



Capítulo 27

La esperanza versus la realidad



ELEANOR

Tras lo sucedido en la cabaña con Karen, es imposible que James se esté quieto. Especialmente ahora que el camino de entrada está despejado. Sus emociones son caóticas e impredecibles, pero están muy teñidas de tristeza y de una necesidad apabullante de comunicarse de alguna forma con la Pantera.

Tras frotar su rostro contra el mío a modo de despedida, el Tigre sale corriendo tras Karen por mucho que Bert y yo intentemos impedírselo y tratemos de que no se marche. Y, cuanto más se aleja por el bosque, menos siento sus emociones, como si se volviesen más y más inalcanzables conforme más distancia pone entre ambos.

Es un *shock* tan fuerte el pasar de saberle cerca a sentir cómo se aleja hasta que ya no puedo percibir sus emociones que apenas puedo concentrarme durante un buen rato.

Ni me había dado cuenta de lo rápidamente que me había acostumbrado a estar vinculada a él de esa forma. A su presencia constante a mi lado, evaporando mi soledad.

—Buenos guardianes estamos hechos —suspira Bert con pesadumbre—. Y eso que te habíamos prometido que ibas a poder ir al mercado tranquilamente. Lo siento.

Eso ahora mismo a mí no me preocupa nada.

—Bert —me giro hacia el Reno con los brazos cruzados, tanto por el frío como por el compendio de emociones conmocionadas y molestas que ahora mismo recorren mi cuerpo de la cabeza a los pies—, ¿tú sabías algo de esto?

Su mueca culpable me deja muy claro que sí.

—Entremos en casa —propone con rostro cansado—. Te contaré lo que sé.

Miro hacia el bosque, hacia el lugar en el que Karen y James han desaparecido, y me debato entre si ir tras ellos o no, pero el Reno me coge del brazo y tira de mí con suavidad hacia el interior de la cabaña.

—Ven —insiste—. No vas bien abrigada para el frío que hace, Eleanor. Cogerás una pulmonía.

A regañadientes, y todavía preocupada por la idea de que James vuelva a perderse en el bosque como Feral y que no sepa cómo volver a casa (que no recuerde cómo volver a encontrarme, idea que me angustia hasta causarme un dolor físico tremendo), me dejo arrastrar por Bert hacia la cabaña porque mis dientes están empezando a castañetear con fuerza.

Insisto en que el Reno se siente en el único sillón disponible, pero él se niega con amabilidad y en cambio cierra la puerta y se apoya junto a la crepitante chimenea con cara pensativa.

—¿Qué es lo que sabes, Bert? —le pregunto una vez el frío abandona mis huesos.

Lo hago con voz suave, como si el tema fuera tan frágil como un corazón herido.

Él aspira una profunda bocanada de aire antes de ponerse a hablar.

—Los grandes gatos son gente complicada, ¿sabes? —me dice—. Suelen ser solitarios y, sin embargo, no hay nada que anhelen más que una familia; que un clan propio. Y hay veces en las que solo se entienden entre ellos… —no termina de hablar, sino que solo suspira de nuevo, desconsolado.

—Karen le ha dicho que prometió matarlo y no pudo —recuerdo con voz horrorizada y enronquecida. No sé si llorar por James, por Karen o por ambos. Posiblemente por ambos—. ¿De verdad él le pidió algo así? ¿De verdad James…?

Yo tampoco puedo acabar de poner esa idea en palabras. Es muy duro oírlo en voz alta.

¿De verdad James hubiera preferido morir a ser Feral?, me pregunto con angustia. Y luego me planteo con crudeza: *¿y yo? ¿Qué hubiera querido en su situación, sabiendo que no hay ninguna promesa real de que puedas llegar a recobrar tu conciencia humana, que quizá pases los próximos veinte años, o setenta, o quizás incluso más debido a que los Cambiantes tienen una esperanza de vida mucho más larga que la de un humano, muriendo lentamente de soledad y hambre, perdido en el bosque o en la tundra?*

No soy capaz de juzgarlo por preferir la muerte a ese destino. Ni a él ni a Karen por no haber podido dar muerte a su querido amigo a pesar de habérselo prometido. No tengo derecho a ello. A mí no me gustaría verme en ninguna de esas dos situaciones.

Me fijo en que Bert ha cerrado los párpados y en que su rostro parece teñido de una profunda tristeza.

—Por mucho que en la agencia siempre tengamos la esperanza de que los demás Ferales vivan el milagro que nosotros vivimos, Eleanor —me confiesa con voz tan baja que apenas le escucho—, las estadísticas no están de nuestro lado.

»Teniendo en cuenta la cantidad de Cambiantes que se sospecha que desaparecen al volverse Ferales en todo el mundo, se calcula que solo en torno a un quince por ciento de nosotros volvemos a recuperar la conciencia humana. Esa es la cruda realidad.

Me ha dejado sin palabras.

—No conocía esos números —respondo con voz acongojada—. Lo siento tanto, Bert…

Son estadísticas realmente terribles, pienso con horror. *¿Podrá James recuperar su forma humana algún día si resulta que las cosas son así para la mayoría de los Ferales?*

La posibilidad de que la respuesta sea un rotundo «no» cobra fuerza con cada nudo que se me hace en la boca del estómago y, aunque ya había imaginado cómo, más o menos, serían las cosas entre nosotros si ello llegara suceder y me había dicho que tendría que resignarme a ello, eso no significa que esa pequeña llama de esperanza que vive en el fondo de mi corazón no acabe de recibir un buen sablazo.

El Reno me sonríe con tristeza.

—Muy pocos los conocen —replica en el mismo tono suave y bajo—. Incluso los Cambiantes preferimos ignorarlos. Fingir que no existe esa posibilidad para la gente que amamos. Por eso nos empeñamos tanto en encontrar a nuestra Alma Gemela. Y por eso nuestras familias celebran por todo lo alto el día en el que eso nos sucede —me revela con una sonrisa—. Es la única manera de preservar nuestro lado humano, ¿sabes?

Asiento.

—Había leído sobre eso último, pero pensaba que lo de la celebración era algo más cultural —murmuro en el mismo tono pensativo y solemne con el que él me habla.

Qué idiota he sido, me doy cuenta, sintiéndome una ignorante y una egoísta.

Aunque supiese de la existencia de los Ferales, una cosa es saber algo porque lo lees en las noticias o lo investigas para escribir un libro y una muy diferente el verlo directamente, como la dura realidad que afecta a la vida de más de la mitad de la población del mundo.

El miedo que sufren los seres queridos de aquellos que no han encontrado a su Predestinado cuando van pasando los años y ello sigue sin suceder. El verse obligado a depender de una persona para no perder tu lado humano, con la que tienes un vínculo místico, cierto; a la que puedes haber amado en mil vidas diferentes, verdad; pero a la que en esta vida y en esta realidad ni conoces ni tienes garantías de llegar a encontrar de nuevo.

Es una realidad cruel la de los Cambiantes.

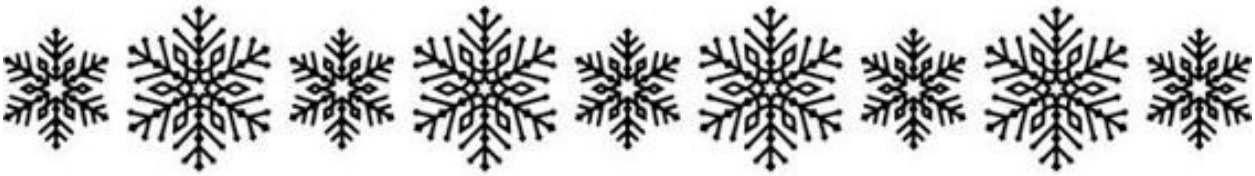
Abro la boca para decirle a Bert qué hacer, pero Berta elige ese momento para llamar a la puerta y el Reno, que me pide que les dé tiempo a los dos gatos para que se tranquilicen y que le deje a él quedarse en la cabaña a recibirlos, me empuja suavemente hacia mi prima y su familia para que me marche al mercado navideño con ellos «a ver si me despejo la cabeza».

Aunque sé de sobra que eso no va a ser ni remotamente posible después de lo que acaba de suceder.



Capítulo 28

La familia que permanece unida ante la adversidad



JAMES

Corro tras «clan, Pantera, mirada astuta», pero ella se transforma en su forma animal y es ágil y más pequeña que yo, colándose por huecos en el bosque que a mí me cuesta atravesar, teniendo que desviarme o escalar los árboles para poder alcanzarla.

«¡Detente!», le rujo mentalmente, enviando mis emociones hacia la oscura amiga llena de dolor rabioso y de una vergüenza que no debería sentir, porque la vergüenza es solo mía.

«Clan, Pantera, mirada astuta, ¡no me temas!», llamo de nuevo, y esta vez parece oírme, porque disminuye el ritmo de su carrera y se queda quieta en lo alto de una gran roca.

Ella abre la boca y suelta un gruñido que es una mezcla de dolor y de interrogación, y de repente cobra forma humana y se alza ante mí, cubierta tan solo con su oscura piel humana.

—Te he fallado, Jamie —llora, y el verla llorar me resulta angustioso porque, aunque no recuerde por qué «clan, Pantera, mirada astuta» es familia, mis huesos sienten que lo es—. Pero, aun así, no me arrepiento de haberte fallado, joder. Aunque verte así me mate, compañero, es preferible a haberte matado como te prometí que haría. Como creí que podría hacer…

Emito un arrullo para calmarla, pero ella solo cae de rodillas y llora con más fuerza. Su vergüenza y su rabia son tan inmensas como un mar embravecido.

Me acerco a ella y la empujo suavemente con el morro para llamar su atención y sacarla de su estado de autocompasión.

«Perdón; culpa; mi vergüenza; no la tuya; no cargues con ello, amiga mía», trato de transmitirle cuando me mira, temblando por sus sollozos. Mis pensamientos son más coherentes

que antes, cuando intentaba con todas mis fuerzas poner voz a mis emociones, pero mi sangre de Tigre se las tragaba y en mi mente solo había «hambre, soledad, miseria, morir lentamente. ¿Dónde compañera?».

—Oh, Jamie —gruñe frotándose los ojos con movimientos coléricos para limpiarse las lágrimas—, fui yo quien se ofreció a hacerlo cuando hablamos de la puta soledad. De la posibilidad de tu Feralidad. La que te dijo que comprendía tus miedos y que no te dejaría pasar solo los próximos putos veinte años como me pasó a mí. Fui yo la que te dijo que te mataría.

Rujo como protesta y ella me grita como respuesta, alargando sus colmillos.

—Es mi culpa, no la tuya. *¡Mía!* —sisea con furor, y el hecho de que comprendo todas sus palabras despierta algo en mi mente que estaba dormido hasta que conocí a «Compañera. Alma Gemela. Preciosa Eleanor» y que cobra fuerza con cada minuto que paso junto a mi Predestinada.

»Y, aun así, no me arrepiento de haber faltado a mi palabra. ¿No te das cuenta? No tienes que sentir vergüenza, ni pedirme perdón, ni decirme que soy tu amiga cuando, si ella no hubiera aparecido, habrías muerto en el puto bosque solo y en la más absoluta miseria. *Por mi culpa.*

Trato de consolarla de nuevo en ese lenguaje de pensamientos entremezclados con emociones que solo alguien que ya ha sido Feral (o Eleanor) puede entender, pero Karen solo llora, cargando con una culpa que solo mi constante compañía durante las horas que tarda en desahogar su corazón calma lentamente.

Sus heridas me hacen sentir culpable, aunque mi mente de Tigre no comprenda todavía del todo lo que es la culpa en toda su complejidad y extensión.

Solo cuando la necesidad de ver a nuestros Predestinados nos llama de vuelta a casa regresamos sobre nuestros pasos, ambos en forma animal, pensativos y más unidos que antes porque, aunque a ella le cueste aceptar que la he perdonado y que lo que me va a costar más es perdonarme a mí mismo el haber aceptado un pacto así entre nosotros, sé que al final ambos lograremos sanar de esto. Y que nuestro vínculo de hermandad será más fuerte que nunca cuando capeemos el temporal, vuelva o no vuelva yo a recobrar mi forma humana algún día.

Aunque parte de mí, que es un poco más humana que antes y comprende la gravedad de lo que me sucede, tiene esperanza de que el milagro de volver a ser yo mismo sin que mis pensamientos más primarios amenacen con tragárseme ocurra, para poder amar así a Eleanor como se merece: como hombre y como bestia.

Con todo aquello que soy, al completo y sin tapujos.



Capítulo 29

El mercado de Navidad



ELEANOR

Bert insiste en que me marche al mercado con los Whitefox, ya que de todas formas no sabemos cuándo van a volver James y Karen. Está claro que necesitan tiempo para poner en orden su relación de profunda hermandad y la culpa que los asola a ambos por el estado del Tigre.

—Tía Eleanor —llama Davinia tirando suavemente de mi mano—, ¡mira, hay caballos! Vamos a verlos.

—Qué bonitos son —le sonrío, y me dejo arrastrar hacia ellos—. ¡Berta, me llevo a Davinia a ver los caballos! —aviso a mi prima, que asiente en mi dirección y vuelve a hablar con su marido y la familia de este.

Escucho a la pequeña hablar animadamente del mercado y trato de responder con sonrisas y sonidos de aquiescencia, pero mi mente está en otra parte. Al igual que mi corazón.

Es extraño y preocupante el vacío que siento en el pecho desde que ya no percibo a James cerca. Desde que sus emociones ya no están junto a las mías, esperando ser leídas como un lenguaje que solo él y yo podemos entender. Sé que tal vez atarme emocionalmente a alguien de esa manera tan profunda no es saludable por muy Alma Gemela mía que sea, pero mi corazón no puede evitarlo por mucho que mi cabeza le advierta que tenga cuidado con eso.

No quiero ser dependiente emocionalmente de nadie hasta el extremo de que, si James no vuelve a recuperar su forma humana o las cosas no funcionan y él se marcha de nuevo, yo me quede rota por dentro e incapaz de encontrar motivos para seguir viviendo.

Ya permití que un hombre casi me destruyera una vez. No porque amara a Roberto (todo lo contrario, solo me sentía atraída por él y, al principio, me hacía reír y era buena compañía, pero jamás me enamoré si soy honesta conmigo misma), sino porque le dejé juzgarme. Le permití

decirme quién y qué era. Y eso casi me rompe mentalmente una vez.

Debo ser fuerte y aprender a vivir sin James si ese día llega. Lo sé. Pero eso no significa que la mera idea no me resulte difícil y cruel. Es como caer en picado hacia un abismo tras haber rozado el cielo; tras haber tenido un breve vistazo de lo que podría haber sido y de la felicidad, de la compatibilidad, de pasar una vida entera junto a alguien que te comprende profundamente, que ve tus más y tus menos y, aun así, te ama tal y como eres.

—Tía, ¡estás en babia! —ríe Davinia sacándome de mis negros pensamientos.

Sacudo la cabeza mentalmente y le sonrío, diciéndome que lo que debo hacer ahora es disfrutar de mi tiempo en familia, y no pensar en lo que podría llegar en el futuro.

—Perdona, cariño —me disculpo—. Estaba pensando en otras cosas.

—Se te nota —asiente la pequeña, tirando de mi mano de nuevo para acercarnos un poco más a los animales con los que está tan fascinada.

—Son muy bonitos —observo, mientras veo como uno de los cuidadores de los caballos le frota un costado del equino rostro y este relincha de felicidad contra sus dedos.

Ni los animales ni sus cuidadores parecen verse afectados por el frío que a mí me cala hasta los huesos, pienso escondiendo la cara un poco más en mi gruesa bufanda. Echo un vistazo a mi alrededor y veo gente divirtiéndose. Y algunos van en ropa que sería más apropiada para el verano que para el invierno. *Al igual que los Whitefox. ¿Es que los Cambiantes no sienten nunca el frío o qué?*

Davinia llama mi atención de nuevo apretando mis dedos enguantados con los suyos, desnudos y calentitos.

—¿Sabías que no hay Cambiantes de caballo? —me dice la chiquilla de manera excitada, pegándose todo lo que puede a la valla de madera que separa a los corceles del público, lleno de niños que se agrupan para ver a los bellos caballos de largo y grueso pelo que resoplan felizmente con las atenciones recibidas por las pequeñas manos que les ofrecen paja y zanahorias, como ella misma hace—. Dicen que antes los había, pero que se murieron todos hace muchos años.

—¿Ah, sí? No lo sabía, cariño —respondo, intrigada por un dato que no conocía.

Creía que traerían renos al mercado, no caballos, me digo con curiosidad al no ver ni un

solo reno a la vista. El enorme trineo de Papá Noel que hay en el centro de la plaza tiene, en cambio, un reno de madera tallada sentado en el asiento delantero en vez de al famoso hombre que siempre va de rojo y blanco.

Es la celebración de Navidad más curiosa que he visto nunca, pero la gente se lo pasa genial en el más de un centenar de puestos bellamente adornados que venden de todo. Desde vino caliente y especiado hasta casitas de jengibre y demás cosas tradicionales. Incluyendo una caseta donde un guapo hombre algo gruñón y su feliz compañera venden las tallas de madera más increíbles que he visto jamás y algunos cuadros que me dejan boquiabierta, que decido inmediatamente que quiero que adornen mi casa en cuanto venda el piso de Madrid y me instale aquí tras comprar mi propia casita.

Cuando terminamos de ver y alimentar a los caballos, guío suavemente a Davinia hacia la caseta de las manzanas con caramelo en la que su familia nos espera haciendo cola cuando mi prima me hace un gesto para que nos acerquemos, aunque me cuesta que deje atrás a los animales.

—¿Qué tal lo estás pasando? —me pregunta mi prima.

Davinia se suelta de mi mano para ir corriendo con su hermano y su padre a elegir manzanas, cuyos caramelos tienen colores y sabores diferentes.

—Es precioso —le digo—. Nunca había visto un mercado navideño tan bonito.

Oigo una risa profunda y ronca provenir desde el otro lado de la plaza y mi cabeza se gira hacia ella de manera automática, preguntándose sin mi permiso cómo sería escuchar reír a James.

—Estás muy distraída —suspira Berta, apartándome un mechón de la frente que se me ha salido del sombrero de lana—. Casi te puedo oír pensar de lo intensamente que lo estás haciendo.

Me río quedamente y me giro hacia ella con una mueca de disculpa.

—Perdona, no puedo dejar de pensar en James y en si sabrá cómo volver a la cabaña o no —le explico—. En todo, en realidad. Solo he pasado unos días con él y ya se me hace raro no sentirle cerca. Y no sé qué pensar al respecto. Sé que no debe de ser muy saludable.

Ella suspira.

—Ya me imaginaba que sería algo así.

Sus dedos desnudos y su ropa, mucho más ligera, contrastan con las capas que yo llevo yo encima. El pequeño Fernando me ha dicho antes, riéndose de manera adorable, que mi chaquetón verde me hace parecer una lechuga.

—Mira, Eleanor —me dice en español—, las emociones que pueden sentirse con un Cambiante pueden llegar a sermás…, cómo decirlo, *intensas* que con un humano. Es por lo de ser Almas Gemelas, ¿sabes?

»Ellos, bueno —se corrige con una sonrisa, incluyéndose a sí misma—, *nosotros* tenemos leyendas sobre que las Almas Gemelas son personas que se han amado profundamente desde el inicio de los tiempos. Vida tras vida. Buscándose una y otra vez en diferentes formas. En diferentes cuerpos y especies y demás cosas.

—Leí sobre ello una vez —le confieso en la misma lengua—, pero no esperaba sentirme así en carne propia. Es como si James, a pesar de ser Feral, no sé, encajara en mi vida. Como si parte de mí le hubiera estado esperando. Buscándole.

Ella mira a su marido y le sonríe con amor.

—Sean o no sean ciertas esas leyendas —añade en voz queda—, lo que importa es que, además de ser compatibles física y mentalmente, podáis ser felices el uno con el otro. —Se gira hacia mí y se me queda mirando. Siento que sus ojos, siempre tan sabios, pueden verme hasta el alma.

»Eso es lo que te preocupa, ¿verdad? Si vas a poder ser feliz con James si él jamás deja de ser Feral. O si algún día su mente vuelve a ser completamente animal y desaparece en el bosque de nuevo.

Se me hace un nudo en la garganta, así que elevo la vista hacia el cielo. Hacia los miles de luces que adornan toda la plaza y aún más arriba, hacia las estrellas, más brillantes de lo que jamás las había visto antes de llegar a Green Valley, como si brillaran con más fuerza solo para los ojos de los que residen en esta bella ciudad.

Solo pensarlo duele de nuevo como si me arrancasen el corazón. Pero sé cuál es mi respuesta, porque no puede ser cualquier otra.

—Lo intentaré —digo temblando, observando mi aliento haciendo vaho en el frío aire invernal.

Berta coloca una taza caliente de vino especiado en mis manos y abre la boca para decirme algo, pero sus palabras quedan engullidas por el poderoso rugido de un animal que ahoga cualquier otro ruido del mercado. Y que llena mi mente de emociones que no son mías.

James está aquí.

Y la gente está empezando a entrar en pánico.



Capítulo 30

Una cabalgata navideña de lo más curiosa



ELEANOR

La gente, alarmada por el rugido que reconozco como el de James buscándome y llamándome entre el gentío, se mezcla con la algarabía de aquellos que, casi al mismo tiempo, gritan de emoción al ver que la cabalgata navideña de Green Valley ha dado inicio desde el final de la calle mayor y está entrando en la plaza.

—¡James está aquí! —le grito a mi prima cogiéndola del brazo.

—Me he dado cuenta —replica ella con cara de alarma.

—Le siento cerca.

Miro hacia la dirección en la que sé que está, pero hay tanta gente que sortearlos a todos va a ser como cruzar un mar embravecido a nado sin saber nadar: una tarea casi imposible.

—Eleanor —me pide Berta con urgencia, cogiéndome ella a mí cuando me ve la intención de echar a correr apartando a la gente que se acumula en las aceras para ver la cabalgata como pueda—, deja que los del refugio de Ferales se encarguen. He visto a Jane y a Sorren Wolf…

—No puedo —le digo a mi prima con una mirada que me pide comprensión—. No puedo dejarlo solo. Tengo que encontrarle o asustará a todo el mundo.

Ya hay gente huyendo de él en dirección contraria a la nuestra, aunque la mayoría de los asistentes al evento ni se han dado cuenta.

Me suelto de ella y me meto entre el gentío. Es tan asfixiante como me había temido. Aunque la gente de esta ciudad suele ser educada, los padres se afanan por llevar a sus cachorros a ver la colorida cabalgata con carros adornados en colores brillantes, que reparten regalos y chucherías para los críos, y empujan a los demás hacia delante, yo incluida.

Y no es que yo sea particularmente fuerte, así que no tardo en ser aplastada entre dos altos

hombres que llevan a sus chiquillos subidos en los hombros y que, sin ni siquiera darse cuenta, me empujan hasta que tropiezo con la valla y caigo en la carretera donde se celebra la cabalgata.

La gente grita con espanto al verlo, pero yo apenas me doy cuenta de que tengo uno de los pesados carruajes encima a punto de aplastarme hasta que elevo la vista y me encuentro cara a cara con el hocico de un Tigre.

James, pienso con alivio cuando él me coge de la chaqueta con la boca y me levanta, echando a correr entre las carrozas con agilidad.

Oigo el vitoreo aliviado de las personas que le han visto salvarme, y también el de aquellos que creen que somos parte del espectáculo. Incluso uno de los cachorros Cambiantes me señala y, al verme vestida de verde, le grita a sus padres que debo de ser una de las elfas de Santa Claus.

James me saca de la cabalgata subiéndose a uno de los carruajes y saltando ágilmente varios metros por encima de las cabezas de los espectadores, que gritan y aplauden de nuevo al vernos.

Yo, en cambio, chillo de la sorpresa de verme casi volando cuando él trepa cargando conmigo con una agilidad pasmosa por una de las fachadas de los altos edificios de la plaza y nos sube a los tejados, depositándome en un lugar seguro.

—Me has encontrado.

Me giro hacia él y lo abrazo con todas mis fuerzas con alivio, hundiendo mi rostro en su suave pelaje y sonriendo como una tonta de felicidad.

«Compañera», susurra una voz feliz dentro de mi cabeza, masculina y rebosante de preocupación.

James emite una serie de sonidos que, si hubiera sido humano, seguro que habría resultado ser una buena regañina.

—No me he caído a propósito —replico—. Me han empujado sin ni siquiera darse cuenta. Esos dos Cambiantes eran tan enormes que ni me han visto. Me sentía como una enana entre tanta gente alta.

La población Cambiante creo que tiene de altura media en torno al metro ochenta. Yo apenas paso del metro sesenta. Parecía una elfa enana al lado de toda esa gente.

James refunfuña de nuevo, pero está tan aliviado de que yo esté bien que frota su hocico contra mi costado, ronroneando, feliz de verme a salvo.

—Yo también te he echado de menos —suspiro, soltando una risotada de inesperada felicidad al sentirnos conectados de nuevo ahora que está a mi lado—. ¿Has arreglado las cosas con Karen?

Sus emociones me dicen que sí.

—Qué alivio. Me alegra mucho por los dos.

Vuelvo a hundir mi rostro en su pelaje y tiemblo un poco por el frío, ya que he perdido el gorro de lana en la caída y mis orejas se están helando. Seguro que ya estarán rojas. Apenas las siento.

El móvil me suena en el bolsillo de la chaqueta y al sacarlo y desbloquear la pantalla veo que es un mensaje de Berta preguntándome si estoy bien, al que respondo con un rápido audio de que todo está genial y que James y yo estamos juntos (aunque no sé si eso último la aliviará. Mi prima parece especialmente asustada de los Ferales).

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunto a James, apartándome lo suficiente como para ver la plaza y la cabalgata, que sigue en curso bajo nuestros pies.

La vista desde aquí arriba es impresionante. Puedo ver la ciudad extendiéndose a nuestro alrededor, iluminada por las luces de Navidad, tanto el centro de la misma con su mercado de casitas de madera y sus muchas calles amplias y ajardinadas como los suburbios, además de las tierras boscosas de los diferentes clanes de Cambiantes que las habitan.

Es todo tan bello que se me olvida hasta el frío.

Aunque lo más bello de todo son las estrellas. El cielo está tan cuajado de ellas, tan brillante y tan colorido, que hasta las luces navideñas palidecen en comparación.

—Oh, James. Esto es tan bonito. Jamás había visto algo así.

Su mente roza la mía con afecto y amor por la tierra que él mismo también eligió para vivir.

Me siento sobre el tejado, sintiéndome a salvo y sabiendo que él me cogerá antes incluso de que pueda dar un paso en falso, y él se acurruca a mi alrededor, resguardándome del frío con el intenso calor de su cuerpo.

Durante las horas que dura la cabalgata, las preocupaciones parecen desaparecer del todo de nuestras mentes. No hay miedo a un futuro sin el otro, o con el otro pero infelices con su Feralidad, con no poder hacer el amor o besarle o, más importante todavía, hablar con él libremente de cualquier cosa y que él haga lo mismo conmigo.

No hay preocupación por el futuro, ni ansia por el presente, ni el dolor del pasado.

Flotamos juntos en un momento de pura paz, rodeados de la luz que nos ilumina los rostros con su calidez, tanto la del cielo como la de la tierra.



Capítulo 31

Un paseo bajo las estrellas



ELEANOR

Volvemos saltando de tejado en tejado conmigo subida a su lomo una vez la plaza empieza a despejarse y la mayoría de las casetas navideñas han bajado sus persianas.

Nunca me había reído tanto en la vida como durante esa carrera sobre los tejados de la ciudad, especialmente cuando la gente se asoma y nos ve, y algunos de los niños gritan que soy una de las elfas de Papá Noel al reconocerme como la mujer vestida de verde de la cabalgata.

Las carcajadas salen de mi pecho a montones hasta dejarme los pulmones helados y adoloridos, como si hubiese sido yo la que corría una maratón en este clima. Aunque parte de mi diversión es debida a que puedo sentir la de James, que envuelve la mía con su cálido afecto, aumentando cuando me escucha reír.

Cuando llegamos a las carreteras que llevan a los suburbios o a las tierras de los clanes, James desacelera el paso y hay más cautela en la forma en la que observa el bosque a ambos lados del camino.

—¿Qué es lo que sucede? —le pregunto cuando noto su reserva.

«Nos vigilan», se oye claramente su voz en mi cabeza.

Es la tercera vez que ello pasa, pero esta vez su voz ha sido alta, clara y bien definida, y ello hace que el aliento se me atasque en los pulmones de la ilusión y la esperanza y que me olvide momentáneamente de que para llegar a la cabaña, que está cerca de donde vive mi prima con su pequeño clan, hay que atravesar dos barrios de casas que seguramente están habitadas por Cambiantes que notan a un Feral cerca y un camino que cruza el territorio del clan Hiena, según tengo entendido.

Camino en el que estamos ahora tras haber abandonado la zona más habitada con sus bellas casas de dos plantas rodeadas de frondosos jardines.

—¿Hienas? —susurro quedamente, aunque estoy segura de que cualquier oído Cambiante habrá captado mi voz.

Las emociones de confirmación de James hacen que preste más atención a ambos lados del bosque que nos rodea, pero no veo nada.

«Uno a la izquierda. A dos metros», responde el Tigre en mi cabeza, acelerándome el corazón al oírle tan claramente. «Otro a la derecha. Siguiéndonos los pasos».

—Oh —dejo salir el aire de mis pulmones, aunque las Hienas no me preocupan lo más mínimo (por mucho que sepa que seguramente si quisieran atacarnos nos veríamos en un verdadero aprieto).

Sonrío como una tonta hasta que cruzamos el bosque del clan Hiena y llegamos a la cabaña alquilada, situada en el límite del mismo, en la zona de territorio neutro que colinda con la pequeña (en comparación) parcela del clan Whitefox.

Estoy tan feliz de haber oído su voz que ya ni siento el frío que definitivamente me ha congelado las orejas.

Me río cuando desciendo del lomo de James y abro la puerta de la cabaña, quitándome las botas y dejándolas a un lado, sobre el felpudo, para no estropear aún más el suelo del pobre lugar. James, que entra tras de mí, cierra la puerta con una de las patas traseras para que el aire frío no me siga molestando mientras yo me dirijo hacia el baño.

—Necesito una ducha caliente y un cambio de ropa, ¿vale? —le digo por encima del hombro—. Estoy helada.

Él asiente. Un movimiento tan humano que, una vez más, mi traicionero corazón late con fuerza al verlo.

Cuando salgo del baño un rato después, sigo sonriendo como una boba hasta que veo el desastre que hay en la chimenea.

Y a James cubierto de hollín y con sus emociones, y su curiosamente expresiva cara gatuna, completamente frustradas e indignadas consigo mismo.

Me echo a reír cuando, al acercarme, veo que ha intentado encender el fuego él solo y que hay una caja de cerillas enteramente rota por sus enormes garras en el suelo.

Aunque la chimenea sí que está llena de leña, apilada de manera cuidadosa por un Tigre que quiere hacerme entrar en calor.

—Gracias por el intento —señalo con una sonrisa, abrazándole sin importarme que se me llene el pijama de pelos de Tigre—. Pero deja que yo encienda el fuego, ¿vale?

Él refunfuña un poco, pero vuelve a asentir. Y el aliento se me atasca ligeramente una vez más.

No pongas tantas esperanzas en esos pequeños gestos humanos, me recuerdo con firmeza mentalmente. Pero eso no significa que mi corazón vaya a hacerme caso. O que mi cabeza no sienta que sus emociones son cada vez más discernibles y menos animales y que el sonido de su voz se haya hecho más claro. Más a como imagino que debe de sonar James como humano.

Cierro los ojos, me trago las súbitas lágrimas que estúpidamente se me acumulan tras los párpados sin que yo les dé permiso, y enciendo el fuego de la chimenea con el encendedor de la cocina.

En vez de irme a la cama, hago aquello que ya se ha convertido en una costumbre entre ambos al llegar la noche: él se tumba con su cuerpo medio metido bajo el árbol y la cabeza cerca de la chimenea y yo me acurruco contra su costado.

Pero esa noche, a pesar de la aventura que acabamos de vivir y el cansancio que se me acumula en los huesos, el sueño tarda en venir. Mis labios, en cambio, no pueden dejar de moverse. Como si quisieran revelarle mi alma a James con palabras, ya que no puedo hacerlo Emparejándome con él en su forma Feral, al sentir el hambre que él tiene de saber todo lo que yo soy y todo lo que yo pienso.

Al sentir sus emociones queriendo abrazar las mías como su cuerpo de Tigre es incapaz de hacer.



Capítulo 32

La decisión de Eleanor



ELEANOR

Suelto un suspiro cuando siento el roce de su curiosidad sobre mí en mi mente una vez más. Quiere saber más de mí. Saberlo todo, de hecho. Todo aquello que desee compartir, sin tapujos ni vergüenza.

¿Qué tendría de malo contarle quién soy, lo que pienso y lo que siento?, me planteo, medio amodorrada por lo a gusto que estoy junto a él. Por lo a salvo que me siento, no sólo físicamente, sino mental y espiritualmente.

Si hay alguien que jamás va a juzgarme cruelmente y con malicia en el mundo, haga lo que haga y sienta lo que sienta, ese es probablemente James, deduzco, y sé que estoy en lo cierto con todo mi corazón como sé que las estrellas siguen brillando en el cielo, aunque ahora mismo no pueda verlas con mis propios ojos.

Él es alguien a quien, si le revelara los huecos más oscuros de mi alma, tal vez compartiera los suyos en vez de avergonzarme por los míos y hacerme sentir que debo cambiar para ser aceptable socialmente, como mucha gente me ha hecho sentir desde que era esa niña introvertida que prefería fantasear a jugar a la comba.

Hay cosas que ni siquiera me he atrevido a contarle a mi querida prima Berta, que me conoce bien pero no del todo, ya que al fin y al cabo han pasado doce años desde que nos vimos por última vez.

En parte porque no quiero amargarla a ella con mi amargura y en parte porque, aunque hayamos vuelto a conectar y la quiera, sigue habiendo cosas que mi garganta se traga cuando trato de hablar de ellas.

Pero eso no me pasa con James, que acaricia mi mente con tanta ternura de una forma más

íntima de lo que el contacto físico jamás podría ofrecerme.

—Soy escritora, ¿sabes? He sabido que quería serlo desde que era muy pequeña y, aunque me costó poder llegar a vivir de lo que escribo, al final lo conseguí a base de perseverar —empiezo a hablar de algo fácil: mi gran pasión.

Me reacomodo junto a él sobre la alfombra, apoyando mi mejilla sobre su pecho para escuchar los latidos de su poderoso corazón.

—Creo que he vivido en los libros más que en la realidad durante mucho tiempo, si te digo la verdad —le confieso con una voz lejana y pensativa, estirando los pies hacia la chimenea—. Antes incluso de ganarme el pan escribiendo, mi mente casi siempre estaba soñando despierta —sonrío con algo de pesar nostálgico—. De niña era muy solitaria. Me resultaba difícil hacer amigos.

Él me acaricia la mente con afecto y las palabras «a mí me pareces fácil de querer», resuenan en mi cabeza, haciendo que la voz se me apague debido a la intensidad con la que late mi corazón durante unos instantes por la emoción y el agradecimiento de que me diga algo como eso. Algo que nadie me ha dicho hasta ahora.

Cierro los ojos y lo abrazo con fuerza un buen rato. Y solo cuando me calmo, cuando esas palabras que me han llegado hondo dejan de afectarme tanto, lo suelto y vuelvo a centrarme en hablarle de mi vida porque él me lo pide una vez más mentalmente.

—Sufrí acoso escolar durante años —prosigo, tragando saliva para centrarme en el pasado una vez más—. Cuando iba al colegio, soñaba despierta con estar en otro lugar. Volar a lomos de dragones o correr por el bosque, libre de acosadores que me pegaban chicles en el pelo y todas esas cosas que los niños hacen cuando señalan a la víctima de turno en cada escuela.

Recordarlo es duro, pero al menos es un pasado lejano.

James frota su mejilla contra mi rodilla y me rodea con la calidez de sus emociones una vez más, y ello logra borrar el difuso dolor de aquellos años y me hace sonreír al sentirme querida.

Paso la mano por su pelaje para acariciarle bajo una oreja, haciéndole ronronear.

—Aunque lo más terrible de mi infancia fue tener que lidiar con la pérdida de mis padres y tíos, que lo empeoró todo…

La historia sale de mis labios como si se la contara a un confidente, abriendo mi corazón sin

tapujos. Cosa que jamás había hecho hasta ahora. Y él escucha con atención como si bebiera de mis palabras. Porque quiere entenderme tanto como yo quiero entenderlo a él.

Sus emociones son algo cálido y lánguido cuando rozan mi mente con afecto una y otra vez, dándome ánimos, consolándome y haciéndome sentir amada y aceptada, y yo me deleito en ello, feliz de poder sentirle junto a mí y dándome cuenta de lo mucho que había anhelado tener a alguien a quien amar.

De lo mucho que anhelaba ser amada, también.

—Mis padres y los padres de mi prima Berta murieron juntos en el mismo accidente —le cuento con voz afectada.

Todavía duele al recordarlo. Los rostros de mis padres son algo difuso en mi memoria, ya que fallecieron cuando yo era muy joven, pero el amor que sentía por ellos es algo que recuerdo hasta la médula. Y también lo mucho que los echo de menos.

—Aquello nos cambió la vida para siempre a las tres: a mi prima, a la abuela y a mí.

En palabras más fluidas de lo que lo han sido en mucho tiempo y sin un ápice de ansiedad, le explico cómo poco a poco mi imaginación llegó a ser la parte más dominante de mi vida, ganando en intensidad cuando empecé a escribir mis propias historias como una vía de escape, en los días en los que el luto era especialmente fuerte.

—No hay día en el que no imagine algo —le explico cerrando los párpados y disfrutando de la extraña e íntima comodidad que se ha establecido entre ambos—. Un diálogo, una escena…

»A veces la misma una y mil veces con pequeñas variaciones —me río—. Soy una perfeccionista con mis libros. En ocasiones mi imaginación es algo que me hace reír aun cuando no hay nadie a mi alrededor —suelto un suspiro cuando llega lo siguiente que voy a contarle—. Y Roberto lo detestaba.

Hablar de mi ex es más fácil de lo que lo ha sido hasta ahora. Me siento tan reconfortada por la presencia de James, arropada y escuchada, que los desprecios y crueldades de Roberto me parecen mucho más lejanos y mucho más nimios de lo que me lo parecían hace un mes, cuando casi me hunden de nuevo en la depresión al cruzarme con él por la calle y volver a recibir sus maliciosas burlas cara a cara.

—Él odiaba verme «ida», como me decía con desprecio, mientras yo imaginaba el próximo

capítulo de la novela en la que estaba trabajando en ese momento, con la mirada perdida en mi imaginación antes de ponerme a escribir… —A pesar de todo, mi voz sale mucho más apagada que antes y el Feral lo nota.

El Tigre acerca su morro a mi mejilla y pega su fría nariz a mi piel, sobresaltándome y haciéndome reír por la sorpresa. Y eso me saca del todo de la tristeza que estaba resurgiendo levemente en mi corazón.

Estoy a salvo, me recuerdo. *Roberto ha quedado atrás para siempre. Ya no puede hacerme daño.*

—Mi ex era un cabrón —le confieso a James, pasando mis brazos por su cuello para abrazarlo.

Ponerlo en palabras me ayuda a verlo en perspectiva, como cuando mi psicóloga me ayudó a analizar las cosas con calma y a darme cuenta de que el problema no era mío, sino de él.

—Roberto siempre me hacía sentir que era menos que él —susurro—. Inestable. Frágil y débil. Dependiente y rota. Lo peor de su maltrato era la parte psicológica, aunque me avergüenza decir que incluso llegó a pegarme un par de veces sin que yo fuera capaz de defenderme, haciéndolo parecer un «accidente», antes de que reuniera el valor para dejarlo.

El Tigre gruñe con cabreo contra un hombre que está a miles de kilómetros de aquí y que jamás volveré a ver, y yo beso su frío morro y rasco entre sus orejas hasta que ambos estamos mucho más relajados y el recuerdo de Roberto es algo tan lejano como su persona.

El resto de la historia sale del tirón. Porque no fue solo el comportamiento de Roberto lo que me marcó. Fue el de sus amigos y, especialmente, el mío: lo desamparada, débil y amargada que me sentía día tras día, y lo mucho que me odiaba por ello. Lo deprimida que estaba y lo poco que valoraba el estar viva.

—Él invitaba a sus amigos, que me trataban con desprecio, a pasar los sábados en mi piso sin mi permiso y sin ni siquiera preguntarme si podían venir o no —recuerdo con una ira distante pero igual de ardiente que cuando ese sufrimiento era algo más reciente—. Se reían de mí. De mi trabajo, de mi aspecto físico, de mi manera de hablar…

Solo recordarlo me retuerce las tripas del disgusto.

James me rodea con su cuerpo como si quisiera ser un escudo contra los recuerdos,

ahuyentando el malestar con su evidente afecto sobreprotector.

Le sonrío una vez más sin poder evitarlo y hundo mi nariz en su pelaje, disfrutando de unos segundos de paz y silencio antes de volver a sentir su morro frío sobre mi muslo, y ese pequeño roce de su mente contra la mía tan bello y tan lleno de amor, como si me dijera que si quiero seguir hablando, él me escuchará, aunque esté demasiado enfadado con mi ex como para hablarme mentalmente en esta ocasión.

La rabia que siento arder bajo su piel contra Roberto y sus amigos hace que me estremezca. Esta extraña capacidad de sentir sus emociones se está volviendo cada vez más fuerte. Y quizá es una locura que no me dé miedo, pero ya nada de eso me importa.

—Roberto ya no volverá a mi vida jamás —prosigo para centrarme en algo que no sea los cambios en mi cuerpo, que se siente caliente y sensible una vez más como me pasó durante el celo—. Y sus amigos tampoco. Fue un infierno echarlo de mi entorno. Quiso aferrarse a mí como una sanguijuela. Pero lo logré. Y estoy orgullosa de ello.

Suspiro y me reacomodo de nuevo contra su cuerpo, ahogando un bostezo de cansancio.

—Me juré que iba a hacerme más fuerte después de todo eso. Que aprendería a apañármelas por mi cuenta y a no sentirme sola jamás —me río con tristeza al pensar el ello—. Pero eso último es algo muy difícil, sin importar lo independiente que una se vuelva.

Él emite un sonido bajo y gutural. Abro los párpados y le sonrío de nuevo, esta vez con mucha más calma. Contarle esto ha sido como quitarme un gran peso de encima. Aunque comparado con sus problemas, los míos parecen nimiedades.

Lo cierto es que hay cosas, personas más concretamente, que acaban amargándote la vida durante mucho tiempo, y que a veces necesitas poner en palabras las cosas que ellos te han hecho para poder dejarlas ir.

—¿Sabes?, creo que por mucho daño que mi ex me hiciera, no quiero renunciar a mi sueño de tener un compañero y de formar una familia solo porque di con una fruta podrida una vez… —le confieso—. Quizá eso realmente es la definición de ser fuerte para mí, aunque me haya costado verlo así. Aunque necesitara saber que existías para descubrir que esos sueños siguen vivos dentro de mí a pesar de todo.

Él emite uno de sus arrullos que me llenan de ánimo, pero no deja de mirarme fijamente. Tengo la sensación de que, si Roberto estuviera en Green Valley, mi Tigre le daría caza y le

arrancaría la cabeza de un mordisco.

—Y ahora…, bueno —le sonrío de oreja a oreja, sintiéndome tímida y cohibida de repente —, me gustaría conocerte e intentar cumplir esos sueños contigo algún día, si tú quieres. Tú ya lo sabes todo de mí, al fin y al cabo. No hay mucho más que contar, me temo.

Su respuesta me pilla por sorpresa. Mi mente se llena de una sensación de pura felicidad, de júbilo, de afecto y de esperanza, que emana de él en oleadas acompañadas de un rotundo «sí quiero» que suena a promesa y a anhelo a la vez.

Al sentirlo, me río con tanta felicidad que parece que el corazón va a estallarme en una andanada de fuegos artificiales tan luminosa como el sol.

—Entonces, James —le digo con emoción, y beso su peluda mejilla—. Ya sea como hombre o como animal, espero que algún día puedas compartir aquello que desees contarme de ti mismo. Porque yo te prometo que siempre te escucharé sin juzgarte, como tú acabas de hacer conmigo. *Siempre*.

La ternura con la que sus ojos verdeazulados me miran me deja claro que ha entendido el mensaje alto y claro. Y que él también está deseando poder revelarme su alma algún día.

Así que me juro a mí misma que esperaré el tiempo que haga falta para poder oír su voz y aprender quién es él como persona. Aunque tarde una vida entera en poder hacerlo.

Y aunque el corazón se me rompa una y mil veces cuando la esperanza de que él vuelva a ser humano se quiebre al estamparse contra su piel Feral.



Capítulo 33

Mi querida Alma Gemela



ELEANOR

La noche siguiente, tras una visita inesperada de mi prima y su familia, con abrazos compartidos (aunque Chris y ella miran con recelo a James todavía, por muy tranquilo que se quede en su rincón bajo el árbol durante toda la reunión) y deseos de año nuevo (ya que esta noche es la última noche del año), acepto la invitación del pequeño clan Whitefox para pasar la Nochevieja con ellos, aunque me rompe el corazón que James vaya a tener que quedarse fuera de la celebración.

—No te preocupes —me asegura Bert Reindeer cuando lo llamo después de que mi prima, que se ha negado en rotundo a que yo no asista a la cena, se marche—, nosotros nos quedaremos con él en tu cabaña. Estar rodeado de tu olor ayudará a mantenerlo tranquilo. Y, si la cosa se tuerce un poco, entre todos podremos controlarlo para que no te siga.

—¿Estás seguro? —no puedo evitar preocuparme.

—¡Claro! Tú disfruta de la fiesta con tu familia. Jamie estará bien con nosotros —insiste él.

Cuando colgamos, a pesar de que estoy más tranquila, sigo teniendo una extraña sensación en la boca del estómago de que las cosas no van a ir exactamente como las hemos planeado.

Las emociones de James rozan las mías enviándome una oleada de calma y paz y yo le sonrío y le acaricio las sensibles orejas.

—Solo serán unas horas —le digo, y luego suspiro—. Es extraño, ni siquiera te conozco bien y, aun así, mi corazón me dice que te he conocido desde siempre. Me lo repite una y otra vez.

«El mío también», me dice su voz en mi cabeza.

Una vez más, el aliento se me atasca en los pulmones cuando lo oigo. Esta vez sus palabras han sido mucho más coherentes que las otras veces.

Voy a tener que hablar con las personas de la agencia sobre esto, me digo a mí misma. *Ellos fueron Ferales, tal vez sepan si es normal que James me hable mentalmente de vez en cuando.*

Me muerdo el labio de manera pensativa y suelto un grito de sorpresa cuando James aplasta su cara contra la mía, como si quisiera darme un beso. Pero solo acabo escupiendo pelo y riéndome cuando su morro frío se estampa contra mi frente.

—Serás bobo. Los Tigres no pueden besar.

Me niego a plantearme la imagen que mi imaginación me mete en la cabeza y hago una mueca de desagrado. Definitivamente, por muy conectada y cariñosa que me sienta con James y por muy hermosa que sea su forma animal, no me atrae para nada la idea de besar a un Tigre.

Suelto un suspiro y apoyo mi frente contra la suya con tristeza.

—Ojalá recuperaras del todo tu lado humano —susurro, deseándolo con todas mis fuerzas —. Ojalá supiera cómo ayudarte a hacerlo.



Capítulo 34

Una mágica Nochevieja



ELEANOR

La fiesta de Nochevieja, a pesar de mis miedos, transcurre con bastante normalidad.

Estar alrededor del clan Whitefox se siente bien. Todos muestran alivio de que no me haya pasado nada por estar varios días encerrada con James debido a la tormenta, ni durante la cabalgata que se transformó en estampida.

Por mucho que yo les diga que, a pesar de su enorme tamaño y su fiero aspecto, James tiene un corazón de oro y es muy dulce, se preocupan por que esté tanto tiempo con un Feral.

—Aunque seas su Alma Gemela, los Ferales son imprevisibles, querida —me repite por enésima vez la madre de Chris.

Ha estado bebiendo un poco más de ponche del que debería y, al parecer, cuando eso pasa la mujer tiende a hablar por los codos, así que asiento con un cabeceo y una sonrisa y me alejo un poco de ella de manera sutil cuando su nieto la llama para que juegue con él, dirigiéndome a la cocina, donde me siento en uno de los taburetes de la isla con un suspiro.

—No estés tan cabizbaja —me regaña Berta—, ¡que es Nochevieja!

Me pone una copa con doce uvas frente a mí. Aunque muchas otras fiestas las celebran al estilo canadiense, esta en particular la hacen al estilo español, así que todos nos comeremos doce uvas. Bueno, en realidad, los adultos lo harán conforme den las doce campanadas que llevan al final del día. Los más pequeños tienen zumo de uva que beberán poco a poco para no atragantarse.

—No es que esté cabizbaja, es que, aunque suene tonto, quiero verle. Me siento muy apegada a él —le explico a mi prima ahogando un bostezo—. Seguro que lo entiendes.

Ella se encoge de hombros con una sonrisa de comprensión.

—Una Pareja Predestinada es alguien que es tan compatible contigo que se siente como una parte de tu alma —interviene Chris, que está quitándole las semillas a las uvas y pelándolas—. Así que lo que sientes es normal. Nos pasa a todos cuando encontramos a nuestra otra mitad.

Mi prima me deja una taza de café con leche recién hecho en frente.

—Bebe, o no aguantarás hasta las doce —me ordena con un guiño.

—Gracias —le respondo, sintiendo esa calidez que ya es familiar en mi interior.

Mi mente vuelve a James sin que yo lo haga a propósito mientras doy sorbos a mi café, absorta en mis recuerdos de él.

—Lo verás mañana —me recuerda Berta en tono de consuelo, sacándome de mi ensimismamiento—. Pero es bueno que pases tiempo con otras personas también, cariño.

—Lo sé —replico, notando que el café lleva canela. Mi sabor favorito—, os estoy muy agradecida por cómo me habéis acogido, y por pensar en mi bienestar, pero me gustaría que él formara parte de mi familia algún día y tenerlo en estas reuniones junto a mí.

Aunque para mí ya lo sea, reflexiono para mí misma.

Chris y Berta comparten una mirada rápida y luego me miran a mí; pero, antes de que puedan decirme lo que se les ha pasado por la cabeza, el hermano de Chris nos llama desde el salón.

—¡Van a dar las doce! ¿Dónde están esas uvas? —grita, haciéndose oír por encima de las risas de los chiquillos, que juegan al Twister con su abuela.

Ayudo a Chris y a Berta a cargar con los boles de fruta pelada y los zumos de los niños y nos sentamos todos en los sofás y sillones, encendiendo la tele para poner un canal español, que los niños entienden bastante bien y que Chris está aprendiendo para poder hablar el idioma nativo de su Compañera.

En la pantalla, la presentadora revela su vestido tras quitarse la capa de manera ridículamente grandiosa, como siempre, pero mis ojos no lo ven y a mi mente no le importa, porque acabo de sentir algo rozando mi mente.

James, pienso con extrañeza mientras la campana empieza a sonar y nos tomamos las uvas una tras otra entre risas. *Está viniendo,* me advierte ese nuevo instinto ligado a él que he desarrollado junto con el vínculo mental.

Casi me atraganto con la última cuando lo siento acercándose a la casa y sé, incluso antes de que Chris se tense y suelte un gruñido de sorpresa, dejando caer su bol vacío y girándose hacia la ventana del salón, que ha venido a por mí.

Otra vez.

—No os asustéis —les pido a los Zorros, levantándome y yendo hacia donde el Tigre me espera de manera paciente. Está deseando verme, pero sabe que la casa no es su territorio y que los asusta—. Voy a ir con él, ¿vale? Gracias por esta noche. Y por todo. Por invitarme aquí y por descubrirme Green Valley. Siempre os estaré agradecida.

—Ay, Eleanor… —susurra Berta en español con cara acongojada—. Siempre seremos tu familia, ¡deja de dar las gracias!

Le doy un abrazo rápido a Berta y otro a Chris, y un achuchón a los chiquillos, despidiéndome de los abuelos y el hermano con una sonrisa, y salgo de la casa, corriendo hacia James sobre la fina capa de nieve del suelo y aferrándome a su pelaje cuando casi resbalo y riéndome por lo feliz que soy por tenerle cerca.

Una felicidad agridulce que me crea un nudo en la garganta.

—Feliz Nochevieja —le digo con voz afectada por las emociones.

Él roza mi mente y me pide que me suba a su lomo, así que hago eso mismo. Echamos a correr por el bosque de nuevo, libres y unidos en mente y alma, aunque no podamos estarlo físicamente.

Y durante estos instantes, en los que el aire frío convierte en vaho mi aliento y me enrojece las mejillas mientras él salta un árbol caído, me siento plenamente contenta con la vida, como si las preocupaciones se hubieran borrado de mi cabeza por ahora.

Quizá algún día realmente esto llegue a bastarme, deseo apoyando mi cabeza en su cuello. *Al fin y al cabo, es más de lo que he tenido jamás. Y debo agradecer cada ápice de felicidad que el universo trae a mi puerta. Sobre todo, si es tan inesperado como lo ha sido toda esta inolvidable Navidad.*



Capítulo 35

La magia del corazón



ELEANOR

Me sorprendo cuando James nos lleva a una abertura en la montaña y se mete por ella con la excitación recorriéndole las venas como si estuviera entusiasmado por algo.

—¡James! —exclamo, alarmada cuando cruzamos el suelo rocoso de la gruta a toda velocidad, como si el Cambiante se conociera bien el lugar y supiera por dónde pisar en la total oscuridad de este lugar húmedo y frío—. ¿Dónde me llevas?

«¡A ver algo asombroso!», ruge él en mi cabeza.

Me quedo sin aliento cuando escucho su voz, más alta y clara que nunca, a través de nuestro vínculo mental.

Estoy tan atolondrada por ello que me quedo en blanco y con la boca abierta cuando noto que hay una luz azul celeste en el fondo de uno de los túneles de la laberíntica caverna que James navega con tanta facilidad.

¿Qué son esas cosas? ¿Luciérnagas? No, no creo que lo sean…, me pregunto y respondo a mí misma con maravilla cuando nos acercamos y veo que se trata de insectos pegados a las paredes y el techo que brillan como pequeños soles azules.

Suelto un jadeo de impresión cuando el túnel da paso a una enorme caverna de dimensión suficiente como para construir una pequeña ciudad en ella… y que está repleta de esos insectos por todas partes.

—Es como estar flotando en medio de un cúmulo de billones de estrellas —susurro cuando James se detiene sobre un saliente desde el que se ve el magnífico espectáculo que nos rodea.

El brillo azul lo inunda todo, tiñendo mi piel de su color.

Bajo del lomo de James cuando este se recuesta sobre el saliente y acaricia mi mente con sus emociones de orgullo y amor por haberme enseñado esto y por mi reacción a este increíble secreto de la naturaleza.

En silencio, cautivada por la visión de la cueva y sus pequeños habitantes y por la alegría que James siente al hacerme feliz, que siento en mis venas y me caldea el corazón, me siento junto a él y me recuesto en su costado.

Ni siquiera noto que ya no siento el frío como lo hacía al llegar aquí a pesar de no haber cogido el chaquetón ni el gorro. Mientras las horas pasan, el calor de James parece llenarme tanto como su amor. Ambos nos quedamos en un estado de paz interior, conectados de un modo que va más allá de lo que jamás he sentido con nadie, y sin necesidad de poner palabras a este momento hasta que la postura hace que me mueva porque se me agarrotan las piernas y la piedra no es nada cómoda para sentarse.

—He tomado una decisión —le digo a James en voz queda pero solemne, como merece este momento entre ambos.

Él envía una oleada de curiosidad a mi mente y se gira para observarme con sus bellos ojos verdes y azules.

Le sonrío con aceptación. Una aceptación total de lo que es, lo que fue y lo que quizá jamás vuelva a ser: capaz de convertirse en un humano.

—No me importa qué piel habites, James —le confieso, apoyando mi frente en la suya—. Ya no me importa que no puedas transformarte. Ni el sexo. Ni ese futuro idealizado que tanto anhelaba. Porque, mientras estés a mi lado, sé que mi corazón estará bien. Que mientras estemos juntos podré encontrar otras cosas por las que ser feliz, aunque tú seas un Tigre Feral y yo una humana.

Le sonrío con todo mi corazón y lo abrazo con fuerza, sintiendo todo su amor siendo volcado en mí a través de nuestro maravilloso vínculo.

Hasta ahora, soñaba con una vida acogedora llena de una humilde pero hermosa felicidad con un marido al lado y un par de hijos. Con pasión. Con besos ardientes y amor devoto. Es lo que en el fondo siempre he querido con una intensidad abrumadora, aunque lleve años diciéndome que debo olvidarme de algo así porque a mí no iba a sucederme jamás.

Soñaba con pasar mis días en mi propio hogar; con un compañero, un igual con el que

conversar, con el que comer, con el que vivir.

Soñaba con una vida en la que no sentía ni un ápice de esa soledad que me ha ido consumiendo desde que mis padres murieron; pero, en especial, desde que Berta se fue y años más tarde la abuela falleció, y yo me quedé sin nadie a quien amar que correspondiera ese amor con el mismo respeto y la misma devoción de la que sé que soy capaz. Con Roberto jamás estuve por amor. Él solo quería tener a alguien a quien dominar. Con quien sentirse fuerte a base de intentar pisotearme. Y yo a alguien que mantuviera un poco a raya mi soledad.

Pero, ahora que sé que James existe, siento que rozo gran parte de ese sueño con las yemas de los dedos; aunque jamás pueda tener la vida que soñaba antes de conocerle al cien por cien.

Ahora solo me falta saber si él quiere lo mismo.

—Te amo, James Tiger —le digo, mirándole a los ojos con el corazón abierto de par en par solo para él, repleto de esperanza en un futuro juntos—. ¿Quieres pasar conmigo el resto de nuestras vidas?

James se me queda mirando totalmente quieto. Como si mis palabras lo hubieran congelado.

Y entonces todo su cuerpo se estremece y suelta un rugido tan atronador que todos los insectos bioluminiscentes echan a volar a la vez.



Capítulo 36

Un milagro navideño



ELEANOR

Me cubro la cabeza con las manos, entrando en pánico cuando escucho el crujir de huesos y trato de acercarme a James, que ha retrocedido sobre el saliente, en vano.

—¡James! —grito con desesperación, sin saber qué está ocurriendo y sin nada de visibilidad debido a los insectos.

Alargo las manos, pero solo siento insectos y humo. Y lo último es tan extraño que me hace pensar que quizá algunos de los insectos han prendido fuego a algo.

Dios, espero que no sea James. Quizá por eso grita de agonía, me angustio mentalmente. *¡Malditos bichos!*

Apenas oigo a James por encima de la algarabía de los insectos, que se va calmando poco a poco, dándome mayor visibilidad, pero lo que veo me congela la mente hasta tal punto que apenas puedo pensar y mucho menos entender qué es lo que está ocurriendo.

Jadeo cuando veo un brazo humano. Y tiemblo cuando contemplo sus dedos extenderse hacia mí como si quisieran alcanzarme de manera inconsciente.

Corro a cuatro patas hacia la figura que mi cerebro es incapaz de procesar, sin ni siquiera sentir el dolor de la roca, que me abre heridas en las manos, y cuando los insectos finalmente se calman, estoy arrodillada frente al cuerpo desnudo y humano de James, que yace inconsciente sobre el saliente.

Le cojo el rostro entre las manos, maravillándome por sus facciones, aunque estén algo hundidas por la pérdida de peso y el cansancio. No puedo creerme que realmente haya pasado esto.

—¿James? ¿De verdad eres tú? —susurro en tono incrédulo.

Él abre los párpados con lentitud. Por un instante, sus bellos ojos se clavan en mí como si no me reconocieran y no supieran ni siquiera quién es él mismo, pero luego abre los labios resecos y habla en voz alta en vez de en mi cabeza por vez primera desde que lo conocí.

—¿Ele… Eleanor? —inquiere con voz ronca, y sus manos se alzan para hacer lo mismo con mi rostro y acunarlo con una ternura indescriptible—. Realmente existes… —añade en un murmullo incrédulo, como si pensara que yo no era nada más que un producto de su imaginación.

—Sí —río yo, y de repente me echo a llorar a la par que le sonrío con todas mis fuerzas con las emociones descontroladas—. Soy yo. Y soy real. Estoy aquí, James. Estoy aquí.

El sonido ahogado que sale de sus labios es una mezcla entre absoluta alegría e incredulidad.

En un impulso nacido de la felicidad, inclino mi cabeza y uno nuestros labios en un beso tierno y casi casto, volcando todo mi regocijo en él y sonriendo contra sus labios.

—Has dejado de ser Feral —jadeo, poniendo fin al beso solo para mirarle con fascinación.

Los rasgos de su rostro. Sus brillantes ojos. Su bella sonrisa, tan bonita que no parece de este mundo. Todo él, tendido desnudo sobre la roca mientras los insectos bioluminiscentes se posan tranquilamente a nuestro alrededor de nuevo como una marea de estrellas.

Él limpia las lágrimas que no me había dado cuenta de que estaba derramando con sus pulgares.

—Tú me has salvado —replica con su voz enronquecida—. Tú me has despertado.

—No —niego con la cabeza de manera enfática—. Tú me has salvado a mí.

Le abrazo con todo mi corazón y él me devuelve el abrazo entre risotadas entrecortadas.

—Nos hemos salvado el uno al otro, entonces —contesta James hundiendo su rostro en mi cuello para poder aspirar mi aroma y abrazándome con más fuerza—. ¿Te parece bien así?

Su mente roza la mía y me manda una oleada de un amor tan profundo que lo siento cantar en mis venas.

—Me parece perfecto —le digo justo antes de besarlo de nuevo.



Capítulo 37

El amor de un Tigre

ELEANOR

Nos quedamos así: tendidos juntos sobre la roca sin dejar de mirarnos bajo la luz de billones de criaturas bioluminiscentes.

Él no parece sentir el frío. Y yo tampoco. Es como si los insectos mantuvieran la cueva a una temperatura ambiente ideal, cuando fuera el frío asola el bosque por el que hemos navegado hasta llegar a este hermoso escondite.

—Ojalá se detuviera el tiempo —me escucho susurrar de manera inconsciente, abrazada a él—. Me siento tan bien ahora mismo…

Mi estómago elige rugir de hambre y estropear el momento y ambos nos echamos a reír.

—Creo que tal vez deberíamos ir a desayunar —propone James acariciándome la mejilla—. Mis instintos me dicen que ya ha amanecido fuera.

—¿Ya? —me sorprendo—. ¿De verdad hemos pasado aquí toda la noche?

Él sonríe y mi corazón y mis entrañas se derriten por dentro.

Me relamo los labios y me doy cuenta de que quizá no es que los insectos mantengan la cueva caliente con su batir de alas y sus cuerpos brillantes, sino que se trata de la reaparición del celo, que se está dejando notar de nuevo ahora que James tiene una forma humana.

Lo que me alivia en parte. Porque sentirse sexualmente atraída por un tigre era un poco raro.

—Yo también lo noto —la sonrisa de James se vuelve un poco perversa cuando me mira a los ojos y con ardor.

Trago saliva y decido que fingir que no sé de lo que habla es estúpido, dado que nuestras mentes siguen conectadas de alguna manera. Además, tengo la sensación de que él es capaz de leerme como un libro abierto.

—El celo es una sensación de lo más… interesante —carraspeo.

Él se ríe entre dientes y me acaricia el rostro. Por enésima vez, no puedo evitar echar un vistazo a su cuerpo desnudo, tendido junto al mío. Y, una vez más, no puedo evitar que el aliento se me atasque en los pulmones al comprobar lo hermoso que es a pesar de los kilos que se nota que ha perdido.

Su cuerpo es alto y esbelto, pero musculoso. Da la sensación exacta de ser un Tigre en forma humana, poderoso, letal y ágil. Su cabello es rubio y mucho más largo de lo que recuerdo haber visto en la foto que me dieron sus amigos. Y sus ojos… ¡madre mía, qué ojos! En persona son muchísimo más increíbles que en foto. Sus iris tienen una mezcla de verde esmeralda y azul vibrante que me ha dejado tan fascinada como el resto de él desde que me he llevado la mayor alegría de mi vida al verlo transformado en humano.

—Entonces… —poner en palabras mis deseos me avergüenza. Cosa que no debería hacer porque hay mucha confianza entre nosotros. Una confianza sobrenatural. De alma a alma.

Pero aun así me ruborizo y no termino la frase.

Él envuelve mi cuerpo con sus brazos y se pega un poco más a mí, soltando un ronroneo de gozo al sentirme tan cerca.

—¿Responde esto a tu pregunta?

Suelto una risotada ahogada cuando mis nervios se desvanecen al sentir su deseo presionando contra mi vientre.

—Déjame pensar —bromeo—. Creo que tal vez lo hace. Sí.

Acaricio su espalda con ternura y él se estremece.

—Sé que no estoy precisamente en mi mejor forma, así que si quieres podemos esperar a…

—No —le interrumpo con énfasis, sorprendiéndonos a ambos por el fervor de mi tono de voz. Cojo una bocanada de aire y repito en voz más suave—: Creo que los dos hemos esperado ya demasiado para estar al fin Emparejados, ¿no te parece?

Alejo un poco mi rostro de su hombro para poder ver el suyo, y me siento aliviada y contenta cuando solo contemplo felicidad en él por mi decisión.

—Entonces —me relamo los labios con una sonrisa algo pícara—, ¿sexo y luego un buen desayuno?

Él se ríe con ganas, divertido.

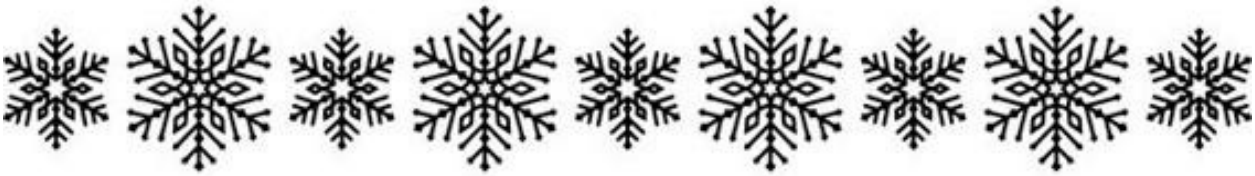
—Me parece una idea genial, mi Compañera Predestinada.

Le beso de nuevo. Esta vez con pasión entremezclada con la ternura y con un deje de desesperación por poder al fin probar sus labios. Y él me devuelve el beso con el mismo fervor y la misma ansia por estar finalmente unidos en cuerpo y alma que yo siento en mis venas y en mi corazón.



Capítulo 38

Pasión bajo un millar de luces



JAMES

Aún no me lo creo.

Todo lo que antes, a través de mi Feralidad, parecía un sueño producto de un delirio, resulta que es real.

Eleanor es real.

Su sonrisa. Su voz. Su sabor. Su olor. Su mirada… Todo ello existe. Existe y al fin la he encontrado. Y ahora está entre mis brazos, suspirando mientras nos besamos intensamente.

Esto es el paraíso.

Mis manos la desvisten con lentitud, queriendo saborear el momento de tener a mi Alma Gemela abrazada a mí, piel con piel, con lentitud tras haber esperado una vida entera para al fin poder conocerla.

Y ha valido la pena. Eleanor es tan bella por dentro como lo es por fuera. Generosa. Bondadosa. Empática. Dulce. Valiente, a pesar de que ella no se ve así a sí misma… Mi mente está tan extasiada como mi cuerpo por tenerla aquí, conmigo. Formando parte de mi vida.

Jadeo cuando sus manos descienden por mis caderas y sus uñas arañan con suavidad mis ingles antes de que sus dedos rodeen mi erección.

—¿Todo bien? —me pregunta ella cuando siente el poderoso estremecimiento que sacude mi cuerpo entero.

—Más que bien —respondo tragándome un gemido de placer.

Ella ríe suavemente y me besa de nuevo, y yo me pierdo en el momento, con todos mis sentidos concentrados en el placer de ambos.

Mis caderas se mueven rítmicamente contra su mano sin mi permiso.

—Eleanor… Eleanor… —murmuro, rompiendo el beso mientras le quito las últimas prendas de ropa de manera más rápida que antes—. Quiero tomarme mi tiempo, pero lo estás haciendo imposible.

Ella menea las cejas de manera sugestiva y se ríe de nuevo mientras me suelta para que yo pueda inclinarme y poner tras de ella su ropa amontonada a modo de cama improvisada, para que no se haga daño con las rocas.

—Qué considerado —suspira mientras me tiendo con suavidad a su lado, sobre la fría piedra, admirando la belleza de su cuerpo desnudo bajo la luz de los brillantes *goins*, las libélulas bioluminiscentes que solo existen en las cuevas de la cordillera que rodea Green Valley en todo el mundo.

—Quiero que estés lo más cómoda posible —le digo con sinceridad.

Ella se muerde los labios y me mira con ternura.

—Eres lo más bonito que he conocido nunca, Tigre —contesta con voz afectada, y me atrae hacia sí para que esté sobre ella cuando me besa de nuevo.

Nos perdemos una vez más en el roce de nuestras pieles desnudas. En nuestras manos, que exploran el cuerpo del otro con reverencia. En el sabor del otro, entremezclado en nuestras lenguas.

Nuestras caricias se vuelven más intensas, más frenéticas, mi boca desciende por su garganta, deseosa de probar el sabor de su piel, caliente por el celo.

—Oh, James… —suspira ella de placer.

Mi nombre en sus labios es lo más maravilloso que he oído jamás.

Desciendo por su cuerpo hasta llegar a su entrepierna mientras ella se acaricia los pechos y gime, abriendo sus piernas para darme mayor acceso, y hundo mi lengua en ella, probándola al fin como llevo esperando desde hace largos años.

El sabor de mi Alma Gemela es incomparable. Aunque jamás haya yacido con otra porque he esperado a conocerla, sé que no hay nada igual en el mundo. Mi alma canta, mi cuerpo se estremece al mismo ritmo que el suyo, y el placer de ambos aumenta, potenciado por el vínculo de nuestras mentes, mientras Eleanor llega al orgasmo y grita mi nombre, que hace eco en las paredes de la cueva como un largo gemido de éxtasis.

Me relamo los labios y subo por su cuerpo dejando un rastro de besos hasta llegar a sus pechos mientras ella me atrae hacia sí con manos impacientes, colocando mi pene en su entrada.

—Quiero estar unida a ti para siempre —jura Eleanor, apoyando su frente contra la mía mientras mi punta se inserta en su interior lentamente.

Le sonrío y veo cómo le afecta mi sonrisa, dejándola sin aliento como ella me deja a mí.

—Seré tuyo eternamente, Eleanor —le prometo—. En esta vida y en cualquier otra.

Me introduzco en ella y ambos gemimos y nos estremecemos, aferrándonos el uno al otro como si hubiéramos sido barcos a la deriva hasta ahora y solo hayamos encontrado al fin un puerto seguro en el otro.

Ambos movemos las caderas y compartimos el placer al ritmo de nuestros jadeos y gemidos de gozo, acariciándonos y besándonos mientras mis embestidas se aceleran y el éxtasis estalla para ambos de repente, llenando nuestro vínculo de una luz tan intensa que nos engulle, nos eleva y entrelaza nuestras almas para siempre.

De mi pecho sale un rugido que vuelve a alterar a los *goins,* que echan a volar a nuestro alrededor creando un huracán de luz mientras mis colmillos se alargan y se clavan en su hombro, y los suyos hacen lo propio instintivamente cuando su cambio de humana a Cambiante da comienzo con nuestra unión.

Nuestras heridas sanan rápidamente, dejando una marca que es el equivalente al anillo de matrimonio para mi especie.

—Ahora somos Compañeros —susurro sin apenas poder creérmelo mientras surfeo las últimas olas del placer.

Ella se arquea con los ojos en blanco y la boca abierta en una expresión de puro placer que no se me olvidará jamás.

Cuando recobra la capacidad de pensar y el aliento, nos besamos tiernamente y nos

tendemos el uno junto al otro unos minutos, antes de que la necesidad y el deseo nos engullan de nuevo.

Muchos años más tarde, no recuerdo cuántas veces hicimos el amor esa noche, pero sí que fue una de las más magníficas de mi vida.

Y que ese día finalmente empecé a vivir realmente gracias a haber hallado al fin a mi preciosa Eleanor.

A la familia, la Compañera, que mi corazón y mi alma habían buscado desde el día en el que nací.



Capítulo 39

La pareja que anhelaba formar un hogar



ELEANOR

Volver a la civilización es difícil.

Por un lado, porque estamos muy a gusto conociéndonos de nuevo. Hablando de qué nos gusta y disgusta, de cómo vemos el futuro juntos. Y descubriendo que el destino no se ha equivocado al unirnos y que tenemos los mismos deseos y anhelos: formar una familia y tener una vida sencilla pero hermosa en una casa con un bonito jardín.

Por otro lado, a pesar de que el hambre nos aqueja tras pasar lo que parece al mismo tiempo un mero instante y una eternidad juntos en esa cueva, el hecho de que James esté como su madre lo trajo al mundo es un problema, aunque los Cambiantes no sientan ni sufran las temperaturas extremas tanto como lo hacen los humanos.

—Vamos a tener que robar ropas de un tendedero —bromeo mientras caminamos por el bosque cogidos de la mano, yo vestida con lo que llevaba puesto cuando me fui con él de casa de mi prima y él sin ni siquiera estremecerse de frío a pesar de que va en pelotas.

—O llamar a la primera puerta que encontremos y pedir algo de ropa prestada —sonríe él —. Estamos en una ciudad mayoritaria de Cambiantes. Estoy seguro de que serán comprensivos.

—Eso espero.

Mi mirada desciende por su cuerpo con la misma hambre que cuando estábamos en la cueva. Parte de mí creo que siempre echará un poco de menos ese maravilloso momento en el que el mundo parecía haber desaparecido y solo estábamos los dos, aunque sé que lo que me espera de ahora en adelante va a ser incluso más maravilloso que ese increíble momento.

—Mira, una casa —señala James entre los árboles.

Miro por donde me indica y entrecierro los ojos cuando no veo nada más que una mancha lejana.

—Menuda vista tienes. Yo no veo nada.

—Está allí —insiste él—. Vamos. Parece que hay alguien dentro. Veo una luz encendida en el trozo de ventana que se puede ver entre los árboles.

Tira de mi mano con suavidad y cruza el bosque con la seguridad de alguien que se lo conoce bien hacia la cabaña que yo todavía no vislumbro.

Llegamos en apenas unos minutos y, para mi asombro, allí está: una pequeña cabaña de madera muy parecida a la que he alquilado yo.

—¿Llamo yo a la puerta? —dudo cuando nos detenemos frente a esta, y señalo su desnudez.

Él se encoge de hombros.

—Como quieras. Pero no me avergüenza estar desnudo.

Y no me extraña. Incluso después de haber sido Feral está tan bueno que su desnudez es un regalo para la vista. Deberían considerarlo un monumento nacional.

Carraspeo y desvío mis pensamientos de nuevo hacia la situación que tenemos entre manos, dando un paso al frente y llamando a la puerta mientras James espera pacientemente tras de mí.

—¿Hola? ¿Hay alguien dentro? —pregunto alzando la voz—. Necesitamos algo de ropa.

Si es que tienen de su talla, claro. Con su metro noventa y esos hombros tan anchos va a ser un poco difícil que lo hagan, reflexiono justo antes de que un hombre guapísimo pero algo huraño abra la puerta y se me quede mirando con el ceño fruncido.

—¿Quiénes sois? —pregunta con una voz baja y grave, y se me queda mirando hasta que nota a James y parpadea como si estuviera sorprendido de verlo—. Eres el Tigre que trabaja con el tío Sorren.

—Y tú eres Ewan Wolf, su sobrino —saluda James.

El tipo le responde con un gruñido de afirmación.

—¿Quiénes son, cariño?

Una mujer asoma la cabeza por debajo del brazo extendido del Lobo y al vernos nos sonríe con amabilidad.

—Hola —la saludo con una sonrisa tímida al notar cómo olisquea el aire y recordando que los Cambiantes pueden oler cosas como el celo o a los Emparejados… o el aroma a sexo, que sin duda nos impregna por completo ahora mismo.

—¡Anda! —exclama con una carcajada amistosa—. Bienvenidos a nuestro pequeño rincón secreto —nos dice, y alza la cabeza hacia su Emparejado—. Venga, cariño, déjalos pasar.

—Pero es nuestro día especial… —refunfuña el Lobo por lo bajo.

Su esposa le da un codazo en el costado y él se aparta.

—Todos los días son especiales contigo, bobo —le recuerda, y para mi asombro Ewan sonríe de una forma que hace que sus facciones se vuelvan dulces y cálidas hasta que me pilla mirándole.

—Pasad —gruñe de nuevo con el entrecejo fruncido—. Os prepararé algo de comer mientras mi esposa os busca algo de ropa.

James y yo nos miramos entre nosotros y les damos las gracias, entrando en la casa con alivio.

La verdad es que el hambre y la sed estaban empezando a ser una molestia, aunque curiosamente el frío ha dejado de serlo para mí.



Capítulo 40

De vuelta a casa



ELEANOR

Ewan y Natalie, que es como se llama su Emparejada, nos acogen y le prestan algo de ropa a James que le está un poco corta de las perneras y ancha de hombros, ya que el Lobo es más bajo pero más fornido que él.

Comemos el guisado que ha preparado Ewan mientras charlamos con Natalie sobre temas banales, como qué flores tiene planeado plantar cuando llegue la primavera o qué festivales habrá tras el de Navidad (que al parecer son bastantes, ya que se celebran festividades tanto Cambiantes como humanas todo el año en Green Valley).

Cuando nos vamos unas horas después, lo hacemos con el estómago lleno y el corazón más cálido incluso que antes, cogidos de la mano una vez más como si no pudiéramos dejar de tocarnos.

Cruzamos el bosque mientras hablamos y el frío convierte en vaho nuestros alientos, contentos simplemente de estar juntos pero sabiendo que va a anochecer pronto y que la gente que nos quiere estará preocupada por nosotros.

Cuando llegamos a casa de los Whitefox, me sorprendo al ver que mi prima y su Emparejado han salido de ella, dejando la puerta de entrada abierta de par en par, y corren hacia nosotros para recibirnos.

Mi prima salta a mis brazos con un sonido ahogado de alivio y yo suelto un resoplido cuando todo el aire se esfuma de mis pulmones de golpe.

Pasamos un buen rato abrazadas la una a la otra mientras ella me hace mil preguntas a la vez y yo trato de contestar a las que puedo.

A nuestro lado, James habla tranquilamente con Chris, disculpándose con él por haber asustado a su familia más de una vez y dándole las gracias por cuidar de mí.

—Menos mal que has vuelto a casa —dice Berta, abrazándome con más fuerza—. Ya iba a salir a por ti otra vez.

Río cuando el corazón me aletea con fuerza por estar rodeada de su amor y pienso en que me hace tan feliz haber reconectado con ella que ya no imagino mi vida sin mi prima a mi lado.

—Yo también te he echado de menos —replico besando su mejilla—. Y te prometo que no volveré a desaparecer sin más.

—¡Más te vale cumplir esa promesa esta vez! —me regaña con ese tono maternal al que me he acostumbrado ya—. ¡Y ni se te ocurra disculparte o te juro que te haré comer una montaña de espinacas!

Cierro la boca de golpe tras escuchar su amenaza. Desde niña siempre he odiado esa verdura en particular y ella lo sabe bien, ya que la abuela me hacía sentarme durante el tiempo que hiciera falta en la mesa hasta acabármelas. Aunque por mi cabezonería ese tiempo a veces se alargase durante horas.

Me río con fuerza por la nostalgia que me causa ese recuerdo.

—Tienes que contármelo todo —dice Berta, limpiándose las mejillas de lágrimas de emoción y haciendo lo mismo conmigo—. Te vas con un Tigre y de repente vuelves a casa estando Emparejada. Esa historia no puedo perdérmela por nada en el mundo.

Mis mejillas duelen de tanto sonreír.

La mirada de James se cruza con la mía y el amor que veo en sus ojos hace que me olvide del mundo durante un instante mientras mi mano se alarga y la suya también, entrelazando nuestros dedos.

—Creo que hay algunas cosas que me guardaré para mí misma —bromeo cuando mi prima devuelve mi atención al mundo al decirme que hay café recién hecho y recordando lo sensible que está mi entrepierna tras las numerosas sesiones de sexo apasionado de esa cueva.

Ella tira de mi otra mano hacia su hogar y me sonríe con picardía.

—Creo que eso puedo entenderlo bien —contesta con humor, cruzando miradas con su

propio Emparejado—. Y, por cierto, ¡felicidades por vuestro Emparejamiento! Hay que celebrarlo bien, así que espero que estéis listos para una buena fiesta.

Los niños salen de la casa y corren hacia nosotros, mirando a James con los ojos brillantes y haciéndole mil preguntas a la vez mientras nos cogen de las manos.

Él se ríe y trata de responderlas todas. Y a mí me late el corazón a mil al ver lo rápidamente que se hacen amigos.

Será un gran padre algún día, pienso con ternura, sonriendo sin poder parar de hacerlo.

—Bienvenido a la familia, Tigre —ríe Chris, palmeando el hombro de James en un gesto fraternal mientras trata de que sus hijos no se suban por las piernas de mi Alma Gemela, dispuestos a usarlo como si fuera un gimnasio personal mientras le preguntan cómo es ser tan alto y qué se siente al ser un Tigre—. Lamento haber estado asustado de ti.

James gira su cabeza hacia él y Berta y los mira a ambos con agradecimiento.

—Es James —le dice a Chris con calidez—. Y no hay nada que lamentar. Es comprensible.

Nuestros dedos entrelazados hacen un poco más de fuerza sobre los del otro y nuestras mentes, unidas por siempre, se acarician con un amor que va más allá de las palabras.

—Al fin y al cabo —añade James como si lo que dice solo fuera para nosotros dos—, todo lo que somos y todo lo que nos ha sucedido en la vida nos ha llevado a encontrarnos. Y ese es el regalo más increíble que pueda haberme hecho la vida.

Mis ojos se humedecen y la sonrisa que curva mis labios es tan grande que no me cabe en la cara.

—Y a mí también —contesto con la voz rebosante de emoción.

Tiene toda la razón del mundo. Los lamentos son algo del pasado.

Al igual que la soledad.

Al fin he encontrado mi hueco en el mundo. Mi hogar. Mi gente. Mi clan y familia.

Mi Tigre.

Y, junto a él, un futuro mucho más increíble del que solía soñar durante mis noches de

insomnio y que hasta hace poco creía inalcanzable.

He aprendido que no hay nada imposible mientras viva, y que jamás se puede saber con certeza qué me deparará el futuro. Un futuro al que ahora miro con el corazón rebosante de ilusión, expectante por saber qué sucederá a continuación.



Capítulo 41

Feliz Año Nuevo

Epílogo



ELEANOR

Lo que sucede es que la casa Whitefox se llena de la gente del refugio en cuanto Chris los llama para ponerlos al día de la situación y le pasa el teléfono a James.

Llegan a toda prisa, en varios coches y algunos hasta en pijama, lanzándose a los brazos del Tigre entre risotadas de alivio y rodeándolo del mismo amor que le dieron cuando era Feral. De la misma lealtad incondicional.

Se nota a las claras que son muchísimo más que amigos. Que son una verdadera familia a pesar de su gran diversidad.

Durante las siguientes horas y hasta bien entrada la madrugada, la casa Whitefox se llena de gente que quiere abrazar a James y llorar o reír, o hacer ambas cosas en su hombro y hacerle miles de preguntas sobre cómo está, además de insistir en que vaya al hospital a hacerse un análisis completo sobre su estado de salud (como hace varias veces su amiga Demi).

La gente viene y va, y ver a James rodeado de tantísimo afecto que desborda por toda la casa me hace sonreír como una boba por lo feliz que lo siento a través de nuestro vínculo.

Su familia se me acerca para charlar de vez en cuando, turnándose para estar con James como hicieron en la cabaña cuando mi prima los llamó y los avisó de que estaba sola con él y de que era su Predestinada.

Solo hay una persona que se mantiene un tanto alejada del bullicio, aunque se note a las claras en la expresión de su rostro y la tensión de su cuerpo que quiere acercarse al Tigre.

Hasta que ambos felinos cruzan miradas y James asiente con expresión solemne, Karen

Panther no se relaja ni un milímetro. Es como si ambos pudieran comunicarse silenciosamente. Como si se conocieran demasiado bien como para necesitar palabras.

Solo entonces Karen se relaja y se acerca a él a paso lento y un tanto inseguro, quedándose frente a su amigo y alzando la mirada hasta la suya.

—Bienvenido de vuelta, hermano —le dice la Pantera con una voz llena de emoción contenida.

—Oh, ¡venga ya! —exclama Dexter, limpiándose la comisura de los ojos con la mano por enésima vez esa noche tras haber abrazado a James por quinta vez consecutiva—. ¡Daos un maldito abrazo! Lo estáis deseando y lo sabemos.

James da un paso al frente y le da un enorme abrazo a la gata, que finge gruñir y refunfuñar al respecto, pero a la que se le nota feliz y aliviada a más no poder. Y la gente del refugio, que parece estar al tanto de algo sobre lo que luego, una vez todos se hayan ido a casa, James me hablará con calma, aplaude y vitorea. Especialmente Bert, el Reno Compañero de Karen.

La velada se alarga hasta que sale el sol. Aunque para entonces algunos, como la embarazada y cansada Demi y su Compañero Akiak o el hermano de Chris, se han ido tras despedirse de ambos.

Esa noche tampoco dormimos, pero, con tanta alegría recorriendo nuestras venas (y yo también con una buena dosis de café), ni siquiera sentimos el cansancio.

Fuera de la casa Whitefox, a unos pocos kilómetros, la plaza de la bella ciudad de Green Valley resuena con canciones navideñas mientras la gente se levanta al alba y se disfraza para cantar en las calles como es tradición entre los Cambiantes durante los dos primeros días del año y las calles se llenan del ajetreo del último día de fiestas a pesar de la suave nieve que cae sobre las cabezas de los felices viandantes.

Pero dentro de casa ni siquiera nos damos cuenta de ello.

Estamos demasiado ocupados celebrando el año a nuestra manera entre risas, copas de champán apresuradas y promesas de futuras reuniones conjuntas entre los Whitefox y la familia de James.

Yo incluida por ambas partes.



Capítulo 42

Feliz Navidad

Epílogo 2



ELEANOR

Dos años después…

Despierto entre los brazos de mi Compañero, parpadeando con confusión después de que mi reloj biológico me confirme que solo he dormido dos horas desde que nos cansamos de hacer el amor anoche.

Estoy aún más confusa cuando mi cuerpo, que ya hace mucho tiempo que se transformó en el de una poderosa Tigresa Cambiante, me dice que hay algo que debería estar notando. Algo que ha cambiado dentro de mí.

Bostezo contra el hombro desnudo de mi esposo en nuestra casa, cuya reforma para dejarla a nuestro gusto terminó hace unos pocos meses tras comprarla, y lo sacudo un poco.

—Jamie —llamo con voz cansada, apartándole el rubio pelo de la cara y suspirando de pura dicha por lo malditamente guapo que es.

Como me sucede cada día, en el que me vuelvo a enamorar de él una y otra vez.

—¿Mmm? —responde él con voz adormilada.

Arrugo el entrecejo y trato de resolver qué es lo que me molesta. Hay algo que mi cabeza me dice que debería saber qué es, pero no caigo en ello.

¿Acaso me he olvidado de comprar alguno de los regalos de la lista? Tenemos una gran

familia, entre el clan adoptivo de James y el clan Whitefox, así que es una posibilidad.

Aunque espero que no, porque hoy nos reunimos por Navidad y es la primera vez que hacemos el amigo invisible.

—James —llamo de nuevo con un suspiro, acurrucándome más contra su cuerpo desnudo y cálido—. Despierta.

Él parpadea y abre esos preciosos ojos con motas verdes y azules, posándolos en mí y sonriéndome al instante cuando las telarañas del sueño desaparecen. Como el Tigre que es, mi Compañero se despereza de manera lánguida y elegante, estirándose cuan largo es sobre el colchón.

—¿Nos hemos olvidado de algo? —le pregunto acariciándole un hombro de manera distraída—. No, espera. No es eso —contesto por ambos, arrugando el entrecejo de nuevo y reflexionando sobre lo que siento.

Aunque ya me he acostumbrado a Cambiar de humana a Tigresa y a todas las modificaciones físicas que el haber cambiado de especie conlleva para mi cuerpo (como el rejuvenecimiento o las habilidades físicas incrementadas), a veces mis nuevos sentidos pueden confundirme un poco con sus señales.

—¿Qué ocurre? —inquiere James alargando una mano para acariciarme el cuello con los dedos y descendiendo hasta mi hombro.

Le encanta tocar la marca que dejaron sus colmillos ahí hace unos años.

Abro la boca para explicárselo, pero acabo dando un grito de sorpresa cuando de repente James salta sobre mí sin previo aviso y coloca la cabeza en mi vientre.

—¡Jamie! —protesto.

—Oh, joder —jadea él, y hunde la nariz en mi ombligo, haciéndome cosquillas y causando mi risa.

—¿Qué pasa?

Él alza la mirada y me observa con los ojos brillantes y una sonrisa increíble. Sus emociones, que siento a través de nuestro inquebrantable vínculo, son una mezcla de incredulidad, asombro, maravilla, felicidad y gratitud.

Tardo unos segundos en darme cuenta de por qué, y cuando lo hago abro los ojos de par en par de pura conmoción.

—Estoy embarazada —me escucho susurrar.

Mis instintos exclaman un fuerte: *¡bingo!*, cuando todo hace clic en mi cabeza.

James y yo nos miramos, ambos incapaces de pronunciar ni una sola palabra.

Y entonces nos echamos a reír con fuerza, tan felices que el corazón no nos cabe en el pecho.

Ese día nuestro primer hijo, una bella niña a la que unos meses después daremos la bienvenida al mundo, nos saluda como una pequeña lucecita que se ha formado con la unión de nuestras almas y nuestros cuerpos.

Una pequeña Tigresa que algún día se convertirá en la hermana mayor de seis hermanos y en una de las siete mayores alegrías en la larga vida de sus padres, que la verán crecer hasta convertirse en una mujer extraordinaria.

Una niña que, curiosamente, como todos sus hermanos, es concebida durante el día de Navidad, junto a la rama del árbol que sus padres rescataron de aquel abeto bajo el que un Tigre Feral solía tumbarse a observar a su Predestinada, y que conservaron y más tarde trasplantaron en su nuevo jardín, frente a la ventana de su dormitorio.

Una rama que se ha convertido en un saludable árbol que crecerá junto al clan Tiger y sus generaciones venideras, contento de formar parte de su hogar.

FIN